



Universidad Nacional de Córdoba
Facultad de Filosofía y Humanidades
Escuela de Letras



TRABAJO FINAL DE LICENCIATURA

El Evangelio según Van Hutten.

Entre conocimiento y creencia.

Filosofía y religión.

RESIALE, Cecilia

Director: Dr. Jorge Bracamonte
Co Director: Lic. Javier Mercado

Junio 2014

*A todos y todo,
Gracias.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	6
Fundamentación	8
Corpus	10
Hipótesis	11
Un primer acercamiento al tema	12
Marco teórico y metodológico	17
PRIMERA PARTE: El viaje que empieza con la llegada	25
Quienes transitan las páginas	28
Crear y creencias	34
a) Van Hutten y los Rollos del Mar Muerto	35
b) La/s historia/s del narrador	39
Acercarnos al conocer	44
a) Los planteos de Van Hutten	45
b) El doctor Golo, Van Hutten y las charlas	50
SEGUNDA PARTE: El desafío y la revisión	53
Filosofía y religión en la madeja	62
Hallazgos y reconsideraciones	65
a) Los Evangelios	67
b) La epístola de Jericó	71
c) ¿El traidor por excelencia?	78
TERCERA PARTE: La toma de posición	85
Lo escondido y lo no dicho	91
a) Detrás de las palabras	93
b) Escritura y significaciones	96

Revoluciones	103
La fe	106
CONCLUSIONES	109
BIBLIOGRAFÍA	115

INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende abordar la novela de Abelardo Castillo, *El Evangelio según Van Hutten* (1999) tomando como eje central el modo en que se presenta al lector el recorrido del narrador. Lo analizado tiene que ver con la modificación del horizonte de comprensión del narrador y la manera en que está presente en la obra un complejo trabajo de conocimiento y asimilación de nueva información. Con ello, abordaremos también las múltiples posibilidades de interpretación y acercamiento a la obra desde la filosofía y la religión, como modos de aproximación a la realidad y vías para el aprendizaje del narrador.

Si nos acercamos a Castillo podemos ver que ha escrito en múltiples géneros. En teatro encontramos: *El otro Judas*, 1961; *Israfel*, 1964; *Tres Dramas* (incluye *El otro Judas*, *A partir de las 7* y *Sobre las piedras de Jericó*), 1968; *Teatro Completo* (incluye *El otro Judas*, *A partir de las 7*, *Israfel*, *Sobre las piedras de Jericó*, *El señor Brecht en el Salón Dorado*, *Salomé*), 1995.

En el género novela ha escrito cuatro obras: *La casa de ceniza*, 1968; *El que tiene sed*, 1985; *Crónica de un iniciado*, 1991 y *El Evangelio según Van Hutten*, 1999.

Entre sus libros de relatos están: *Las otras puertas*, 1961; *Cuentos crueles*, 1966; *Las panteras y el templo*, 1976; *El cruce del Aqueronte*, 1982; *Las maquinarias de la noche*, 1992; *El espejo que tiembla*, 2005; y sus *Cuentos completos*, 1997.

Su producción ensayística que cuenta con varias publicaciones: *Discusión crítica a "la 'crisis' del marxismo"*, 1964; *Las palabras y los días*, 1988; *Ser escritor*, 1997; *Desconsideraciones*, 2010. Y por último debemos nombrar la publicación de *Diarios 1954 -1991*, 2014, realizada en junio.

Reseñada su obra hasta la fecha, consideramos que acercarnos a una de sus novelas nos permitirá hacer un análisis puntual, el cual posibilitará verla en el contexto de su producción general. También serán de utilidad las obras de teatro *El otro Judas* (1995) y *Sobre las piedras de Jericó* (1995)¹, las que están vinculadas a la temática de la novela y serán contrastadas con la obra elegida en los momentos en que resulte productivo al estudio.

Para establecer el análisis de la novela se tomará al personaje principal y se verá

¹. En ambas obras de teatro referimos al mismo año de publicación debido a que son trabajadas desde la edición de *Teatro Completo* donde está toda la producción teatral de Castillo hasta el momento.

el modo en que se modifican en él, paulatinamente, sus concepciones acerca de las Sagradas Escrituras y la veracidad de su relato, y la concepción de la religión como guía y sustento social. También veremos el modo en que el personaje narrador reconfigura las certezas mantenidas con anterioridad al acceso a la historia alternativa que le presenta Estanislao Van Hutten sobre los rollos del Mar Muerto, el catolicismo y la fe. Las reflexiones filosóficas y los planteos religiosos son un entramado en el que más allá de la cuestión trascendental, se nos permite ver el modo de amalgamar estas perspectivas de mano del narrador.

En el cruce entre el conocimiento (el previo y el posteriormente agregado) y la fe del personaje principal está la clave para pensar que en esta novela se efectúa un cambio de perspectiva. Esta modificación se percibe por un viraje desde una lectura atea a una agnóstica de su percepción de lo que lo rodea, un cambio en el modo de ver la historia bíblica y la personal.

Para establecer el análisis, será interesante ver el modo en que las diferentes voces que interpelan y se relacionan con el personaje principal permiten al lector encontrar más de un sentido a las palabras dichas en la novela. Se establecen diálogos de todo tipo: entre personajes, entre textos, entre discursos, entre versiones de una misma historia. En el entramado de esas conversaciones, lector y personaje ficcional entrarán en un juego entre lo que se dice y lo que se interpreta. Allí es donde interesa un análisis para descubrir cómo se presentan esos mecanismos y cómo se perciben, incluso, en los demás personajes de la novela.

Junto a lo anteriormente expuesto nos encontramos ante una problemática recurrente en la obra de Castillo, como es el cruce entre filosofía y religión. Seguir esto nos permitirá, al mismo tiempo, ver cómo se desarrolla la tensión entre la práctica religiosa en los personajes y la negación que tienen algunos hacia ella. El cruce de estos temas y otros que abordaremos, como el poder y la política, presentan sin dudas un interesante panorama que recorreremos en las siguientes páginas.

Fundamentación

El Evangelio según Van Hutten (1999) es la cuarta y última novela de Abelardo Castillo. En ella se percibe, como en la mayoría de sus trabajos, la influencia de la corriente filosófica que ha abarcado y delimitado gran cantidad de sus obras: el existencialismo. Es esta una escuela que influyó a Castillo junto con gran parte de la generación argentina de la década del 60 (en la que se acentúa el ingreso del pensamiento sartreano iniciado en la década del 40 en nuestro país) y que marca su formación profesional y el desarrollo de su literatura².

Siendo la más actual de sus novelas, es interesante realizar un análisis para ver el modo en que se refleja un cambio en la postura del personaje principal con respecto a la religión, desde un probable ateísmo inicial hacia un agnosticismo final³. La obra aborda principios de diversas áreas de conocimiento como la historia o arqueología bíblica, las lenguas semíticas (gramática, fonética, escritura, interpretación, traducción), la teología y varias líneas de pensamiento filosófico. Por eso resulta sumamente interesante para reflexionar sobre las consecuencias y finalidades de tales confluencias y articular las diferentes áreas que se presentan.

En la obra, el personaje principal desde un comienzo muestra amplios conocimientos previos sobre la cuestión de la arqueología bíblica y la polémica en torno a los Rollos del Mar Muerto. Hay indicios que permiten pensar que el narrador -y personaje principal- pueda llegar a contemplar la posibilidad de coincidir con el arqueólogo Estanislao Van Hutten en que Dios efectivamente exista y que la historia por todos conocida -reflejada en las Sagradas Escrituras hoy conocidas- haya sido distorsionada o que su interpretación unilateral por parte de la Iglesia Católica sea errónea. Se plantea cierta duda respecto a que sean fehacientes los conocimientos del arqueólogo o que por el contrario, resulten una compleja fabulación producto de la

². Los puntos importantes que nos remiten a la corriente existencialista se verán en relación a planteos tales como la vinculación del hombre con los demás hombres y el mundo, la libertad abrumadora del ser humano frente a la vida y su manera de vivirla y pensarla, la responsabilidad que conlleva saberse predispuesto a elegir constantemente y la necesidad de saber cuál es el destino del hombre. En base a estos conceptos y con el progresivo desarrollo de las cuestiones y replanteos que hemos mencionado es que consideramos que se produce el cambio de perspectiva del narrador.

³. Entendemos la idea de “ateo” como aquel ser que posee la convicción de la inexistencia de deidades y al “agnóstico” como aquel que no adhiere a la idea de una deidad porque no encuentra las evidencias ni el modo de comprobar su efectiva existencia. Por un lado tenemos entonces la posición que sostiene la inexistencia de un Dios y por el otro quienes no se reconocen como ateos o ateístas porque consideran que no es posible a la inteligencia humana comprender lo divino o que es esta una cuestión irrelevante.

avanzada edad de Van Hutten o quizás de una demencia incipiente en el arqueólogo. Sin embargo, el narrador se irá autodefiniendo como agnóstico y paulatinamente se permitirá él mismo una cierta actitud de credulidad sobre las historias que le presenta Van Hutten. Desde el momento en que se le plantea la necesidad de establecer una posición sobre la información que recibe de parte de Estanislao y de los demás personajes (dr. Golo, Vladslac, Christiane), debe considerar y reestructurar sus inestables creencias. Así, se encuentra con que deberá quedarse cómodamente con lo que ya conoce o reformular sus ideas para dar lugar a la posibilidad de que todo lo que sabía hasta el momento sea una interpretación a revisar. A esto que podemos considerar lo “nuevo” lo encontramos en el punto central del planteo del arqueólogo: la manera en que se ve cuestionada la veracidad de los textos bíblicos y la posibilidad de que no sean correctos en cuanto al papel jugado por Judas en la supuesta traición a Jesús, en la verdadera intención y carácter del Mesías y los milagros que se le atribuyen.

Nuestra propuesta se orienta, por lo tanto, a estudiar el modo en que la obra presenta, de mano del protagonista e incluso de algún otro personaje secundario (dr. Golo, Christiane, Vladslac, Hannah), una reinterpretación de las creencias en base a la relectura atenta de las Escrituras y de lo concebido como estable e inamovible dentro del canon bíblico-religioso. Se deben replantear entonces, la manera de concebir al personaje histórico que es Jesús de Nazaret, su plan en la tierra, el fin de sus enseñanzas, la importancia de la relectura de los Rollos del Mar Muerto y la consideración de los mismos a la hora de pensar la cristiandad y la fe.

La terminología y etimología de las palabras que han sido cuidadosamente seleccionadas, llevan al lector por un camino de descubrimiento conjuntamente con el protagonista y al replanteo de la “verdad” plasmada en las escrituras, aunque más no sea en la ficción. Y en relación a esto, una cuestión a analizar es la importancia de las citas y alusiones que se hacen en el transcurso del relato y que encierran una significación especial y no son accidentales (citas bibliográficas, mención de autores de diferentes extractos filosóficos y científicos, citas bíblicas, referencias a personajes históricos).

Así también está la proposición de pensar el “más allá” no sólo del hombre como ser finito sino incluso de la historia conocida. Un avanzar sobre lo desconocido que nos llevaría a ver el trasfondo oculto de mensajes o a desgajar significados intensos de las meras palabras, en este caso, puestas en los textos que ha encontrado Van Hutten

y en sus mismas palabras.

La propuesta de análisis tendrá en cuenta las diferencias en la concepción de los personajes acerca del sentido de la vida y la influencia e importancia que otorgan a la religiosidad. Será en el ejercicio del diálogo donde estas perspectivas nos mostrarán las diferentes maneras de comprender la realidad y la vida del hombre de cada interlocutor. Nos interesa así, ver cómo se va construyendo progresivamente en el protagonista un ser que analiza, desde afuera si se quiere, la importancia dada a los escritos y descubrimientos que cimientan la fe en la religión católica.

Se mantiene atento a lo que lee y escucha, pero está de algún modo ajeno y se distancia de los datos que le provee el entorno. Al mismo tiempo, estos datos le permiten replantearse lo que sabe, cree y es. De este modo es que va dando lugar a la posibilidad de que el arqueólogo diga la verdad y por qué no, de que la fe, alguna fe, la fe en algo, sea un camino para su vida.

Como se ha relevado que los trabajos sobre la producción de Castillo no abordan la novela en cuestión, nos interesa realizar el análisis sobre esta obra en particular. Se trabajará con la novela y en los momentos en que resulte oportuno, también con las obras de teatro. Esta novela plantea como cuestión central la reinterpretación de los textos bíblicos canónicos y las historias en torno a las posibles evidencias e interpretaciones que existen sobre la realidad histórica de Jesús y esto se presenta como un aspecto no trabajado antes. El análisis de los aspectos mencionados junto a algunas visiones del existencialismo sartreano y la posibilidad de múltiples interpretaciones que brinda la novela, permitirán vislumbrar interesantísimas confluencias en los planteos de tipo religioso y teológico que se entrecruzan en la obra.

Corpus

Castillo Abelardo. *El Evangelio según Van Hutten*. Seix Barral, Buenos Aires, 2011.

----- *Teatro completo*. Emecé Editores S.A., Buenos Aires, 1995.

Hipótesis

La cuestión central a plantear es que el personaje principal a lo largo de la obra presenta una modificación paulatina en sus ideas y concepciones en torno a la religión. Comienza declarándose ateo y al concluir el relato podemos vislumbrar, si no una veta religiosa, al menos una postura agnóstica. El acercamiento a diferentes fuentes es lo que cambia sus percepciones. La ampliación del horizonte desde y hacia el cual mira el narrador nos permite acceder, en la lectura de la obra, a distintas interpretaciones. El diálogo entre los personajes y de éstos con los textos y la historia, son la vía para encontrar modos diversos de comprender lo que excede a la materialidad cotidiana. El cruce dialógico de elementos textuales permite revelar el trasfondo religioso de las discusiones de los personajes. Por eso, es a través del acercamiento a relatos y posturas alternativas, que el narrador llega a un replanteo de sus convicciones.

Tener en cuenta cuestiones históricas, teológicas, gramaticales, arqueológicas, existencialistas, religiosas e interpretativas en los discursos del personaje principal -y, secundariamente, de los demás personajes- permitirá comprender el modo en que la novela articula tan variado material y lo hace aparecer en el transcurso del relato. El marcado cruce entre el planteo filosófico-existencialista y la religión es de interés para acceder a la comprensión de los personajes y también permitirá establecer el modo en que se produce en la novela el giro hacia el agnosticismo.

La presencia de intertextos específicos y referencias precisas a hechos y personajes históricos, por supuesto, no es casual y reviste gran importancia. Cada uno de ellos establece una conexión puntual con el suceso relatado en el cual se inserta y provee un significado “oculto”, una interpretación velada que aporta otro sentido al lector. Indagar en este aspecto es central para reinterpretar las conexiones y descubrir una diferente comprensión del texto.

Un primer acercamiento al tema

Abelardo Castillo es considerado uno de los escritores vivos más importantes de las últimas décadas en nuestra literatura. Ha formado parte de una generación que vio su florecimiento literario en la década de los años 60 siendo partícipe e incluso creador de revistas y publicaciones literarias de reconocida importancia a nivel literario (El escarabajo de Oro, El grillo de papel, El Ornitorrinco).

Pese a su destacada participación en la literatura nacional no se encuentra el suficiente desarrollo crítico acerca de su obra. La búsqueda bibliográfica ha arrojado el siguiente material, que ordenamos de manera cronológica, aunque eso no implique un orden de relevancia y al que seleccionamos en esta lista por el tratamiento específico de aspectos que nos resultan útiles:

“La dialéctica entre la vida y la poesía en tres relatos de Abelardo Castillo” es un trabajo de Cristina Piña publicado en *Cuadernos hispanoamericanos. Revista mensual de Cultura Hispánica*, de 1982, N° 389, publicación de la Universidad de Salamanca, España. Allí analiza los cuentos “Los Ritos”, “El Cruce del Aqueronte” y “Crear una flor es un trabajo de siglos”. Abordados desde una visión existencialista también, se desgajan los elementos que se constituyen en ejes de los relatos seleccionados: la literatura y las relaciones de pareja. Se plantea que “Los Ritos” enfoca la vida y poesía desde una óptica inmediata y existencial, que considera al hombre en su calidad de ser-ante-los-otros, “Crear una pequeña flor...” adopta una perspectiva de tipo antropológico, que visualiza al hombre como ser-en-el-mundo, y “El cruce del Aqueronte” se ubica en un punto de vista trascendental-religioso, entendiendo al ser humano como ser-ante-Dios.

El escritor riotercerense Sergio Colautti en *Apuntes sobre la narrativa actual*, de 1992, en el capítulo seis llamado “El escritor en la ciudad de las criptas”, desarrolla un análisis sobre la obra *Crónica de un iniciado*, abordando a los personajes y al escritor mismo en relación a la literatura y lo metafísico-religioso y los caminos por los que discurren las reflexiones de Esteban Espósito, personaje protagonista.

En diferentes periódicos son presentadas en 1999, año de la publicación de la novela, múltiples reseñas. En *Página/12* del 18 de abril de 1999 se halla una reseña sobre *El Evangelio según Van Hutten* a cargo de Claudio Zeiger; en *Clarín* del domingo

9 de mayo de 1999 otra reseña de la obra por Enrique Foffani e igualmente, Ramiro Matas en *Guaraguao: revista de cultura latinoamericana*, Año 3, N° 9 de otoño de 1999 refiere a la obra. En *La Nación* del 14 de abril de 1999, María Esther Vázquez transcribe una pequeña charla con el autor en vistas a la reciente aparición de la novela. Estas referencias -por nombrar sólo algunas que son accesibles y sabiendo que habrá más reseñas seguramente en otros medios a los que no tenemos acceso- tienen relación más directa con la obra que nos interesa y resultan interesantes por ello. En ellas se destacan aspectos centrales de la literatura de Castillo como su trayectoria, el cruce de su obra con la filosofía y la política, el recupero en ella de la obra de teatro *El otro Judas* y la intertextualidad latente en ella, su destacado desempeño en el ámbito literario y el interesante trabajo sobre las cuestiones bíblicas y la reinterpretación de los cánones.

En “Cruelles, traidores, avergonzados. Una lectura de los cuentos de Abelardo Castillo”, artículo publicado en *Espéculo. Revista de estudios literarios*, de la Universidad Complutense de Madrid en 2001, Enrique Aurora hace una revisión de los puntos más importantes, a su criterio, que se reiteran a lo largo de la vasta obra de Castillo. Se centra en el tema de la crueldad, pensada como la línea de sentido importante en la producción del escritor la cual incluye otras dos especies temáticas que se encuentran interrelacionadas, como son la traición y la vergüenza. Desde esos puntos de análisis se plantea una indagación del fondo existencialista sartreano que impregna sus cuentos.

En *Los códigos de la transgresión. Lengua literaria, lengua política y escritura contemporánea en la narrativa Argentina*, publicado en 2007, de Jorge Bracamonte, hallamos una alusión a *Crónica de un iniciado*, en relación a la manera en que Castillo incorpora no sólo el contexto y la reflexión política al texto, sino también haciendo un relevo de los modos en que es abordado y presentado el tema iniciático en la novela.

En el libro *Territorios de La Mancha: versiones y subversiones cervantinas en la literatura hispanoamericana*, resultante del VI Congreso Internacional de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos realizado en 2004 en Ciudad Real, España y publicado en 2007, se encuentra un trabajo de María Claudia González. En él vincula algunos cuentos de *Los Mundos Reales* de Castillo, con aspectos básicos del existencialismo y analiza el motivo del viaje siguiendo a los personajes por un mundo del que parecieran no formar parte, analizando el modo en que lo transitan y sienten.

Compara también y examina la semejanza con algunas de las obras de Cervantes.

“Nietzsche y las Izquierdas. Su recepción en las revistas de Abelardo Castillo” es un trabajo de Noelia Billi aparecido en la revista *Instantes y Azares: Escrituras Nietzscheanas*, Nº 4 y 5, primavera de 2007. Como su título lo indica, hace un repaso por la historia de las diferentes revistas de Castillo y el modo en que la corriente nietzscheana marcó la impronta de sus publicaciones, aunque no sea visible de manera demasiado directa. Por ello intenta demostrar que a pesar de que no es nombrado más que algún par de veces, la ideología de este pensador flota en las ideas y expresiones de las revistas. Del mismo modo se recorren las marcas que ha dejado esta influencia en sus cuentos.

Dos tesis de grado de la Universidad Nacional de Córdoba resultan importantes también de nombrar. Un desarrollo se da en la tesis de Silvina Sánchez y Álvaro Colazo, *Crónica de un Iniciado y El que tiene sed, de Abelardo Castillo: Existencialismo y Rito Iniciático en Esteban Espósito* del año 2009, donde se elabora un análisis del modo en que en estas dos obras juega un importante papel la visión sartreana y la concepción de la vida y las experiencias desde esa mirada, haciendo un recorrido por el viaje del personaje central, que es el mismo en las dos novelas.

La segunda de ellas titulada *Teoría y práctica del cuento: Abelardo Castillo desde Horacio Quiroga*”, de 2011, es un trabajo realizado por Nicolás Jozami, donde se abordan relatos del autor y se analiza la influencia directa de los textos de Quiroga pero haciendo hincapié sólo en la producción cuentística de Castillo. Analiza conjuntamente a la relación con la producción quirogiana, la marcada influencia de autores como Poe o Cortázar, entre otros.

“Los contrastes de la realidad en el teatro de Abelardo Castillo” en revista *Arrabal* nº 7 y 8 de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, de 2010, es un trabajo de María Claudia González. Aborda *El otro Judas* y comenta *Israfel, Sobre las piedras de Jericó* y algunas de sus obras de cuentos. Se reiteran planteos presentes en otros trabajos, tales como que se repite en sus piezas teatrales la recuperación de la tradición cristiana y se marcan los aspectos de su decadencia. Se plantea también recurrentemente que la angustia de los protagonistas corresponde a crisis existenciales. Como se percibe, las reflexiones circulan en los mismos parámetros de análisis de muchos de los trabajos nombrados anteriormente.

Junto al material ya nombrado están presentes entrevistas y notas publicadas en diversos medios gráficos y audiovisuales (para Clarín, programas de tv del interior, etc.). Hay que destacar entre este material vario, dos interesantísimas entrevistas realizadas en el programa “Los siete locos” de la TV Pública (accesible en YouTube⁴) y en el programa radial “Decime quien sos vos” de Radio Nacional que conduce Eduardo Aliverti (accesible desde la web de Aliverti⁵). En ambos están presentes cuestiones que son tema ineludible en referencia directa al autor, como sus referentes literarios en calidad de fuente inspiradora de muchos de sus escritos, su ideología y militancia política, la trayectoria literaria y el reconocimiento cosechado a lo largo de su carrera. Resultan de suma importancia ya que al poder tener la palabra del propio Castillo refiriendo a su obra y su vida, se amplía con este material el panorama interpretativo que podamos tener como meros lectores de sus textos o de la crítica sobre ellos.

Si buscamos el material que resulta más orientador y cercano a un análisis de la obra que nos interesa trabajar encontramos los prólogos que acompañan las diferentes ediciones (tanto de *El Evangelio según Van Hutten* como de otras obras) como el de Marechal, por citar uno, con el que ingresamos a la mirada de la obra de Castillo de la mano de análisis lúcidos y sensaciones descubiertas en torno a la obra con la palabra de un grande. Abriendo la presentación del libro *Tres Dramas*⁶ de Castillo, Marechal dice de él:

Tengo la impresión de que Abelardo, más que trabajar con esa materia sagrada, se desdobra y polariza con ella, en una suerte de rebelión militante. Quiere reducirla, en un esfuerzo heroico, a las tres dimensiones convencionales del mundo visible; y sin embargo adivina, mal que le pese, una cuarta dimensión inasible por ahora, que, no obstante, fundamenta y explica en el trasfondo las contradicciones de un drama que a la vez es humano y divino.
Y esa cuarta dimensión metafísica también está en el poeta. Porque el poeta trabaja con la hermosura, y la hermosura es uno de los nombres que tiene la divinidad (2011: 8).

Esta cita nos introduce a la perfección en el modo en que elegimos concebir la novela de Castillo: un viaje por las páginas, un recorrido por la historia y un develamiento de lo que está por debajo de las palabras.

Llegamos entonces, por lo que puede observarse de lo relevado, a tener un

⁴ <https://www.youtube.com/watch?v=-RZGwHI20eY>

⁵ <http://decimequienosvos.com.ar/>

⁶ Obra editada en 1967 que incluye *Israfel*, *Sobre las piedras de Jericó* y *El otro Judas*. Tomamos la cita de la introducción de un libro que reúne *El otro Judas*, *El señor Brecht en el Salón Dorado* y *Salomé* de Seix Barral, publicado en 2011.

panorama que no arroja demasiada información sobre *El Evangelio según Van Hutten* a excepción de lo que el mismo autor pueda llegar a decir de su producción en entrevistas, y los pequeños análisis de prólogos o reseñas. Nos encontramos así con un panorama que no brinda ningún desarrollo crítico exhaustivo, desde ningún aspecto o perspectiva sobre la obra que se pretende abordar y justamente en ello radica la importancia de trabajar la novela. Esto se transforma en lo que sostiene nuestro interés, debido a la riqueza inexplorada que contiene. Sumado a esto, cabe destacar también que al margen de la falta de trabajo sobre *El Evangelio según Van Hutten*, no hay abordajes que se interesen en la cuestión religiosa con demasiada fuerza y se ha preferido en general el análisis de su producción sobre el aspecto existencialista más que en lo referido a lo estético-narrativo. Si bien es un elemento que impregna toda la producción de Castillo y que vislumbramos en algunos momentos en esta novela, consideramos que la obra presenta también aspectos interesantes que no han sido analizados y en ellos que nos centraremos con más atención.

Marco teórico y metodológico

Para esbozar el entorno teórico desde el cual se desarrollará el análisis, a continuación expondremos los conceptos claves desde los cuales se abordará el estudio de la obra.

El primero de ellos tiene que ver con la corriente filosófica que impregna la producción de Castillo: el Existencialismo. Es un elemento común en la producción del autor y por eso consideramos importante esbozar un acercamiento. Estará presente en nuestra mirada en algunos momentos y nos permite continuar con una línea de comprensión aportada por esta corriente, presente en los demás análisis de sus obras. Para aproximarnos a una definición precisa -aunque no completa ni exhaustiva, claro-seguimos a José Ferrater Mora quien dice:

[...] lo primero que hace la filosofía existencial —o, mejor dicho, el hombre que piensa y vive existencialmente— es negarse a reducir su ser humano, su personalidad, a una entidad cualquiera.” [...] “el hombre no puede reducirse a ser un animal racional, pero tampoco a ser un animal sociable, o un ente psíquico, o biológico. En rigor, el hombre no es ningún "ente", porque es más bien un "existente" [...] En el proceso de esta su autoconstitución existencial, el hombre puede engendrar el ámbito de inteligibilidad que le permitirá comprenderse a sí mismo, y a su situación con los demás y en el mundo. Para el pensar existencial, el hombre no es "conciencia" y menos aun "conciencia de la realidad": es "la realidad misma". El existencialismo es, así, primariamente, un modo de entender la existencia en cuanto existencia humana (1941: 600).

Si bien esta definición no es totalizadora, nos acerca al modo en que debemos entenderla en tanto línea de pensamiento que estará presente una vez más, en esta novela.

Dice el mismo Ferrater Mora:

[...] los temas que aparecen muy a menudo en la literatura filosófica existencialista y para-existencialista [...] son, entre otros, la subjetividad, la finitud, la contingencia, la autenticidad, la "libertad necesaria", la enajenación, la situación, la decisión, la elección, el compromiso, la anticipación de sí mismo, la soledad (y también la "compañía") existencial, el estar en el mundo, el estar abocado a la muerte, el hacerse a sí mismo (1941: 601).

Y es por ello que para analizar la novela desde este marco serán conceptos claves entonces no sólo la manera de comprender qué es el existencialismo, sino también el modo en que las ideas nombradas por Ferrater Mora en el párrafo último están presentes en la novela.

Esta obra expone ideas que pueden vincularse a ciertos planteos del existencialismo sartreano. En *El existencialismo es un humanismo*, Sartre dice que entiende por existencialismo a “una doctrina que hace posible la vida humana y que, por otra parte, declara que toda verdad y toda acción implica un medio y una subjetividad humana” (1985: 12) y pone el acento en la condición individual del hombre de conformarse según sus propios deseos y actos. Aclarará luego, sin embargo, que en una primera instancia:

“Lo que complica las cosas es que hay dos especies de existencialistas: los primeros, que son cristianos, entre los cuales yo colocaría a Jaspers y a Gabriel Marcel, de confesión católica; y, por otra parte, los existencialistas ateos, entre los cuales hay que colocar a Heidegger, y también los existencialistas franceses y a mí mismo” (1985: 14).

Y dice también, defendiendo su postura:

“El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, hay por lo menos un ser en el que la existencia precede a la esencia, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto, y que este ser es el hombre, o como dice Heidegger, la realidad humana” (1985: 15-16).

Esta distinción entre las vertientes nos permite ahora decir que en la vertiente sartreana, se vislumbra la influencia de los pensadores mencionados en la cita; quienes trabajan similares conceptos y que se perciben como influencias⁷ dentro de las elaboraciones del autor.

Tenemos hasta aquí un brevísimo acercamiento a una definición de la corriente existencialista. Acercarnos a los planteos teóricos de esta corriente nos permitirá pensar en algunos momentos, el modo en que se articulan las palabras del personaje y sus pensamientos. La corriente existencialista muestra una veta en esta obra y seguir los pequeños indicios que hay de ella, es acercarnos más a su significado y lo que aporta a la novela. Sin dudas que el desarrollo de los conceptos claves de esta filosofía no se reducen a unas pocas alusiones, por lo que se propone hacer uso de elementos puntuales y definirlos en el momento de utilizarlos en el estudio de la obra.

⁷ Sartre retoma de Kierkegaard, quien en su obra *El concepto de la angustia* (1982) desarrolla la idea de la angustia entendida como conocimiento de la total y monstruosa libertad del hombre ante el mundo y sus decisiones ante él. Esa angustia está justificada en la vertiente católica desde el momento mismo del pecado original, en el que Adán se enfrenta y experimenta su libertad personal.

De Heidegger retomará planteos centrales de, por ejemplo, su obra *Ser y Tiempo* (1951). Por nombrar un elemento, la idea del Dasein (Ser-Ahí), del hombre arrojado al mundo; que no es un sujeto sino un ente existencial y que es quien da el sentido al mundo. Una idea de hombre arrojado a sus posibilidades que se hace conciente de esa eterna condición y que verá a la muerte como la posibilidad efectiva, como la única certeza: la de ser un ser para la muerte. Con Heidegger se pone atención ya no en la relación cartesiana de hombre-conocimiento (Cogito, ergo sum) sino en el hombre mismo como centro del análisis y acción. En estas ideas, como en otras, Sartre abreva en él.

Pudiendo entonces delimitar el primer elemento que dará sustento al análisis podemos pasar a pensar en otro aspecto que resulta de vital importancia como es el de la polémica en torno a los Rollos del Mar Muerto. La arqueología bíblica se plantea en la novela como una de las actividades centrales de Estanislao Van Hutten y debemos entenderla como la fuente que le permite conocer y develar las “oscuridades” en torno a las Sagradas Escrituras y los rollos del Mar Muerto. Nos encontramos con un personaje que buscará en los textos antiguos el relato histórico perdido, para reconstruir una historia antigua que se ha filtrado en las grietas del tiempo y las reescrituras constantes. Para comprenderlo es necesario familiarizarse con los debates en torno a la cuestión del hallazgo de aquellos textos y lo que ha suscitado a través del tiempo. Tendremos un importante cruce entre historia antigua, historia moderna y reescritura de ambas a través del tiempo y los soportes. Por eso, retomar las cuestiones centrales en torno a las discusiones sobre los rollos, nos acercará al trasfondo sobre el cual se sustentan las reformulaciones de conceptos y creencias en la novela. Redescubrir la historia es un primer paso para comprender los pensamientos del personaje principal, verlos en funcionamiento y percibir su posterior cambio.

Para abordar la obra y comprender el modo en que puede ser leída e interpretada, nos será de suma utilidad pensar en tres conceptos que guiarán el análisis como son el de “polifonía”, “diálogo” y “horizonte”. Estas tres ideas permitirán pensar el juego interpretativo al que se expone al lector y el modo en que la novela presenta diferentes perspectivas y voces en tensión para permitir una interpretación abierta y personal de lo que se relata.

Para pensar el modo en que se presentan en la obra una pluralidad de voces (Iglesia, historia, literatura, ciencia, etc.) que brindan su visión de los acontecimientos y cómo esa heterogeneidad posibilita efectos de sentido muy diferentes, tomaremos la idea de Bajtín sobre la polifonía, que entenderemos como la aparición en un texto de diferentes voces y sentidos derivados de ellas. Pensamos en un texto donde hay múltiples voces que hablan, monologan e incluso dialogan:

Un sentido descubre sus profundidades al encontrarse y al tocarse con otro sentido, un sentido ajeno: entre ellos se establece una suerte de diálogo que supera el carácter cerrado y unilateral de estos sentidos, de estas culturas. Planteamos a la cultura ajena nuevas preguntas que ella no se había planteado, buscamos su respuesta a nuestras preguntas, y la cultura ajena nos responde descubriendo ante nosotros sus nuevos aspectos, sus nuevas posibilidades de sentido. Sin sus propias preguntas no se puede comprender creativamente nada que sea otro y ajeno (claro que las preguntas deben ser

serias y auténticas). En un encuentro dialógico, las dos culturas no se funden ni se mezclan, cada una conserva su unidad y su totalidad abierta, pero ambas se enriquecen mutuamente (1999: 352).

Si seguimos este planteo podremos comprender la obra como consecuencia de entretijos que, como expresa el final de la cita, enriquecen sin fusionarse ni perderse su especificidad. Descubrir los discursos que se proyectan en la voz de los personajes será un rico trabajo de comprensión acerca del modo en que están dispuestos esos elementos de un “mosaico”, de esa red de textos, ideas, palabras y conceptos que reflejan no sólo la postura de la novela y sus personajes, sino también el modo en que ingresa la cultura y sus discursos en la obra. Porque:

[...] al tratar de comprender y explicar una obra tan sólo a partir de las condiciones de su época, tan sólo de las condiciones del tiempo inmediato, jamás podremos penetrar en sus profundidades de sentido. La cerrazón en una época, no permite comprender tampoco la vida futura de una obra durante los siglos posteriores, y esta vida aparece como una paradoja. Las obras rompen los límites de su tiempo, viven durante siglos, es decir, en un gran tiempo, y además, con mucha frecuencia tratándose de las grandes obras, siempre, esta vida resulta más intensa y plena que en su actualidad (1999: 349).

Esto último bien se aplica a la Biblia y los Rollos del Mar Muerto, como textos a resignificar y que se van cargando paulatinamente, con el pasar del tiempo, de nuevos significados y nuevos lectores que aportan a la lectura su bagaje cultural, dando un producto totalmente nuevo.

Por su parte Gadamer nos permitirá continuar, con las herramientas que él nos provee, pensando la cuestión dialógica que planteaba Bajtín. El diálogo será no sólo entre las fuentes y las reescrituras, sino entre la obra y el lector. Tenemos una fusión entre conocimientos personales, historia, tradiciones, interpretaciones individuales, etc. Es un diálogo con la obra que implica ir en busca de un otro, de un tú, con el que se establecerá el diálogo. El trabajo interpretativo deberá hacerse entonces partiendo del texto mismo, en una pregunta directa al texto, ya que según Gadamer: “El que quiera pensar tiene que preguntarse” (1998: 453). Sólo desde el texto en sí mismo podremos interpretar (acción infinita por cierto, que puede derivar en tantas opciones como se quiera) y esto requerirá no tomar en cuenta la conformación psíquica del autor sino analizar bajo qué perspectiva fue escrito el texto.

Nos dice el autor que si bien “Es verdad que un texto no nos habla como lo haría un tú. Somos nosotros, los que lo comprendemos, quienes tenemos que hacerlo hablar

con nuestra iniciativa” (1998: 456). Además, al “igual que uno se pone de acuerdo con su interlocutor sobre una cosa, también el intérprete comprende la cosa que le dice su texto...” (1998: 457) por lo que nuestro trabajo, siguiendo a Gadamer, será prestar atención a los diálogos dentro de la novela. Las conversaciones entre Van Hutten y el narrador serán el principal factor que permite el cambio del horizonte. Ese horizonte es pensado entendiendo que:

“Todo presente finito tiene sus límites. El concepto de la situación se determina justamente en que representa una posición que limita las posibilidades de ver. Al concepto de la situación le pertenece esencialmente el concepto del horizonte. Horizonte es el ámbito de visión que abarca y encierra todo lo que es visible desde un determinado punto” (1998: 372).

Por otra parte, los desarrollos de Genette nos resultarán productivos para analizar el modo en que se presenta en la novela el cruce de textos y el uso de otras obras en relación directa a nuestro relato como herramienta para proveer mayor sentido a la novela (pensemos en el uso de citas bíblicas y citas bibliográficas, entre otros recursos). Las definiciones aportadas por Genette en *Palimpsestos* en relación a los textos resulta muy útil. Podremos ver cómo en la novela Castillo hace uso de estos mecanismos para establecer relaciones entre su obra y otros escritos que resultan de ayuda al texto en el momento de establecer asociaciones (directas o indirectas), dar nuevos sentidos en el relato, promover interpretaciones secundarias y veladas y asociar lo relatado con textos preexistentes de fuerte carga ideológica y conceptual.

Los tipos de relaciones transtextuales que define el autor son: la intertextualidad, entendida como la “relación de copresencia entre dos o más textos, es decir, eidéticamente y frecuentemente, como la presencia efectiva de un texto en otro. Su forma más explícita y literal es la práctica tradicional de la cita” (1989: 11). La paratextualidad entendida como la relación del texto con el resto de los elementos visuales que lo componen, a saber: “título, subtítulo, intertítulos, prefacios, epólogos, advertencias, prólogos, etc.; notas al margen, a pie de página, finales; epígrafes; ilustraciones; fajas, sobrecubierta, y muchos otros tipos de señales accesorias, autógrafas o alógrafas, que procuran un entorno (variable) al texto y a veces un comentario oficial”. El tercer tipo es la metatextualidad, “la relación que une a un texto a otro texto que habla de él sin citarlo (convocarlo), e incluso, en el límite, sin nombrarlo [...] La metatextualidad es por excelencia la relación crítica” (1989: 13). La cuarta tipología está definida como hipertextualidad, como “toda relación que une un

texto B (que llamaré hipertexto) con un texto anterior A (al que llamaré hipotexto) en el que se injerta de una manera que no es la del comentario” (1989: 14), es decir, “todo texto derivado de un texto anterior por transformación simple (diré en adelante transformación sin más) o por transformación indirecta, diremos imitación” (1989: 17). La última categoría es denominada architextualidad y tiene que ver con el modo en que es percibida una obra dentro de un género específico sin que sea necesario que la obra se autodesigne en tal categoría ya que “la percepción genérica [...] orienta y determina en gran medida el “horizonte de expectativas” del lector y por lo tanto de la obra” (1989: 14). Estas definiciones de las relaciones nos permitirán en primera instancia identificar los textos recurrentes que se insertan en los discursos de los personajes, de manera explícita o velada y establecer diversos sentidos del mismo texto. Se podrán identificar las variaciones interpretativas que derivan de esas elecciones y el modo en que modifican y afectan el recorrido de los personajes, principalmente, como ya se dijo, del narrador. La idea de “mosaico” que propone Genette permite también que veamos en qué instancias se utilizan estas relaciones transtextuales como herramienta eficaz para intercalar textos y autores que citados o nombrados simplemente, aportan veracidad al relato (Biblia, Nietzsche, De Quincey, Edmund Wilson, Balzac) y otros que son evidentemente inexistentes (el libro *Das Esenien*, de Van Hutten, personajes ficticios, entre otros). El juego entre los textos y las complicidades entre ellos presentan la posibilidad de desgajar más de un modo de comprensión y acercamiento al personaje principal, lo que sin duda resulta más que interesante a la hora de seguir su trayecto y sus virajes ideológicos y religiosos.

Primariamente el análisis tomará en cuenta estos conceptos teóricos que nos interesan y son útiles para pensar la obra.

Además, otro aspecto que no podemos dejar de lado y que será trabajado es el hecho de que se encuentran en la obra diversos vocablos -que si bien tienen directa relación con el lenguaje propio de la Biblia y del entorno de la lógica filosófica- podrían develar otras líneas de análisis para comprender aún más la obra y las reflexiones que plantea. Una lectura desde la etimología y el significado teológico de algunos términos clave en la novela puede dar paso a reinterpretar pasajes que bajo una lectura superficial quedan sin ser descubiertos.

El planteo será entonces ir siguiendo los rastros que vayan apareciendo para

analizar desde las ideas teóricas planteadas, la manera en que progresivamente se construyen las consideraciones religiosas en el relato. Esto será la llave de acceso para comprender la visión existencialista de sesgo agnóstico y la profundidad que encierra toda la obra.

Se hace necesaria ahora la distinción de los conceptos que se aluden en el título del trabajo y una fundamentación del porqué de la elección de esos términos como tópicos de análisis en relación a la obra.

Primeramente se hace mención a la idea de creencia y conocimiento. A la creencia la entendemos, por un lado, como la aceptación de una concepción religiosa en tanto estructura de pensamiento reguladora e interpretante de lo inmaterial y supra humano. Y por otro lado como una actitud que está presente en la mente y en el comportamiento del individuo y que determinan el modo de inserción, captación, interpretación y conocimiento del mundo y las personas que lo rodean.

La idea de conocimiento por su parte está vinculada a la posibilidad de que sucesos e información adquiridos mediante la experiencia, la educación, la comprensión teórica o práctica de un tema, permitan un acercamiento a la realidad de un asunto determinado. En este ítem entra en juego la realidad empírica y el desarrollo de la capacidad de relación entre los hechos que le suceden al personaje.

Los tomamos como dos componentes que, articulados, permiten al personaje principal establecer una conexión entre la lectura de los textos hallados por Van Hutten, las obras leídas anteriormente, el acercamiento a las cuestiones más importantes de la polémica en torno a los rollos del Mar Muerto y las conversaciones didácticas con los personajes de La Cumbrecita. Además contribuyen a solidificar el saber que posee el narrador y cimientan con más fuerza sus creencias. Son ideas que abarcan diversos ámbitos pero de los cuales nos interesa la vertiente más trascendental-religiosa que incluye el ya mencionado paso del ateísmo al agnosticismo que, según sostenemos, se constataría en el narrador. Es por esto entonces que tenemos un necesario cruce entre lo que el personaje tiene en cuanto a creencia religiosa, lo que conoce de manera teórica y abstracta, y lo que se suma a partir del contacto con los habitantes del poblado.

Siguiendo con los términos específicos, tenemos ahora que deslindar las implicancias y significados de haber elegido Filosofía y religión. El primer término tiene anclaje en este análisis en la necesidad de permitirnos un abordaje de las líneas de

pensamiento que deambulan por el texto y que estructuran sobre todo la visión de los personajes. La corriente existencialista de corte sartreana fundamentalmente, junto a los planteos centrales de esta filosofía (como la del lugar que ocupa el otro en la definición del propio sujeto, la finalidad última de la existencia, el compromiso para con la libertad que fatalmente nos es dada sobre nuestros actos) son muy importantes. Nos parecen elementos más que interesantes a analizar en el marco de los planteos que formulan, principalmente, el narrador y Van Hutten.

La religión se presenta como un factor determinante en el desarrollo de la novela. La adhesión o no a una manera de concebir la relación hombre-Dios es estructurante no sólo de las ideas que se exponen en los personajes sino del argumento mismo de la obra. La posibilidad de un texto sagrado renovado u ocultado sacado a la luz es, sin dudas, desde el anuncio mismo del título, una marca del peso de esta cuestión. En este punto debemos hacer la aclaración de que entendemos a la religión más allá de la estructura formal del culto, no restringida la idea a la adhesión a una jerarquía o un sistema de pensamiento oficializado. Mas bien nos interesa verlo como la manera de comprender y no necesariamente de practicar un rito, sino de un modo de relacionarse con ideas de índole existencial, moral y espiritual.

Por último, deseamos aclarar que estos conceptos y formulaciones que hemos expuesto aquí nos permitirán trabajar la obra y para ello se nos hace imprescindible dar al análisis una segmentación en tres partes. Cada idea de las señaladas será abordada en las secciones respondiendo a la fragmentación que impone el ámbito del discurso. En la novela suceden los hechos de manera entrelazada, siendo nuestros cortes arbitrarios para resultar útiles al trabajo. La exposición temática de algún modo orienta el entramado de la obra y se conforma en la mejor manera que hemos encontrado de acercarnos a ella.

PRIMERA PARTE

El viaje que empieza con la llegada

“—No creo en el azar—dijo Van Hutten mientras caminábamos entre matorrales y macizos de campanillas.[...] La gente llama azar a lo que no es sino una serie de causas secretas, que los antiguos nombraban destino” (2011: 63).

Personaje innominado e incertidumbre son el comienzo de la historia que miraremos en estas páginas. Haremos el recorrido a lo largo de una novela interesante y el análisis atento nos ayudará a descubrir elementos que nos llevarán más allá de las meras palabras. En un abordaje amplio y un desarrollo progresivo, analizaremos una obra que debe ser leída más de una vez, repasada en sus detalles y que exige que le sigamos el ritmo que propone (además del que nos insinúa).

El Evangelio según Van Hutten nos cuenta las vacaciones de un profesor en La Cumbrecita, en las sierras de Córdoba, que se encontrará con Estanislao Van Hutten, “[...] uruguayo, doctor en filología clásica y teólogo seglar” (2011: 27), quien ha dedicado gran parte de su vida a la arqueología bíblica; su esposa Hannah, sus amigos Lev Nicolaievich Golobjubov y Vladslac, Christiane, “hija” adoptiva de Van Hutten y algunos personajes más que formarán el elenco.

Como principal objetivo nos proponemos establecer el modo en que el narrador se encuentra con la puesta a consideración de sus pensamientos e incluso modifica algunos de ellos a medida que pasan los días en La Cumbrecita. Esto ocurre en torno a varios ámbitos de su vida: la visión sobre la existencia, el papel de las creencias, la religión como posible guía, la historia como constructo plausible de revisión. Cuando analizamos la novela en base a los cambios que sufre el narrador, podemos dividirla en tres etapas que corresponden a las fases en que se presentan las ideas y revisan, se analizan las versiones y finalmente se reconstruyen sus ideas.

Podemos identificar los puntos de inflexión que determinan estas modificaciones y que están dados por las expresiones mismas del narrador y también por las aseveraciones y confirmaciones que nos brindan los personajes con los que entabla conversaciones. A cada instancia la ejemplificaremos oportunamente con los datos que consideramos generan ese pasaje.

Referiremos ahora los tres “estados” del narrador someramente para empezar a adentrarnos en ellos.

El primer momento lo vemos a su llegada a La Cumbrecita. Viajero ciudadano, se instala en la mansedumbre de los pinares serranos e intenta recuperar algo de la tranquilidad perdida en sus días de Buenos Aires. Vemos una persona que aparece bosquejado con los matices de una vida anodina y un tanto gris, una existencia construida en torno a pocas certezas y muchos tropiezos. Intentando unos días de sosiego, se acerca a la biblioteca del hotel donde se aloja y descubre la que después será la clave de su estancia en ese paraje.

Las primeras páginas de nuestra novela nos introducen unas cuantas décadas atrás del momento en que se narra. Quien nos cuenta la historia se presenta a sí mismo apenas como para que podamos entender el porqué de su viaje a las sierras cordobesas.

No sé a qué vine, pero te puedo decir por qué vine. Vine porque estoy de vacaciones. Vine porque me separé de mi mujer. Vine porque desde hace diez años me da lo mismo cualquier lugar, a condición de no conocer a nadie (2011: 54).

Este hombre de cuarenta y nueve años a quien nunca le conoceremos el nombre negará ser el protagonista de su libro y a pesar de que pretenda minimizar su importancia, seguiremos con él y gracias a él, el desarrollo de unas vacaciones que se cargan de recuerdos y conocimientos olvidados que piden revisión.

“Si lo que buscaba era olvidarme de Buenos Aires, y eso era precisamente lo que buscaba, había dado con el lugar exacto” (2011: 19). Inicialmente eso pretende pero veremos que no llega a ser del todo así. Encontrar un viejo libro que leyó hace muchas décadas e interactuar con los demás personajes no era parte de su idea inicial de vacaciones. La apuesta al diálogo y el recuerdo serán la manera de recobrar, sobre todo, lo relacionado a la arqueología bíblica.

En una segunda instancia habrá numerosos indicios que harán que sigamos la huella de un cambio de perspectiva. Serán sus palabras y las envolventes historias de Estanislao y Lev las que nos mostrarán que las confusas y añejas ideas que guardaba el narrador empiezan a encontrar orden, aunque bajo un velo de incredulidad y desconfianza. El progresivo acercamiento a los demás personajes, la reflexión sobre libros que encontró fascinantes en el pasado, la vuelta a sus propios cuestionamientos en torno a la “historia oficial” de los Rollos, entre otras muchas cuestiones, harán del recorrido en esta segunda etapa del personaje, un momento bisagra. Aquí tendremos la

posibilidad de conocer algo más en relación a Van Hutten y seguiremos al narrador en el camino de su descubrimiento, guiado por la necesidad de comprender un poco más. En esta parte, es su horizonte el que cambia y abre paso a una interpretación diferente de textos, ideas, mensajes y fines. Su perspectiva se configura alternativamente entre su percepción y las versiones de los ancianos para dar lugar a una postura intermedia y abierta a las diferentes versiones que está en condiciones de cotejar.

La última parte de la “conversión” corresponde a la aceptación -siempre negada y puesta en entredicho por el mismo narrador- de una verdad alternativa. Se presenta la opción de comprender de otro modo y de encontrar en las pruebas que le son dadas, la efectiva confirmación de que lo que el arqueólogo le cuenta es verdad. Hasta sus propias teorías, por ejemplo, sobre Judas, pueden ser entendidas de otra manera a la luz de ciertos hallazgos y relecturas.

Quienes transitan las páginas

Si bien la imagen completa de los personajes, su temperamento, su conocimiento, sus características principales, se van completando a medida que avanzamos en la lectura, definiremos los caracteres centrales de cada uno, para permitirnos luego hablar con mayor soltura de ellos en sucesivas referencias dentro del trabajo. Nos manejaremos libremente sobre la totalidad de la novela para hacer un dibujo de los personajes principales, todos ellos presentados, en diferente grado, en esta primera sección. Como consideramos que parte del “conocer” implica, en este caso, saber de los interlocutores (principales dadores de sentido al relato), es que nos adentraremos en sus particularidades para poder luego ver el modo en que “dialogan” con el narrador y cómo contribuyen a nutrirlo y permitirle ampliar su mirada.

Comenzamos por el narrador quien está apenas bosquejado por su propia voz. Nos dice algo de lo que hace en sus días en Buenos Aires: ser un “Profesor sin cátedra” que da “clases privadas de Historia Medieval” en el barrio de Once; y sólo unas palabras de su “opaca vida personal [que] hasta el momento [...] incluye la pérdida de la juventud, dos divorcios que no hacen al tema y [la] paulatina convicción de que el mundo moderno es un lugar siniestro que, afortunadamente, ha llegado a su punto de colapso” (2011: 26). Amargamente refiere a episodios aislados de su vida personal, sensaciones momentáneas, pensamientos desarraigados. Aunque no se tome el trabajo de explicitar siempre por su voz consciente su interior, lo vamos deduciendo de la manera en que describe sus percepciones, elabora sus ideas y se posiciona en torno a los otros personajes y del modo en que es descubierto a veces en algunas características, por los que lo acompañan:

— *Quién le dijo que yo tenía problemas.*

— *Le vi la cara la primera noche. Tenía cara de suicida, de persona que se durmió a los treinta años, se despertó de golpe cerca de los cincuenta y, mirándose en un espejo se preguntó qué, cómo, quién es ese señor maduro.*

Yo debí reconocer que era verdad, declaración que no pareció sorprender al doctor Golo (2011: 42).

Podemos ahora comenzar por orden de aparición de los interlocutores de nuestro protagonista y seguir el sentido de esa cadena. En ella se estructura el

misterio y se contribuye a algo así como el suspenso, aunque sea negado tal efecto por el narrador⁸. Si los hechos se suceden de ese modo, sin azares o con él, la lectura nos indica que se presentan las apariciones como cajas chinas en las que la sorpresa está al final. Todos están relacionados entre sí y permiten a su manera descifrar el porqué de tal unión y tanta reserva.

Conocemos primero a Vladslac, arquitecto húngaro que desde hace treinta años está en La Cumbrecita y trabaja como taxista, llevando pasajeros desde y hasta el poblado (2011: 16). Será el que primero interroga, disparando la primera sorpresa del narrador, quien se ve interpelado a raíz del libro que intenta leer en el camino de ida a su hotel. Tal como lo declara el narrador no es común que alguien ande leyendo un libro sobre historia de las religiones en vacaciones y el alerta inquisitiva del chofer se hace notar. A partir de este suceso, los demás personajes van apareciendo como a “husmear” sus movimientos, entrever sus intenciones y descifrar el porqué de su visita al lugar.

De Vladslac sabremos apenas algunas cosas más. Es el “Ángel guardián” de Van Hutten y trabajó en las excavaciones en Jericó ideando todo el desarrollo de las argumentaciones sobre las cuales el arqueólogo negaba el “milagro” de las murallas⁹. Su vinculación con Van Hutten data de la época de la segunda guerra y nos cuenta el anciano que “en esa época, gracias a la arqueología, [...] podía llevar a cabo cierto tipo de tareas, digamos filantrópicas. ¿Qué tareas? Entre otras cosas, traer judíos a Palestina” (2011: 130). Y en relación a ello podemos conocer también el porqué de su vida en La Cumbrecita: perdió a su esposa en un campo de concentración y espera, desde hace años, encontrar allí al responsable. Es una cuestión determinante en su vida; hasta se ve la influencia de aquella experiencia en el diseño de la casa de Van Hutten, que simularía un búnker nazi. Sus dos cuestiones en la vida parecen ser la arquitectura¹⁰ y aquella “guerra” contra quien

⁸. “Al releer lo que llevo escrito no puedo dejar de sentir un ligero malestar. El hecho de haber empezado a escribir esta historia conociendo de antemano lo que sucedió más tarde, le da a mis palabras un tono que no es el que deberían tener. Un tono de falso suspenso, de causalidad, de misterio premonitorio. Como si el personaje que anda por esas páginas, y que soy yo, no fuera un oscuro profesor de vacaciones sino el protagonista de una aventura que ha comenzado a resultar inquietante. Tal vez a la larga fue así, pero es bueno confesar que al principio yo no lo viví de ese modo” (2011: 37).

⁹. Dice Van Hutten: “La excavación de Jericó, mi escandaloso libro sobre el método que usó Josué para derrumbar las murallas y mi polémica con Roma, fueron una farsa, ya se lo dije, una cortina de humo ideada por Vladslac para que yo pudiera cavar en el Qumrán. Treinta o cuarenta beduinos cavaban en la meseta de Jericó bajo las órdenes de Vladslac, mientras Lev y yo, con un grupo de hombres de mi absoluta confianza, viajábamos a los acantilados” (2011: 155).

¹⁰. “—Típicamente ruso —dijo sorpresivamente Vladslac, mirando el reloj y poniéndose de pie—. Si no existiera la Biblia no habría existido el Islam y, sin el Islam, no habría Gran Mezquita. Ustedes perdonen, pero

le quitó a su mujer. Así tenemos bosquejado con unas pocas alusiones en el texto, el perfil de Vladslac.

La presentación del siguiente personaje se hace dentro de un halo de misterio. Se trata de una mujer que la noche de su llegada, lo mira a través de un espejo. Sabremos después que se llama Hannah y es la esposa de Van Hutten.

[...] esa mujer había sido muy hermosa; a los sesenta años todavía lo era. Una delicada hermosura de flor pálida que, sin embargo, en su juventud no debió ser del todo ese tipo de belleza que tradicionalmente llamamos espiritual, ambigüedad que se avenía bastante bien a la contradictoria personalidad cristiana de Van Hutten (2011: 91).

Conoce a Estanislao en Palestina, siendo alumna de la Escuela Bíblica y se transforma en su compañera de viajes, trabajo y excavaciones. Es descripta por el narrador como una persona inteligente y sagaz que “perteneía a ese tipo de mujer que hace de la sinceridad un invisible manto real” (2011: 198).

Es este personaje quien da al narrador, de algún modo, lo que quiere escuchar: que Van Hutten está loco, que miente. En el deseo de cuidar a su gente, hace lo posible por disuadir a nuestro narrador de las historias del arqueólogo y transformarlas en mitos nacidos de la confusión que producen los años¹¹. Hace el intento de alejarlo, aunque su esposo decida confiar en él y acabe por contarle su historia. Se la describe en los últimos momentos de la novela como una persona afable y a la vez perspicaz: “La serena inteligencia de esa mujer era tan cautivante como debió serlo su belleza. Era una lástima que, desde mi llegada, se sintiera mi enemiga, pero sobre todo era lamentable que, ahora, tuviera motivos reales¹²” (2011: 198).

Después aparecerá el dr. Golo, un señor bajito, de lentes redondos, quien lo vigilará pacientemente y hará las veces de investigador en torno a la posible peligrosidad del ciudadano. Aparece la primera noche, como Hannah, pero en su caso se transformará en un interlocutor de peso, junto al arqueólogo. “Lev Nicolaievich Golobjubov, muerto en Palestina en 1975 y a quien usted conoce, perfectamente vivo, como doctor o tío Golo. Si me excluyo, la autoridad filológica más grande que usted ha conocido en lo que atañe a literaturas semíticas” (2011: 71), dirá Van Hutten de él.

yo no puedo imaginar el mundo sin la Gran Mezquita, naturalmente me refiero a su arquitectura” (2011: 95).

¹¹. Nos dice el narrador que Hannah “intentaba borrar todo rastro de la epístola para proteger al arqueólogo de alguien o *de algo*” (2011: 177).

¹². Refiere aquí a la efímera relación que mantiene con Christiane durante su estadía en el poblado.

Golo se constituye en otra de las fuentes de saberes nuevos que obtiene el narrador. Es un hombre inteligente y gracioso que hace en un primer momento de intermediario entre el recién llegado y el arqueólogo. Se presenta en desacuerdo con algunas ideas y teorías de Van Hutten y con una visión diferente de la fe y la religión. A pesar de las discrepancias entre ambos, son un dúo bien aceitado que permite al protagonista armar con las dos perspectivas el rompecabezas de la historia¹³.

La siguiente presentación es la de Christiane, la “sobrina/hija” de Van Hutten. A pesar de que aparece por primera vez como una chica desconocida en el estanque de los gansos, su introducción como personaje nominado se da luego. La muchacha no cuenta con más de 22 o 23 años, fue criada por la pareja desde que la encontraron sola en un bombardeo a Tel Aviv en 1967, a la edad de cuatro o cinco años. Desde ese momento es depositaria también de los secretos de Van Hutten y tanto como los demás personajes, cuida de ellos.

Es la chica quien le ayuda a comprender, a su modo, algo de la complejidad de la trama en torno a la epístola que dice haber encontrado Van Hutten y es quien se preocupa por hacerle saber que el anciano no miente. Se acerca a él sin miedo y con la aparente esperanza de que pueda, este oscuro profesor, comprender la importancia del hallazgo de Estanislao. Es descrita como una joven que “no tenía ninguna dificultad en decir siempre exactamente lo que pensaba” (2011: 133). En la primera noche que aparece en la habitación de nuestro narrador, este nos dice:

Había en la inmovilidad de la chica algo vagamente amenazador, una forma de pasividad expectante que yo ya había advertido en ella desde el primer día y que, para decirlo de algún modo, me dejaba solo con lo peor de mí mismo (2011: 71).

El último personaje de peso, el contenido de la última caja, es el anciano arqueólogo de 82 años, Estanislao Van Hutten, quien “se jactaba de vivir en Buenos Aires y ser sudamericano” (2011: 27). Uruguayo dedicado a la filología clásica, la arqueología, conocedor de más de veinte lenguas, una autoridad en cuestiones bíblicas. Hombre polémico y controversial que estando a la altura de los

¹³. Dice el narrador: “Debo reconocer que yo estaba bastante sorprendido por el giro que había tomado la conversación. No pude dejar de entrever qué había significado el arqueólogo dentro de los claustros académicos y en las polémicas de la Iglesia, y lo mismo empezaba a pasarme con el doctor Golo. La amistad entre esos dos ancianos era, cuando menos, un espectáculo asombroso” (2011: 94).

mejores pensadores del mundo, se atrevió a proponer disonantes teorías y mantener acaloradas discusiones con el entorno académico en la época de las excavaciones del Qumrán, en los años cincuenta.

Su misma apariencia era espectacular. Debía de medir más de un metro ochenta y, a pesar de su edad, parecía estar tallado, no en piedra, como suele decirse, sino en una madera durísima [...] Las arrugas verticales de su entrecejo, casi como cicatrices, le daban sin embargo un aspecto reflexivo y por alguna razón intimidante (2011: 60).

La descripción de su presencia y las conversaciones con Estanislao se hacen más frecuentes a medida que pasan los días. Se puede percibir que la imagen de este personaje se perfila decididamente fuerte y conforma sin dudas el eje tanto de los conocimientos como de las dudas para el ciudadano. Es un ser sumamente conocedor, versado en amplios saberes y que intenta a su modo hacerlos llegar al narrador. Comprueba “muchas veces en los días que siguieron, [que] ese hombre parecía suponer que su pensamiento era perfectamente accesible para los demás” (2011: 64).

En la descripción que hace el narrador del libro hallado en la biblioteca del hotel, refiere a los pensamientos de Van Hutten y a sus teorías. De allí nos parece interesante detenernos en este primer acercamiento al personaje¹⁴, en el modo en que determina sus intereses, sus percepciones generales en torno a algunas disciplinas y su fe. El siguiente fragmento condensa a grandes rasgos lo que después irá explicitando a lo largo de la novela:

La Metafísica, sostenía Van Hutten, es una forma envilecida de la poesía, una fría parodia intelectual del sentimiento religioso; no es ni fue nunca ni puede ser una ciencia. La Teología es algo peor, es un pecado: la Teología es la forma más arrogante y perversa del orgullo demoníaco. Heidegger era un poeta fracasado y santo Tomás poco menos que un ateo. En cuanto al concepto mismo de religión es, sencillamente, un malentendido. Nada de lo que llamamos revelación, sagrado, divino, pertenece a la esfera del verdadero sentimiento religioso: la religiosidad es una estructura espiritual esencialmente humana, vale decir social. ya que el hombre sólo se concibe en comunidad con los demás hombres y no con Dios, quien, si existe —y Van Hutten nunca negó su existencia—, es incomprendible, indemostrable y ajeno por definición a nuestra realidad. La filosofía de la religión es el fundamento de una nueva metafísica cuyo fin es a su vez una nueva ética comunista, implícita en las enseñanzas de los evangelios cristianos. Implícita, y no explícita, porque los evangelios han sido adulterados (2011: 32).

Ese fragmento representa el núcleo duro de la novela. Esa es la trama en

¹⁴. En las sucesivas páginas se irá conformando el pensamiento de Van Hutten y se desgajarán en precisión sus ideas. Esta primera referencia sirve de marco introductorio a los desarrollos posteriores acerca del alcance de sus postulados sobre el narrador.

la que se incorpora el narrador. Estanislao es un hombre anciano, cansado, inteligente y seguro de lo que dice. Cada una de sus ideas formarán la base de las nuevas especulaciones del relator.

Además de los personajes mencionados se presentan otros que actúan de extras, pero que sin dudas están al tanto, no quizás de la historia total de Van Hutten aunque sí al menos, del anonimato que requiere el arqueólogo. Los demás pobladores que contribuyen a incrementar el halo de misterio en torno a él son el “conde” Holstein, hotelero y la “condesa” Frau Lisa, dueña de una hostería.

En este primer acercamiento a la obra, nos interesa dejar a la vista los elementos principales de ella. Presentar así a los personajes más influyentes se constituye en la herramienta inicial para perfilar el estudio.

Los acompañantes del narrador en esta estadía son los encargados de renovar sus reflexiones e introducir elementos nuevos al panorama. No es casual que los personajes se perfilen de manera misteriosa, se escondan tras la intriga y oculten conocimientos al visitante. El manejo de la información, como veremos más adelante, se transforma en una herramienta importantísima para mantener atento al, aparentemente desinteresado bonaerense y captarlo. Manejar cuidadosamente el conocimiento, los datos y las pruebas es parte del accionar de Van Hutten. Todos los personajes que hemos presentado brevemente hacen un uso cuidadoso de la información que tienen, la esconden y hasta niegan tenerla en algunos casos. Se trata de regularla para mantener al espectador (en este caso el narrador) intrigado, deseoso de saber más, ávido de respuestas. Cada uno actúa como un “enganche” para seguir el camino de repensar la configuración del cristianismo, sus alcances y por qué no, el sentido que esta mirada religiosa de la vida otorga al hombre. El acercamiento a los interlocutores se constituye así en un primer modo de ver las posturas que aportan cada uno y cómo la visión particular de cada individuo en la trama conforma un universo complejo a articular.

Ahora se hace necesario también aclarar los puntos centrales alrededor de los cuales la novela navega. Presentados los personajes, estamos en condiciones de introducirnos en el contexto que presenta la obra: excavaciones, hallazgos, traducciones y el contexto en donde estos personajes e ideas se presentan.

Creer y creencias

La cuestión que primero se presenta es la de creer.

Consideramos que podemos pensar el “creer” refiriéndonos a dos cuestiones: el creer en tanto dar por válida la historia que le será contada por el anciano arqueólogo y, también, entrever la posibilidad de creencia en tanto fe religiosa o no religiosa¹⁵ (a la que podemos ver quizás como simplemente confianza, en el hombre o en una divinidad).

Comenzamos a leer la novela y encontramos estas palabras: “No pido que se me crea. Yo tampoco creí en las palabras de Van Hutten hasta mucho después de mi regreso a Buenos Aires [...]” (2011:13). Estamos ante una disyuntiva, desde un comienzo, de proponernos una postura como lectores, que mantenga la cautela y un cierto recelo a interpretar al pie de la letra lo que se nos contará luego. Hay una advertencia explícita que permite al narrador anticipar que lo que contará posiblemente no sea fácil de aceptar. Es una puesta a consideración del valor real de todo lo que posteriormente se narrará, es un llamamiento a ser críticos con la subjetividad puesta en el relato. Se nos dice que se relatará una historia de un tercero, en la que ni el mismo narrador declara ser partícipe, una reescritura de sucesos, una transcripción de lo oído y leído.

Pero como necesita comenzar por algún lado -sea su relato creíble o no- lo hará llevando al lector por varios caminos que desarrolla paralelos en su narración. Su historia de vacaciones se mezclará con la historia antigua, sucesos de los años cuarenta y la relación de estos con quienes serán su principales interlocutores (Van Hutten y Golobjuvob).

Entre estas dos posibilidades, de creer en tanto fe y en tanto dar por válida una versión alternativa de la historia, es por donde podemos acercarnos al narrador. La conciencia plena de estar entrando en terreno desconocido es un factor determinante para este personaje ya que la posibilidad de confiar en interpretaciones arriesgadas como las del arqueólogo o reposicionarse frente a lo trascendental, se le presenta como un desafío. Lo interesante en esto radica en que en todo el relato maneja un nivel de

¹⁵. Teniendo en cuenta que poseer una certeza acerca de la divinidad no conlleva necesariamente adscribir a un dogma, entendiendo por “creencia religiosa” la adscripción a una estructura dogmática de fe. Ej: cristianismo o judaísmo.

desconfianza y relativización que no abandona nunca. Los planteos que efectuamos serán deducidos a través del análisis de sus palabras. Será un rastreo y un ejercicio de desciframiento de lo que no dice, para llegar a ver su pensar soterrado.

La distancia que intenta interponer entre sus palabras y su confianza en ellas es repetida en varias ocasiones ya que forma parte de su “estrategia” de alejamiento de la controversia. Cuenta pero no adscribe. Quiere constituirse como un mero traductor o si se quiere transcriptor, sin huella subjetiva ni apoyo a lo que presenta.

a) **Van Hutten y los Rollos del Mar Muerto**

Empezaremos por ver la relación de nuestro narrador con el filólogo uruguayo. Se remonta a la lectura de los libros que publicara Estanislao, a las polémicas en torno a las excavaciones en el Qumrán en 1947 y el hallazgo de los denominados Rollos del Mar Muerto. Dirá el narrador:

En cuanto a mi relación con Estanislao Van Hutten, puedo resumirla diciendo que en veinte años yo no había vuelto a oír su nombre. Hacia 1965 sólo conocía dos de sus libros y su fotografía en una publicación arqueológica [...] treinta años después [...] no estoy seguro de conocer mucho más que eso de aquel hombre extraordinario a quien algunos de sus contemporáneos, tal vez sin exagerar en ningún caso, han llamado sabio, fanático religioso, hereje o loco (2011: 27).

En una primera instancia, como leemos, la cuestión se perfila en torno a un personaje difuso y perdido en el tiempo del que además de algunas publicaciones y libros en cuestiones polémicas de arqueología bíblica, no se puede rastrear nada más hasta su “muerte” en 1975.

La fama del arqueólogo está vinculada a las controversias alrededor del descubrimiento de los llamados Rollos del Mar Muerto, cuestión presentada en la obra con referencias y relatos anclados en los hechos concretos de aquellos años.

Si nos atenemos ahora a la historia efectiva, estos hallazgos suceden en febrero de 1947 cuando un joven pastor beduino de la tribu Taamireh encuentra casualmente en una cueva, tinajas de barro en las que hay rollos de piel, papiro y pergamino. El lugar es la meseta de Khirbet Qumrán, a orillas del Mar Muerto, una zona árida y desértica que está en el actual territorio de Cisjordania.

Progresivamente, en varios años de búsqueda se encuentran más de

ochocientos escritos en las once cuevas de donde se sacaron -enteros, en fragmentos, en mínimas piezas de a miles- las controversiales escrituras.

Controversiales para algunos, reveladoras para otros. Dice Jorge Dulitzky al respecto:

Surgió un problema de fondo [...] Por el lado cristiano, el dogma es algo no sujeto a investigaciones. Se cree o no se cree. Es materia de fe. El temor de los investigadores cristianos estaba razonablemente fundado en evitar cualquier hallazgo histórico que destruyera el andamiaje de la fe, construido por la Iglesia a partir de los escritos de Pablo y, luego de trabajosas adaptaciones y modificaciones, transformado en canon durante el siglo IV [...]

Por el lado judío, pareciera que ningún contenido de los Rollos haría peligrar la fe, salvo el hecho de poner al descubierto que el convulsionado primer siglo de nuestra era fue escenario de diversas confrontaciones religiosas entre los judíos (2007: 185).

Naturalmente, hubo gran revuelo en el ámbito eclesiástico, académico, mundial. Parecía ser que los Rollos encarnaban el descubrimiento del siglo XX.¹⁶

El resultado de un descubrimiento en época de guerra y de la particular organización del estado de Israel, derivó en un retraso y desinterés sobre la investigación para árabes e israelíes. Sumado a eso Dulitzky agrega elementos que hicieron del descubrimiento una cuestión con ocultamientos: el grupo encargado de estudiar los rollos fue de la Escuela Bíblica dirigida por el padre Roland De Vaux en un equipo conformado sólo por estudiosos cristianos, sin ningún judío, pese a que hubiera sido necesario ya que los textos tenían mucha vinculación con la religión judía; la Escuela Bíblica estaba relacionada a la Pontificia Comisión Bíblica, que dependía del Papa, y además estaba dirigida por el entonces cardenal Joseph Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe (“Santo Oficio” desde 1542, “Santa Inquisición” antes de esa fecha) lo que confería a las traducciones un sesgo particular; sumado a esto, problemas financieros para afrontar los grandísimos costos de los equipos de investigación; y un deficiente sistema de investigación que fragmentó el estudio y complicó la unidad del trabajo.

Estas fueron las causas del retraso y la controversia en torno a la falta de conocimiento del público sobre las traducciones, el contenido y las posibles interpretaciones del material. Lo que resta comprender es el porqué de estas

¹⁶. En la novela se hará referencia a esto y nos cuenta el dr. Golo que en 1947 se desata “una guerra entre mahometanos y judíos, fomentada por ingleses cristianos, guerra que, literalmente, impidió a cristianos, judíos y mahometanos seguir investigando las cuevas hasta tres o cuatro años después. Momento en que también se interesó el Vaticano. Los hallazgos más espectaculares ocurrieron entre 1952 y 1955. De modo que en 1956 se declaró otra guerra” (2011: 45).

complicaciones, la causa profunda de los ocultamientos, las demoras, incluso las supuestas desapariciones de material.

La cuestión fundamental fue el contenido de algunos de esos rollos. Mientras que los que resultaban copia de los textos canónicos fueron publicados en los años siguientes a las excavaciones, muchos que presentaban elementos no contemplados por la doctrina y la Biblia, entraron en el mar de retraso y negación. Escritos fechados en el primer siglo de la era cristiana que contenían un mensaje diferente en algunos rollos, al sostenido por la Iglesia, eran el punto de conflicto. En la disonancia sobre todo con la idea de una religión nacida al margen y sin contacto con el judaísmo, como una rama separada, es en donde se complicaba la cuestión.

También se presentaban en esos escritos las costumbres y reglas de la secta Esenia, quienes habitaron las ruinas de Qumrán. Se sabe ahora que ese lugar era el Monasterio de los Solitarios del Desierto, como algunos les llamaban. Estos supuestos monjes se conformaron como una rama disidente del judaísmo, apegados a la Ley mosaica y en rechazo a los abusos y conductas del clero de Jerusalén. Desarrollaron su vida en contemplación, soledad y atención a los mandamientos. Según sabemos a través de los textos de Filón de Alejandría (Danielou, 1962: 48-65), vivían cerca de cuatro mil, en aldeas, dedicados a actividades agrícolas, estudio e interpretación de las escrituras.

El conflicto comenzará cuando es posible vincular a Jesús con esta secta y se encuentra en los textos una imagen de él que no coincide en todo con la que cuenta la Biblia canónica instaurada desde el siglo IV dC. Los textos hallados dejarían entrever que además de su vida tranquila y apacible, en la secta esenia se contemplaba la posibilidad de pasar a la lucha armada contra los opresores y sometedores de los judíos (Romanos). Aquí se establece una conexión con los Zelotes¹⁷, aparente brazo armado de los esenios.

Cuando se analizan los textos canónicos a la luz de estos nuevos hallazgos,

¹⁷. Para clarificar diremos que: “El término es una transcripción del griego *zelotei*, que significa “celosos”[...] de un celo religioso destinado a preservar el honor del Dios de Israel ante cualquier menoscabo.[...] La ideología zelote era parecida a la farisea, con la diferencia de que habían resuelto recurrir a la acción armada contra los romanos. Su monoteísmo era estricto, basado en el Antiguo Testamento, creían en la inmortalidad del alma, en la resurrección, en el infierno con tormentos y en un mundo venidero que llegaría luego de una revolución violenta dirigida por un mesías guerrero. Sostenían que ese ideario debía ser defendido mediante la violencia y rechazaban la pasividad de los sacerdotes del Templo. [...] Se cree que muchos fariseos y esenios abandonaron su posición no violenta para tomar las armas junto a los zelotes” (Dulitzky, 2007: 84).

ocurre que los investigadores encuentran extirpadas las alusiones a hechos violentos y combativos de Jesús y sus apóstoles. Proponer una mirada contradictoria a los fieles resultaría de extrema gravedad. Cambiar las enseñanzas, proponer un Jesús cuasi guerrillero y desdejar más de una interpretación bíblica a la luz de estos hallazgos, sin duda que era demasiado para la época, el dogma fijado y las cúpulas eclesiásticas.

Dulitzky agrega que “los descubrimientos arqueológicos adquieren valor cuando son dados a conocer al ámbito académico y al público. Esto es algo que no sucedió con los Rollos. Desde 1948 comenzó la tímida publicación de algunos fragmentos hasta que en la década del 70 prácticamente se interrumpió” (2007: 192). A la luz de esto, llegamos al año 1985 con sólo el 20 por ciento de los rollos traducidos, algunos en posesión de particulares, algunos que se cree fueron eliminados u ocultados por “peligrosos” y un escándalo científico por la ineptitud y el encubrimiento de los resultados de algunas traducciones.

Ahora bien, la cuestión que es puesta a consideración es la del manejo de las traducciones y el modo en que se hicieron. Van Hutten y Golo postularán en algún momento que la traducción puede depender de cómo se interprete una raíz en una palabra¹⁸. Es una delgada línea interpretativa la que separa concepciones completamente disímiles de un antiguo y maltratado pergamino de dos mil años, poco legible y conteniendo en algunos casos, relatos en lenguas muertas.

Entonces tenemos a Van Hutten, un afamado e inteligentísimo filólogo y arqueólogo, con una reinterpretación de un canon de dos milenios y una mirada que dista de la tradicional. Proponer no sólo una relectura de los Evangelios sino postular teorías interpretativas arriesgadas y que desmoronan toda una manera de concebir la religión no es fácil de seguir. El narrador se encuentra con una interesante y poco demostrable versión alternativa. La construcción de un discurso paralelo y desestructurante sobre lo concebido como guía social está dado por el replanteo de los cimientos mismos de la estructura católica. Seguir a un “cabrón” como Pablo, coincidir con un “hereje” como Marción sobre lo que es legible o no, negar la divinidad de Jesús, entre otras ideas, claramente es una apuesta gigantesca.

¹⁸. “Un punto diacrítico o un garabato injertado en una raíz semítica puede transformar la palabra opulento en la palabra vino [...] Hasta hoy se ha leído en Habakuc: “y además el vino es pérfido y el hombre arrogante no da tregua”. Si corregimos, según los rollos, la raíz *hyy*n [...], que viene a significar el vino, por la raíz *hwn* —el mismo dibujo, pero con un trayecto notoriamente más corto hacia abajo—, cuyo significado es *riqueza*, ¿qué nos da? Que el ricachón es jodido y que el agrandado no te deja en paz” (2011: 93-94).

b) La/s historia/s del narrador

Ahora bien, si volvemos con estos datos a la novela, vemos que hay dos factores que se entrecruzan y forman el ámbito desde el cual se mueve y contempla nuestro narrador. Está lo que conoce y sabe en torno a las historias: bíblica, de los Rollos del Mar Muerto, de la religión como institución, y por otro lado, lo que realmente confiesa creer sobre estas versiones: “No soy un hombre religioso. He sido razonablemente católico, soy razonablemente agnóstico y me considero cristiano en el sentido argentino del término, es decir, no soy un pagano, no soy un indio” (2011: 25).

Se maneja siempre en el ámbito de la relatividad y se define entre parámetros no muy establecidos. No declara una convicción férrea sino más bien una aproximada tendencia en sus pensamientos. La cuota de duda está presente en cada definición o aclaración que hace sobre su persona. Se dice agnóstico por momentos, “razonablemente cristiano”, o puede llegar a ser nombrado incluso como el “amigo ateo”¹⁹ de Van Hutten.

Así como el epígrafe de la novela nos indica la relatividad de las creencias²⁰, en el relator hay también una suerte de liviandad en torno a la fuerza de sus convicciones. El doctor Golo le dice: “Cuando un hombre de su edad dice *mi juventud*, algo anda mal. O ha dejado de creer en sus ideas o lo han desilusionado las mujeres” (2011: 40). Y este tal vez sea el comienzo del porqué ha elegido ese lugar, tan alejado, tan diferente. Su historia personal muestra una desazón que lo lleva a espacios indefinidos, desconocidos, desconectados de lo que él es y hace. Demuestra con lo que nos cuenta que sus relaciones con el sexo opuesto no han sido demasiado exitosas y además, tal como dice su interlocutor, podemos ver que efectivamente ha perdido la confianza en sus ideas, aspecto visible, como hemos dicho, en el modo ambiguo en que se define, habla, explica sus posturas y precisa sus pocas certezas. Más adelante dirá él mismo, para confirmar las palabras del doctor Golo:

¹⁹. “La chica se puso de pie, lo besó, y con casual indiferencia también me besó a mí. El anciano arqueólogo y su amigo ateo, pensé. Para ella éramos más o menos dos representantes de la misma época geológica” (2011: 134).

²⁰. “*Ego vero Evangelio non crederit, nisi me catholicae conmoeret auctoritas. [Yo no creería en el evangelio si no me moviera la autoridad de la Iglesia.]* SAN AGUSTÍN, *Contra la Epístola llamada “del Fundamento”*” (2011: 9).

La sola posibilidad de que Christiane²¹ volviera a aparecer en mi habitación la noche siguiente, me inquietaba por demasiadas razones, aunque esa primera noche me bastaba con una sola. Tenía tan pocas ganas de repetir aquello, con ella o con cualquier otra mujer, como de creer en las palabras de Van Hutten (2011: 185).

Su propia trayectoria individual es ambigua y desdibujada y esto es la base sobre la que deberá armar las demás historias. Abre de a poco se espacio personal a la reflexión y conjuntamente ingresan los replanteos en torno a la historia de Van Hutten.

Para poder abordar el modo en que las creencias y saberes van siendo recuperados consideramos que es válido acercarnos a Bajtín y la idea de que:

Los actos más importantes que constituyen la autoconciencia se determinan por la relación a la otra conciencia (al tú). La ruptura, el aislamiento, la cerrazón en sí mismo como la causa principal de la pérdida de sí mismo. No aquello que sucede dentro, sólo lo que acontece en la frontera de la conciencia propia y la ajena, en el umbral. Y todo lo interno no se basta por sí mismo, esta vuelto hacia el exterior; esta dialogizado, cada vivencia interna llega a ubicarse sobre la frontera, se encuentra con el otro, y en este intenso encuentro esta toda su esencia. Este es el grado supremo de la socialidad (no externa ni cosificada, sino interna) (1999: 327).

Si nos situamos en la variedad de voces que intervienen en el texto y nos permitimos pensar el modo en que actúan en el narrador para modificar sus ideas previas, vemos que funcionan respondiendo a esta idea. Las vivencias de Van Hutten, las discusiones con el dr. Golo, las reservas de Hannah, todo tiene que ver con este mecanismo de apertura en la que se encuentran las versiones de lo mismo. Cada una se enriquece con la otra pero no se confunden. Cada parte referida a una misma historia hace que el narrador se constituya como un “armador” de posibilidades. Hay versiones y perspectivas encontradas en lo que lee, sabe y va escuchando durante los días en Córdoba, por lo que deberá con eso rearmar su ya caído anaquel de las ideas y reordenar las partecitas que va encontrando a cada palabra, dentro de su cabeza.

Se presenta fuertemente la cuestión del confiar dentro del ámbito del “creer”. Esto lo decimos porque en cuestiones de fe, se trata no sólo de aceptar, por ejemplo, que la selección de los textos bíblicos es la mejor posible o que Jesús era quien se describe en ellos, sino en confiar que tal selección, que tales palabras, que tales escritos, representan verdaderamente una visión aceptable de la historia. Aceptar una visión

²¹. La relación que se establece entre el narrador y las mujeres es interesante y despliega un aspecto importante en el personaje que si bien no será analizado, nos permite confirmar que la ambivalencia impregna sus relaciones, de todo tipo y la mujer se presenta como otro elemento disonante en su panorama individual. Cf. Colazo, Álvaro Manuel; Sánchez, María Silvina, 2009: 53.

implica apostar a que esa es la respuesta más razonable a las dudas, el relato más acertado de la historia de un personaje tan inspirador como Jesús, la respuesta a las dudas, el cimiento de la fe.

Y aquí tenemos un primer planteamiento acerca de que interpretar es un trabajo de quien lee, es un ejercicio de plena confianza y requiere la conciencia de que al leer, necesariamente interpretamos desde nuestra mirada. Leer es también dar un nuevo sentido al texto, es aportar inconscientemente quizás, una concepción personal que viene teñida de las experiencias personales, de la forma de ver y sentir el mundo, que es diferente en cada individuo. Si el simple hecho de leer aporta nuevos sentidos más aún la acción de traducir. Tomar una lengua y traspasar sus significados a otra es sin dudas una instancia de ejercicio que implica una gran cuota de subjetividad.

Ahora entonces podemos pensar en las cuestiones que esto genera: por un lado, que tanto la lectura de los textos bíblicos canónicos como su selección, responden a la mirada de quien los separó del resto y eligió luego entre los cientos existentes, los que forman la Biblia; que la traducción de los rollos del Mar Muerto responde a una elección del traductor y a su intuición en todo caso sobre el mejor modo de dar sentido a las palabras al momento de cambiarlas de idioma; que el narrador se enfrenta a una multiplicidad de “interpretaciones de interpretaciones” y que en ello radica en parte su actitud distante en principio (Van Hutten reinterpreta lo ya reinterpretado también).

El trabajo de volver a interpretar es una cadena que nunca acaba y va engrosando las ideas o sucesos. Si pensamos en textos tan antiguos como los del Mar Muerto, y la posibilidad de leerlos a la luz de estos días, sin dudas ya nos permitimos modificar, sin saberlo, el significado original. Estamos necesariamente pensando desde estructuras actuales y con instancias de comprensión que distan muchísimo de las que generaron el texto. La manera de pensar y construir incluso las ideas en lengua escrita puede haber sido un proceso distinto del nuestro. Pero esa es la tarea que nos proponen los textos, todos: pensarlos a la luz no simplemente de nuestra actualidad sino también de la reformulación que sufren a través de los años.

El tiempo otorga nuevos sentidos a los textos y se leen de modos enteramente diferentes en una u otra época. Van Hutten dice en un momento: “buscaba un fundamento esenio del cristianismo y encontré el Manifiesto Comunista de Dios”

(2011: 207) y este es un buen ejemplo de cómo se resignifica un contenido a través del tiempo.

A partir de esta frase de Van Hutten es desde donde podemos plantear un elemento que aparece repetidamente en la obra: la idea política detrás de los planteos de Estanislao. Al hecho de proponer que una lectura de una epístola atribuida al mismo Jesús deriva, por interpretación de Stan, en una especie de llamamiento político a la rebeldía y la equidad, podemos contrastarlo con el momento histórico. La época en que Van Hutten debiera haber dado a conocer sus planteos al mundo era una etapa en la cual las revoluciones sociales estaban marcando una nueva impronta (años 60 y comienzos de los 70). Se perfilaban ya en América Latina el resurgir de las invectivas contra el socialismo y la inminencia de las dictaduras militares junto al clima de insurrección frente a un sistema opresor que era cada vez más evidente. La asociación entonces podría resultar en parte, de comparar los estados de rebeldía de la época de Jesús y su mensaje pacificador (y a la vez reaccionario, propuesto por Van Hutten) con las movilizaciones sociales de esas décadas²².

La historia es un elemento plausible de revisión, eso nos dice Van Hutten. Los relatos de los hechos están cargados de inferencias, interpretaciones y perspectivas que restringen la atención del suceso a un hecho de interés de quien observa o cuenta. Entonces, proponer una lectura alternativa es un modo de reescribir dando una mirada no necesariamente opuesta sino tal vez complementaria o que destaque un punto no tenido en cuenta, sin entrar en discrepancias.

Van Hutten propondrá sin embargo, romper con algunas de las versiones inmortalizadas y cargar el peso de esas elecciones a un modo de ver y manejar la historia aferrado a una concepción del poder. Aquí se hace útil tomar un análisis de Antonio Piñero²³ en el cual propone que el establecimiento del catolicismo como estructura dominante responde a tres acciones básicas:

- el control intelectual: administrando la interpretación estricta de las Escrituras y la selección de las Escrituras que deben leerse como válidas. Un

²². Nuestra asociación responde a una inferencia de la influencia que se ve en las demás obras de Castillo y en análisis sobre ellas, de los momentos políticos fuertes de la historia y del impacto de las ideologías socialistas en América. Cf. Colazo, Álvaro Manuel; Sánchez, María Silvina, 2009: 7-18.

²³. En la conferencia "El clamoroso éxito de Pablo", Octubre de 2011. Accesible en http://www.youtube.com/watch?v=zMX9crt22Q8&index=4&list=LLkJdZY-xzci_wWdGs-lcgMQ

segundo control intelectual respecto de la tradición, basándose en las cartas de Pablo de Tarso, y sosteniendo que se ha formado un depósito con las enseñanzas de Jesús y que servirán de guía.

- el control del mando físico: haciendo una estructura jerárquica masculina, partiendo de Jesús, siguiendo con los Apóstoles y concediendo el mando a los jerarcas de la Iglesia. Mediante esto se hace incuestionable el poder de quien desciende de una cadena ininterrumpida que comienza con el mismo Jesús.

- el control económico: mediante la administración de los fondos de la Iglesia y la seguridad social de los creyentes (brindando protección a madres viudas, protegiendo el derecho a nacer de los niños, ayudando a los pobres, entre otros).

Estos planteos de Piñero nos permiten repensar las ideas de Van Hutten y encontrar en esta mirada histórica un acercamiento a las discusiones que tiene con el dogma. Estanislao nos dice que hay una historia no contada en la interpretación católica de los textos canónicos. Hay una selección y una consciente configuración de la figura de Jesús y de la Iglesia como portadora de las verdades religiosas. Es discutible para Van Hutten no sólo el canon bíblico establecido, sino la manera de comprenderlo. Esto es lo que propone al narrador y se esfuerza en demostrarle, aunque más no sea a ese solitario profesor de historia. Que puede verse otra cara de los acontecimientos y las ideas, que puede repensarse el modo de concebir las estructuras, los poderes, las relaciones, los textos.

Todas estas historias escritas, estas versiones individuales de la historia y las interpretaciones de esas historias, son el elemento a cotejar, comprender, ordenar, asimilar.

Acercarnos al conocer

Como segundo paso para efectivizar la creencia en algo, o en todo caso, revisar las creencias que tiene, encontramos una necesidad del narrador establecida en torno al conocimiento. Progresivamente será la herramienta única con la que deberá contar el narrador para dar paso a alguna posible certeza. “Conocimiento” pensado en tanto un proceso necesario de adquisición progresiva de nueva información y también como referencia al bagaje ya tenido. La primera acepción representa la principal vía con la que cuenta para rever lo sabido y comprender lo nuevo.

Conoce, como ya dijimos, algo sobre lo que luego ampliarán Estanislao y Lev, pero dirá que su “vinculación con la arqueología bíblica se remonta a su adolescencia y es apenas un poco mayor que la de cualquier persona de las llamadas cultas” (2011: 25). Unas líneas más adelante declarará:

En los años cincuenta yo había asistido como oyente a unas clases universitarias sobre religiones comparadas y había leído dos o tres libros sobre el tema.[...] De esa época perdida data casi todo lo que, hasta el otoño de 1983, yo sabía sobre los rollos del Mar Muerto, sobre la secta solitaria de los esenios y sobre la participación de Van Hutten en las polémicas teológicas a que dieron lugar las excavaciones (2011: 26).

Durante los primeros días de estadía los misteriosos personajes de La Cumbrecita se encargarán de averiguar quién es este recién llegado y el trabajo que hará sobre sí mismo el narrador será incitado por los ancianos. En primera medida: recordar lo que ya sabe relacionado a las excavaciones en el Qumrán, las discusiones sobre los Rollos del Mar Muerto en las que participó Van Hutten y las intrigas respecto a las traducciones e interpretaciones de los textos bíblicos. Toda esta primera parte está basada en el ejercicio de memoria del narrador y en el paciente trabajo de los interlocutores que a la vez que presentan algún que otro dato nuevo (a modo de enganche, quizás), leen las intenciones del profesor bonaerense y miden su grado de conocimiento. En otra instancia, se tratará de que el narrador arme el panorama y decida una postura.

a) Los planteos de Van Hutten

Tenemos entonces cosas que el narrador va recordando de a poco y otras que conoce por boca de los ancianos. El arqueólogo tiene no solamente conocimiento adquirido académicamente, libresco, sino también elaboraciones y conclusiones propias (intrigantes y escandalosas algunas) que brinda al protagonista. Las teorías e ideas que Van Hutten propone y comenta con el narrador son varias y podemos comenzar a verlas para después progresivamente ir siguiendo su desarrollo y comprender el efecto que tienen.

- Jesús y Dios:

Tiene ideas claras en cuanto a la distinción, tajante y necesaria, entre ambos. No se utilizan indistintamente ni se confunden. La consistencia de los pensamientos del arqueólogo (que reniega de la teología y por eso no nos dejaría ponerlo en el rubro teólogo), manifiestan que no hay cabos sueltos en sus planteos:

Lo que el arqueólogo, a desgano y como si evitara pronunciar su nombre, llamaba Dios, no encajaba en ninguna de las nociones que un hombre como yo pudiera hacerse de la palabra Dios. Cuando, en algún momento de la noche, intenté tocar ese tema, dijo con malhumor que yo me preocupaba demasiado por lo accesorio, por los detalles. Dios existía y punto, nos gustara o no, creyéramos en él o no. Jesús era un hombre y era su hijo, y otra vez punto (2011: 140).

Esta cita refleja el grado de fortaleza de las ideas de Van Hutten que contrasta en gran medida con las convicciones del narrador. Estanislao ha desarrollado, a fuerza de estudio, una mirada particular y personal sobre la religión (sus preceptos, dogmas, enseñanzas) que permite ver que estamos ante un personaje interesantísimo, quien declara abiertamente que su “tema” no es Dios, sino Jesús (2011:141).

Tiene un particular carácter que lo lleva a intervenciones duras con el narrador, sobre todo cuando se ve cuestionada, o en todo caso relativizada, alguna cuestión que considera de suma importancia:

*—Usted cree que Jesús era hijo de Dios ...
—¿Otra vez? Sí.
—Pero, entonces ...
—Usted quiere saber si creo que, por lo tanto, Jesús era Dios... No sea chiquilín, por favor, cómo voy a creer semejante idiotez (2011: 143).*

La fe de Van Hutten no se pone en duda, solamente se especifica el “objeto de

estudio”. Se diferencia en sus palabras y sus ideas lo que está dado como inamovible, que es la existencia de Dios, contrastándolo con la posibilidad de interpretación amplia que permite una figura como Jesús (fines, ideas, proclamas, vida real, etc.) que resulta casi completamente terrenal²⁴.

- Judas:

Es esta una controversial figura que se encuentra definida por la historia como el traidor por excelencia. Su infame accionar esta atribuido a la entrega de Jesús a los romanos por unas tristes e insuficientes monedas²⁵.

En torno a este personaje histórico se tejen en la novela versiones que alteran la concepción histórica y el alcance de su supuesta traición, que no sería tal. Este punto es interesante porque vincula al narrador y a Van Hutten en un tema de común interés. Han estado ambos investigando respecto a él y han llegado a la misma conclusión: negar la culpa de Judas y considerar que hubo un trato entre Judas y Jesús para hacer lo que se dice que hizo.

La traición atribuida a Judas Iscariote [...] Era un fraude, una falsificación de los textos evangélicos, una impostura con la que se pretendía ocultar una traición mucho más abominable y monstruosa: la traición cristiana a la iglesia violenta y catecúmena de Jesús (2011: 31).

La visión de Van Hutten sobre el accionar de los personajes bíblicos permite llegar a inferencias que desmoronan las concepciones rigurosamente instaladas. El dogma se fractura y presenta una mirada paralela, dando un giro a la lectura de la historia.

- Teología y Metafísica:

Cuando define disciplinas específicas es ácido y tajante. No contempla que existan algunas categorías de materias a las cuales pueda considerárselas serias y dignas de respeto y atención.

²⁴. Esto junto a la primera cita nos lleva a percibir la idea existencialista de que “es muy incómodo que Dios no exista, porque con él desaparece toda posibilidad de encontrar valores en un cielo inteligible [...] Todo está permitido si Dios no existe y en consecuencia el hombre está abandonado, porque no encuentra ni en sí ni fuera de sí una posibilidad de aferrarse” (1985: 21). Si bien es atea la postura sartreana, Dios ocupa el lugar de la posibilidad. En todo caso, que esté o no Dios, no cambia las cosas, como tampoco la responsabilidad del hombre de hacerse a sí mismo.

²⁵. Mateo 26 14-16: “Entonces uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a ver a los sumos sacerdotes y les dijo: “¿Cuánto me darán si se los entrego?”. Y resolvieron darle treinta monedas de plata.” La edición que utilizamos indica que “Treinta monedas de plata, también llamados “siclos”, era el precio legal que debía pagarse por un esclavo”.

Usamos en todas las referencias bíblicas la versión adaptada por y para argentinos, de Levoratti y Trusso (1993). Ediciones Paulinas, Buenos Aires.

“La Teología es [...] la forma más arrogante y perversa del orgullo demoníaco” (2011: 32). Vincula las ideas de teología y lo demoníaco en una amalgama que parecería inconcebible, pero se debe a que Van Hutten reniega de algunas de las concepciones hechas desde esta disciplina. Principalmente las concepciones de Dios y Jesús y sobre todo de la idealización cristiana en torno a la historia del Mesías.

Él se declaraba creyente en Dios, apóstol filosófico de Dios y católico ortodoxo. Así se describe y vemos que no reniega del concepto sino de la formulación específica hecha desde el catolicismo. Dirá: “por un pecado de juventud, fui teólogo” (2011: 134); cuestión de la que abdica pero que termina siendo una de sus herramientas para trabajar luego la lectura de los textos con la mirada puesta en las dos orillas, en el canon instituido y en la antigua rollería judía.

Van Hutten considera entonces que teorizar sobre lo único incuestionable es pérdida de tiempo, pareciera proponer Estanislao. Si Dios no es puesto en duda, filosofar sobre sus planes, fines, alcances y demás magnificencias, es inconducente. Puede reducirse en todo caso a la única acción que propone como útil: tener fe.²⁶ Y con eso basta.

La metafísica es otra de los estudios inviables: “[...] es una forma envilecida de la poesía, una fría parodia intelectual del sentimiento religioso; no es ni fue nunca ni puede ser una ciencia” (2011: 32).

Esta rama de la filosofía desvía el foco de atención de Van Hutten. A él le interesa la historia terrenal, el porqué de que Jesús haga esto y no lo otro, que diga tal palabra y no una cualquiera, el motor de la Iglesia para fomentar un discurso presentado como incuestionable e inamovible, etc. Dios existe y no necesita de nuestras reflexiones para subsistir ni crearse. Lo que importa es esto, lo de acá, lo que nos impulsa a entender el fin de la existencia, lo que nos motiva a existir, los personajes inspiradores y luchadores como Jesús.

Así, se invalida esta mirada también, prefiriendo una que se concentre en ver en la historia los rastros de lo que mueve a los hombres, cualquiera sea la motivación: la fe, la política, la sabiduría, la paz, incluso Dios. Las dos ramas de

²⁶. “—La creación no es prueba de nada —dijo con inesperada violencia Van Hutten—. Dios no necesita pruebas, necesita fe” (2011:96).

estudio presentan facetas poco aprovechables desde la mirada de Estanislao y son sacadas del panorama.

- Religión:

Este es el punto clave a nuestro entender, de los planteos del arqueólogo. Por eso consideramos que debemos primeramente sustraernos al significado de la palabra para luego comprender la posición de Estanislao hacia ella. Etimológicamente, deriva de *religar*, que significa *unir*, por lo que sería una institución creada para aproximar a las personas bajo, en este caso, una visión particular. Es un conjunto de dogmas acerca de la divinidad, de sentimientos de veneración y temor frente a ella, de normas morales y de prácticas rituales (Ferrater Mora 1969: 558).

Entonces no sorprende que Van Hutten diga que el “concepto mismo de religión es, sencillamente, un malentendido” (2011: 32). Esto es debido a que su postura está en disonancia con el dogma instaurado en base a escritos adulterados y omisiones deliberadas, según proclama.

Nada de lo que llamamos revelación, sagrado, divino, pertenece a la esfera del verdadero sentimiento religioso: la religiosidad es una estructura espiritual esencialmente humana, vale decir social, ya que el hombre sólo se concibe en comunidad con los demás hombres y no con Dios (2011: 32).

Con esta cita vemos que por un lado no niega que exista Dios, que sea el creador de todo y la fuerza de la que emana lo existente, pero por otro, lo separa de la religión como dogma. Es un paso astuto y enmarcado en una idea que se permite abrir las puertas cerradas por el cristianismo católico a la relación Hombre-Dios. Se ha concebido que la relación entre ambos resultaba en una conexión de consecuencia instantánea, con un ser en situación de pecado y constante miedo al error frente a un Dios juez y ejecutor de castigos. La postura del arqueólogo no niega la existencia de Dios, sino que atribuye al hombre la responsabilidad de sus asociaciones²⁷. En este caso se trataría de la relación emanada de la doctrina de la Iglesia entre humano y divinidad que es una pura construcción terrenal y que deriva en malentendidos. Es innegable que

²⁷. Podemos vincular esta idea, en parte, al planteo de Sartre cuando dice que “el primer paso del existencialismo es poner a todo hombre en posesión de lo que es, y asentar sobre él la responsabilidad total de su existencia. Y cuando decimos que el hombre es responsable de sí mismo, no queremos decir que el hombre es responsable de su estricta individualidad, sino que es responsable de todos los hombres” (1985: 17). Esto, aunque sea un planteo desde el ateísmo, permite comprender el peso de la relación con los demás (incluso con una supuesta divinidad) para la configuración de ideas individuales.

hay un Dios para Van Hutten, si no, nada se justifica, empezando por Jesús y su mensaje. Pero no es necesariamente ni justamente, el pretendido por la Iglesia Católica.

Hará mención también a los supuestos “milagros” que se atribuyen a Jesús, de los cuales negará algunos, fundamentándose en los textos hallados en Qumrán. Además aventurará una relación entre el cristianismo primitivo, la orden de los Solitarios y las fracciones armadas del judaísmo; acercará al catolicismo al judaísmo primitivo proponiéndolo como cisma dentro de un cisma y negará la autoridad de los Evangelios que forman parte del canon actual de la Biblia.

El narrador cuando nos cuenta sus recuerdos referidos a Van Hutten dice que

Cuando las autoridades eclesiásticas de Roma amenazaron con excomulgado por excluir a Dios del milagro de la Tierra Prometida, publicó una carta abierta a la Iglesia [...] que terminaba con una apelación directa al Papa y una cita del libro de Job: Dios, Santo Padre, no necesita de nuestras mentiras (2011: 29).

Van Hutten cree en Dios, sabe que existe y por eso reniega de las confusiones y los enredos en torno a los intentos de definirlo. Hay cosas que son intraducibles, que al mudarlas de lengua pierden su significado y desvirtúan su contenido. Traducir es interpretar e interpretar es dar una versión particularizada.

La charla extensa y filológica que sucede entre él, el narrador y el dr. Golo acerca del Tao es una referencia asociable a lo que ya hemos planteado acerca de las interpretaciones. Al hablar de la mirada del taoísmo sobre la vida, debemos recordar sus postulados que son algo así como si dijéramos que la no acción es el único modo de permitirnos una comprensión de las ideas, en este caso de la idea sobre la divinidad. No forzar interpretaciones ni intentar darle forma a lo que “es incomprensible, indemostrable y ajeno por definición a nuestra realidad” (2011: 32). Estanislao se posiciona entonces en un lugar desde el que está declarando que Dios está, que no es Jesús y que no necesita ni nuestras mentiras ni nuestra comprensión, que simplemente, es. Que se constituye en algo tan complejo de comprender que sería una tarea vana intentar siquiera acercarse a su definición. Por eso se da por sentado, se sobreentiende y se deja ahí. No se cuestiona, no se razona. Se deja estar, se deja fluir.

Esta parte del conocer que presentamos y los razonamientos de Van Hutten, implican también la consabida interpretación. A estas propuestas interpretativas que hace Estanislao el narrador debe articularlas con sus propias

concepciones en torno a estos temas. Referido a algunos de ellos nunca ha pensado siquiera el alcance que tienen en su vida. Nunca ha reparado por ejemplo, en la postura tomada frente a la religión. No sabe cómo definirse frente a las creencias trascendentales. No ha procesado datos múltiples que ha conseguido a lo largo de sus estudios siquiera. La no compaginación y estructuración de sus conocimientos es lo que permite a Van Hutten hacer pie en su atención y proponerle, con resultado eficaz a nuestro entender, establecer un orden.

b) El doctor Golo, Van Hutten y las charlas

El narrador conoce desde antes un poco sobre las controversiales ideas de Van Hutten y sus debates al respecto. Lo que le faltaba conocer eran sus acompañantes y ayudantes en el armado de su imagen científica (excavaciones, publicaciones, polémicas) y también de sus conceptos surgidos de esas experiencias con los documentos y las demás personas.

El ameno compañero del arqueólogo, ese personaje que deambula por las páginas, llamado dr. Golo, se perfila como una especie de contracara de Van Hutten. Enfrenta como nadie a Estanislao, discute y propone miradas contrastantes sobre iguales planteamientos. Su persona está teñida también de misticismo y gusta como el arqueólogo de los efectos inesperados y las situaciones teatrales. Golo y Van Hutten serán los interlocutores por excelencia en esta novela.

El planteo más fuerte es el de Van Hutten, en cantidad de alusiones y conceptos vertidos de él por el narrador y en la transgresividad de sus formulaciones. Sin embargo, Golo permite un acercamiento y posturas menos radicalizadas a versiones complementarias -si no alternativas- de la historia de Stan. Ambos tienen como espacio de educación un ámbito catedrático que cimienta sus perspectivas. Desde la formación que les han dado sus áreas de conocimiento perciben las cosas de manera diferente y procesan la información a otros niveles (aunque nunca sin sustento y profundidad en el tratamiento). Eso resulta sumamente beneficioso al narrador a la hora de contemplar las nuevas versiones de la historia. Es un ejemplo de la convivencia de perspectivas sin ejercer una fusión. El narrador tiene conocimientos porque ha leído y estudiado por su

cuenta más y a ello suma que le relata Van Hutten y lo que dice Golo. Esto, junto a las “pruebas” y “documentos” (si pueden llamarse así), que le brinda el arqueólogo, le permiten reinterpretar y reformular sus ideas en un campo informativo amplio. La novedad es presentada desde subjetividades que se complementan y lejos de complicar la escena, consideramos que le facilitan al narrador la comprensión. Decimos esto porque le posibilita elegir la versión que con mayor facilidad le permita comprender los nuevos datos y administrar las interpretaciones subjetivas a la luz de la suya propia. Puede elegir, como con todo, qué repensar. Tiene versiones, datos, palabras, textos, sus propias ideas. Resta armar el rompecabezas de sus convicciones y acomodar el mosaico de propuestas para cubrir los huecos de sus dudas e incomprensiones.

En este planteo que hemos hecho se nos hace productivo relacionar esta situación del narrador -la de la constante necesidad de elegir- con la idea sartreana de la responsabilidad y la angustia²⁸. Sartre dirá en *El ser y la nada* que

[...] tenemos conciencia plena de la elección que somos. Y, si se objeta que será preciso según estas observaciones tener conciencia no de ser-elegidos sino de elegirnos, responderemos que esta conciencia se traduce por el doble sentimiento de la angustia y de la responsabilidad. Angustia, desamparo, responsabilidad, sea a la sordina, sea a plena voz, constituyen en efecto la cualidad de nuestra conciencia en cuanto es pura y simple libertad (1949: 53).

Siempre somos libres para elegir. Elegir creer o no, tener fe o no, confiar o no. La posibilidad de ser siempre electores nos pone ante la alternativa de efectivizar esa opción o de sufrir las decisiones. Nuestro narrador más de una vez se ve ante la incertidumbre y el pesar que implica ser responsable de sus propias acciones y elecciones. Viene escapando de lo que no se anima a enfrentar (el fracaso, una vez más, de sus relaciones amorosas) e intenta huir de lo que nunca deseó plantearse antes: la trascendencia. El hombre que vemos en las páginas refleja a ese ser que “al estar condenado a ser libre, lleva sobre sus hombros todo el peso del mundo; es responsable del mundo y de sí mismo en tanto que manera de ser” (1949: 181) y se hace consciente por momentos de que no puede escapar de eso. Elegir es parte de vivir y con las reversiones históricas que oye deberá hacer lo mismo.

La transformación que proponemos ver en la etapa siguiente se basa en una simple idea de “diálogo”. La conversación como motor de la modificación de ese

²⁸. Kierkegaard dirá que “La realidad del espíritu se presenta siempre como una forma que incita su posibilidad, pero desaparece tan pronto como él hecha mano de ella; es una nada que sólo angustiar puede [...] la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad”. *El concepto de la angustia* (1982: 59-60). Este planteo es iniciador del que vemos funcionando, como ya dijimos en Sartre.

horizonte que hemos nombrado y que cambia con el paso de los días.

En este punto nos resulta operativa la idea de Gadamer acerca de que el “diálogo” es el modo de unir los horizontes, los del pasado con los del presente y hacer una síntesis que permita comprenderlos. La manera primordial de entender del hombre se basa en la interpretación, a la cual lleva a cabo comprendiendo y “transcribiendo” para sí mismo los fenómenos externos a su percepción y realidad subjetiva.

Así, el simple hecho de compartir los días con los demás personajes, de conversar e intercambiar recuerdos, ideas, pensamientos con ellos, se transforma en la manera de hacer posible el cambio de mirada. Departir sobre temas olvidados hace reaparecer en la mente del narrador los planteos de su juventud, permite el intercambio de saberes con los ancianos y posibilita acceder a una nueva perspectiva.

Construir la posición desde la cual mirar el mundo es un arduo trabajo. Nuestro narrador está, a sus cuarenta y nueve años, reestructurando una parte relegada y sustancialmente importante. Definir su situación para con su propia existencia es fundamental. Van Hutten y Golobjubov se constituyen en dadores de sentido, de algún modo, de esta etapa. La mirada sobre su vida se percibe gris y desanimada. Expresiones de deseo de finitud y soledad impregnan su lenguaje, junto a su “paulatina convicción de que el mundo moderno es un lugar siniestro que, afortunadamente, ha llegado a su punto de colapso” (2011: 26). Nos muestra una visión desencantada, hastiada y poco conciliadora a veces, sobre la vida. Se enfrenta a la historia, a las personas nuevas de su vida, a su propia existencia, a las certezas trascendentales, con el mismo desánimo con el que podría enfrentar lo más aburrido imaginable. Construye muy a desgano algunas ideas nuevas y recolecta los retazos de su memoria a medida que Van Hutten le conversa y lo anima un poco. Es este diálogo el punto de partida para la nueva proyección.

SEGUNDA PARTE

El desafío y la revisión

*“Una verdad que necesita pruebas
no es una verdad” (2011: 33)*

Una vez que hemos conocido, en parte, al narrador podemos empezar a vislumbrar que sus pensamientos y, por qué no, sentimientos, cambian paulatinamente. No se trata de una actitud clara y explicitada por el personaje sino que entramos en la zona ambigua de las interpretaciones. Nos valemos de los rastros continuos e inconscientes que pareciera dejar el relator a través de la historia, para unirlos en una zigzagueante pero ininterrumpida línea de movimiento y transformación.

Hasta el momento, hemos rastreado y encontrado indicios que nos permiten justificar nuestra sensación de movilidad en el personaje. Su traslado desde una visión desencantada (que sin embargo no abandonará casi nunca) de las ideas trascendentes, a la posibilidad de otra perspectiva.

Consideramos que se puede hablar ahora de un desplazamiento dentro del horizonte desde el cual nuestro personaje narrador se permite analizar la nueva y vieja información que posee. Nos ponemos en la tarea de comprender entonces, mediante las pistas que nos entrega el texto, el modo en que se genera una variación en el horizonte de percepción del personaje. Para poder adentrarnos en el significado de ese “horizonte que cambia”, tomamos a Gadamer cuando nos dice que el “Horizonte es el ámbito de visión que abarca u encierra todo lo que es visible desde un determinado punto” (1999: 372). Así también nos encontramos con la idea de que el horizonte es una herramienta para percibir un poco más allá de las limitaciones personales y poder ver encima de ello. Por eso, “el que tiene horizontes puede valorar correctamente el significado de todas las cosas que caen dentro de ellos según los patrones de cerca y lejos, de grande y pequeño” (1999: 372). Al tratarse, no de una anulación sino de una ampliación, es en este aspecto en el que debe el narrador asumir su postura. Ampliar el punto de vista e incorporar nuevos sentidos a sus interpretaciones.

El trabajo del narrador será constante ya que “en realidad el horizonte del presente está en un proceso de constante formación en la medida en que estamos

obligados a poner a prueba constantemente todos nuestros prejuicios” (1999: 376) y por eso deberá formular construcciones y certezas ideológicas profundas, permitiendo a su vez, que se unan a las anteriores. Nos encontramos entonces con un personaje que nos demuestra que “parte de [la] prueba es el encuentro con el pasado y la comprensión de la tradición de la que nosotros mismos procedemos” (1999: 376). Acercarse a sus recuerdos y confiar en los relatos de Van Hutten forman parte de la necesaria acción para permitir el desplazamiento, o si se quiere, la modificación de su horizonte de comprensión. Ya que “el horizonte del presente no se forma pues al margen del pasado. Ni existe un horizonte del presente en sí mismo ni hay horizontes que hubiera que ganar” (1999: 376). La tarea es sumar, complementando para nutrir y comprender, manteniendo todas las miradas de manera atenta y abierta. La idea se resume entonces en que “Comprender es siempre el proceso de fusión de estos presuntos «horizontes para sí mismos»” (1999: 376). Fusión que hace que el personaje narrador vaya amalgamando de a poco y sin mucha convicción, materiales, sensaciones, recuerdos, escritos, letras, ideas.

Ahora bien, recuperamos en la primera parte de este análisis el sustrato histórico que fundamenta las dos historias, la personal del narrador y la historia puesta a consideración contra los datos empíricos y materiales. Nos acercamos también a la historia de los hallazgos y la de los personajes, para ver cómo paulatinamente los elementos se agrupan para poner en duda al ciudadano profesor sin cátedra. Todo esto nos permite entonces recuperar los indicios que mueven el futuro “despertar”.

Un hombre descreído, apático, un tanto desahuciado se encuentra con un libro. La firma y la dedicatoria no serán puestas a consideración hasta que se contraste con la supuesta muerte del autor. Van Hutten firma la dedicatoria en una edición de su libro *Das Esenien* de 1976, mientras que su muerte es anunciada incluso por su lápida en el cementerio de La Cumbrecita, como sucedida en 1975. Con la compañía de Christiane visita la tumba y declara que se ha dado cuenta de que es una mentira la muerte del arqueólogo:

—Sí. Él también se dio cuenta, ayer.
—Qué es todo este misterio.
—Vuelva a Buenos Aires —dijo la chica—. Déjenos.
—Me parece que ahora es un poco tarde —dije yo—. O un poco temprano, según se lo mire (2011: 59).

En este punto empieza la primera pista para comenzar a interpretar los

movimientos del narrador. Una vez que ha empezado a sentirse involucrado en algo que aún no sabiendo de qué se trata, le interesa, expresa la inconfesada necesidad de conocer más allá. Ese “Me parece que ahora es un poco tarde” muestra una tendencia que se repetirá a lo largo de los indicios que seguirán. Comienza con una expresión de duda, de inseguridad, un “me parece” que resulta sin embargo, una pauta de interés. Deberemos acostumbrarnos a este accionar del narrador. Quita importancia y relativiza sus percepciones, decires, decisiones, pero a la larga serán confirmación de su postura e intriga en relación a la historia de Van Hutten.

La charla con el anciano en el cementerio de la cumbre y los encuentros posteriores incrementan la necesidad de saber y de comprender el porqué de tanta intriga en torno a todos los personajes que conoce en La Cumbrecita y en torno a su “muerte”. Para fundamentar de algún modo la necesidad que siente Van Hutten de contarle, le confiesa que no cree en el azar, por lo que su llegada, al no ser fortuita, representa una señal que le permite al arqueólogo confiar en él. Se desarrollan conversaciones y comentarios que versan en torno a temas tan inesperados como, por ejemplo, los sumerios o el Tao.

Ya en el quinto día en el poblado, la tríada camina por entre los árboles y hablando de detalles fonéticos, se nos presenta la segunda marca de interés por parte del narrador con respecto a la historia de los octogenarios: “Volví a pensar que estaba de vacaciones. Tal vez estos dos viejos estuvieran locos, pero seguirles la corriente no era peor que jugar al ajedrez a solas” (2011: 69).

La constante falta de interés que quiere demostrar, se nos presenta funcionando a la inversa. Es este un hombre maduro que ha pasado por la vida sintiendo que no vale la pena el tránsito. Pareciera gustar de una actitud que aparenta relajación, que mide las consecuencias en un más allá que nunca se presentará ni tendrá asidero. Descreimiento y quizás falta de compromiso, impregnan su mirada. A cada paso le será más cómodo presentarse como un espectador descreído que como el “buscador buscado” que parece ser.

Está caminando con dos hombres que ha conocido a raíz de su lectura de un libro sobre religiones comparadas y del descubrir un desfase de fechas y hechos en el libro de la biblioteca del hotel. Considera que podría haber cosas menos interesantes y quizá más aburridas que compartir la caminata con los excéntricos ancianos. Por lo

tanto, lo que dice resultaría una expresión de “peor es nada”, pero que puede pensarse al menos, como pauta de que el tema de los rollos, los esenios, los orígenes del cristianismo y las vinculaciones de Van Hutten en todo eso, aún le despiertan curiosidad. De lo contrario, le bastaría con buscar otro libro para entretenerse y otros acompañantes. Y eso le permitiría descartar la influencia que comienzan a ejercer en él los ancianos y sus historias.

Seguirán su paseo, hablarán largo rato y a mitad de ese encuentro de matices filológico-históricos expresará la ofuscación de saberse tal vez enterado del comienzo de la develación de una verdad de peso. A mitad de la charla, Golo se va y una vez solos, el narrador le dice directamente al arqueólogo:

—Creo que usted me desagrada, Van Hutten. De pronto siento que casi ninguno de ustedes me gusta en absoluto.[...]

—Bueno —dijo con otra voz Van Hutten—, no lo culpo. Yo no le gusto pero usted me gusta a mí. Hagamos las paces. Qué es lo que necesita saber.

—Nada. Lo vengo repitiendo desde que llegué.

—Cuando llegó no necesitaba saber nada. Y yo le creo, de manera que le voy contar todo. O casi todo. Pero antes debo hacerle una advertencia. Usted se ha metido en un problema. Para decirlo sin frivolidad: en un asunto demasiado peligroso. Usted mismo ahora es peligroso. Peligroso para mí, para Hannah, para Christiane, para Vladslac, para Golobjubov (2011: 71).

Se ven entonces confirmadas sus sospechas y a la vez se determina otro indicio de su interés. Cuando Van Hutten comienza con el relato de una parte más de la historia (en torno a los Rollos, las excavaciones y el porqué de aquella rara congregación de seres extraños que eran aquellos hombres y mujeres), es cuando puede decidir. Puede elegir saber o no saber. Podría negarse a entrar en detalle y desentenderse de la trama compleja que parece avecinarse, pero no lo hace.

Es interesante percibir que se confronta en este momento a un “usted” frente a un “nosotros” que representa ese extraño grupo de La Cumbrecita. El personaje principal es aún un extraño. Recién cuando sea capaz de comprender el peso de las historias que contará Estanislao es cuando podrá ingresar él también en ese “nosotros”. Mientras está en proceso de descubrir la nueva perspectiva es un peligro latente. Si supera sus ganas de creerlos dementes, se encontrará del otro lado.

Más adelante, el arqueólogo frena en un momento su relato y le pregunta si lo aburre. Él contesta simplemente: “No. Siga” (2011: 72). ¿Qué necesidad tendría de seguir escuchando si al menos no se le presenta como una historia interesante? Ya ha

dicho que es mejor que jugar sólo al ajedrez, pero esto lo decide después de la posterior advertencia de peligro. En esta instancia debemos pensar también en la posibilidad de que el seguirles el juego se deba en parte al aburrimiento que le genera la soledad, a la posible locura de los viejos o al “efecto naturaleza”²⁹, pero está el libre albedrío en juego. Su carácter perfectamente podría haber puesto fin a los encuentros y a las conversaciones en esa misma noche.

Sin embargo la noche seguirá y con ella esa “aceptación participativa” en la que se convierte la presencia del relator, aunque la niegue. Ya a esta altura se hace imperiosa una pregunta y es hecha:

—Por qué me cuenta todo esto.

—Porque no creo en el azar. Y usted ha empezado a cumplir un determinado papel en esta segunda parte de nuestra historia.

Supongo que, si el arqueólogo pronunció exactamente estas palabras, debí preguntarle qué tenía que ver yo con lo que él había llamado nuestra historia, pero soy ese tipo de personas que no entienden las cosas hasta que las recuerdan.

—Qué piensa de los rollos del Mar Muerto —dijo el arqueólogo.

Ése era el momento para dar por terminado todo este asunto y volverme a mi hotel. Sin embargo me encontré repitiendo lo que ya le había dicho dos días atrás al doctor Golo. El beduino. La cabra perdida cerca de los acantilados. La cueva con sus vasijas de dos mil años. Los rollos (2011: 73).

Hay dos cosas importantes en este diálogo. Primero la expresión “nuestra historia”, que hace de los hechos a futuro, una cuestión compartida, no sólo de compromiso sino del anunciado peligro de conocer el trasfondo de tanto misterio. Desde el momento en que pronuncia el “siga”, es considerado adentro del grupo. Escuchará atentamente y formará parte, durante su estadía de esa rara congregación. Por otro lado, y en segunda instancia, el mismo relator nos dice que efectivamente era el momento, era esa la charla del posible fin, el preciso lugar y tiempo para dar por terminada aquella maquinación senil. Pero sin embargo los encuentros siguen, las conversaciones se multiplican, los cabos sueltos se quieren comenzar a atar. Hay aparentemente algo inconsciente que guía las acciones del narrador o un desdén enorme, lo que fuera, dependiendo de cómo se lo piense: la energía se le ha acabado junto al transcurrir de su vida o nada le interesa demasiado. Sea que podamos develar la causa o no, sin embargo no podremos dejar de percibir la necesaria participación y consentimiento alrededor de los hechos que se desarrollarán posteriormente. Quiere ser

²⁹. “Cuidado con las sobredosis de naturaleza. La naturaleza hace meditar. Lo único que me faltaba era engriparme o estar volviéndome místico o filósofo” (2011: 148).

un espectador, quiere negar el interés. Pretende hacernos creer que nada de lo que ha conocido en La Cumbrecita merece ser contado.

Luego de recorrer las páginas anteriores estamos en condiciones de presentar la segunda parte en el recorrido del narrador, su transformación, la modificación de su perspectiva, el aparecer de este nuevo horizonte que hemos señalado y ver el modo en que el diálogo con los demás personajes influye en el narrador.

La marca de la segunda etapa está presentada por un hecho que define toda la obra de ahí en más: la reunión dentro de la casa en la piedra. Es este el punto cúlmine del compromiso y la necesidad de saber, de comenzar a cerrar la parte de la historia que está entreabierta y formarse por fin una idea más acertada, conocer algún porqué.

Consideramos a este, el momento que sella la necesidad del conocer. El narrador reclama saber la respuesta a una pregunta. El cuestionamiento fue hecho unos días atrás y ahora quiere saber por qué se esconde Van Hutten. Quiere enterarse además de qué es lo que encontró. Lo seguirá para eso “en silencio, entre plantas y arbustos sombríos” y entrará a la camuflada casa del anciano.

Los indicios que hemos nombrado anteriormente sirven a modo de preparativos para llegar al momento de encuentro en la casa en el bosque. Dan la pauta de una situación por completo manejable y evitable pero que deriva en reuniones aún más develadoras. A partir de allí serán tratados, en esa noche y los días sucesivos, los temas claves.

Como hemos dicho ya, la convicción explicitada por el narrador pareciera flaquear, sus dichos navegan por la incertidumbre, y el vaivén es constante. Después de acceder a la visita a la casa en la piedra y escuchar a Van Hutten por varias horas, llega el momento de negar el interés. Al comenzar ya el capítulo once se detiene y desentendiéndose un poco al decir:

Soy lo bastante consciente de mis limitaciones como para no haber continuado con el capítulo anterior. Sé que he llegado al punto más novelesco, es decir al menos confiable, de un relato en el que ni siquiera yo creí nunca, y cuya única excusa es que no pretende convencer a nadie, salvo acaso a mí mismo (2011: 99).

Después de leer esto pareciera que volvemos a foja cero. Primero está negando la posibilidad de que sea una historia creíble. Atribuye graciosamente una falta de veracidad a la característica novelesca que le achaca a su relato. Hace un parangón entre literatura o más precisamente el género novela y la ficción, como si el relato personal,

individual y subjetivo no pudiera ser veraz. Característica quizás de su formación desde la que atribuiría validez a la historia (“oficial”) como único medio de recupero del pasado. En este caso la historia está presente, pero es tan subjetiva y tan por fuera del canon que resulta compleja la aceptación para el narrador. Sin embargo, se repite el patrón. Dice que “quizás” él no creyó nada pero que pretende convencerse aunque sea a él mismo. Sin embargo se ha tomado el trabajo de escribirlo, de hacernos saber lo ocurrido a algún lector. Entonces podemos dudar de que sea sólo una cuestión personal.

Por otro lado, es interesante el juego que le propone Van Hutten ya que lo obliga a modificar progresivamente su horizonte catedrático. Debe desplazarse y permitir la entrada de ideas que aunque en un primer momento chocan con sus creencias, le permiten abrir su perspectiva.

Gadamer dice que “la tarea de la comprensión histórica incluye la exigencia de ganar en cada caso el horizonte histórico, y representarse así lo que uno quiere comprender en sus verdaderas medidas” (1999: 373). Y que además debemos tener en cuenta que “el que omita este desplazarse al horizonte histórico desde el que habla la tradición estará abocado a malentendidos respecto al significado de los contenidos de aquella” (1999: 373).

Lo propuesto por Gadamer puede ser perceptible en nuestro narrador. Debe mantenerse atento a la tradición que se le presenta como sabida y conocida, la tradición bíblica esquematizada dentro de los cánones dictados por la Iglesia. Pero también debe revisar la nueva tradición que le presenta Estanislao, que aunque no canónica, aparece como tradición oculta que debe ser puesta a consideración. Rever entonces esta nueva fuente tradicional que representan los Rollos del Mar Muerto y la epístola que dice haber encontrado Van Hutten, se constituye en un punto de referencia. Y debe ser tenido en cuenta porque representa, en el presente del narrador, una manera diferente de comprender las enseñanzas, la finalidad y el destino de todo un complejo religioso. Armazón que gira en torno a la figura de Jesús, su historia, sus apóstoles, los textos que cuentan su pasaje por la tierra y la finalidad de su vida y de sus acciones.

Se hace necesario entonces dar cuenta del fluir que a regañadientes a veces, se permite el narrador. Se le hace imperioso mover su horizonte de referencia que se establecía a partir de su educación salesiana, sus lecturas parciales en torno a cuestiones polémicas dentro de la Iglesia Católica (milagros, textos apócrifos, Rollos del Mar

Muerto) y su apreciación desganaada con el paso de los años en torno a estos temas.

“El horizonte es más bien algo en lo que hacemos nuestro camino y que hace el camino con nosotros. El horizonte se desplaza al paso de quien se mueve” (1999: 375), nos dice Gadamer. Pero “también el horizonte del pasado, del que vive toda la vida humana y que está ahí bajo la forma de la tradición, se encuentra en un perpetuo movimiento” (1999: 375). El movimiento entonces, como característica intrínseca a todo, se presenta en la novela y modela el accionar del narrador. Debe moverse para que ese horizonte cambie. Debe saber más para poder armar su esquema nuevo al tiempo que desanda sus concepciones anteriores.

Nos encontramos entonces, pensando desde la idea de tradición que propone Gadamer en una que en este caso puntual, es la perpetuada a través de la estructura doctrinal de la Iglesia. Es la que se pone en entredicho aquí y pareciera negarse Van Hutten a creer que la tradición sea una cosa intocable. Justamente, ese sistema de pensamiento es el que se cuestiona. La tradición persiste, pero a costa de qué, es la pregunta. Cuál es la parte que no se cuenta o no se cuestiona establece la clave de los planteos del anciano.

El poder de quien administra los conocimientos aparece funcionando en estas formulaciones. Se trata de un complejo trabajo de vencer las imposiciones para el narrador como lo fue para Van Hutten en su tiempo. Así como tomamos en cuenta antes, siguiendo a Piñero la idea de las tres maneras de control de la Iglesia, podemos ver funcionando del mismo modo a la estructura académica. Destacamos esto porque así como el narrador se ve en la disyuntiva de concebir a la historia bastante diferente en lo que respecta a Jesús, Judas, los milagros, etc., se vislumbra en Van Hutten la misma presión.

Podemos pensar por qué Estanislao no presentó sus investigaciones, y al mismo tiempo en que él declara que por orgullo, vemos la respuesta: las presiones que ejercen los centros de poder. En este caso hay un centro de poder relacionado al saber, que es la academia como institución reguladora del conocimiento permitido. Arriesgar teorías puede costar una imagen y una trayectoria. Proponer pensamientos radicales y desmoronar -tal como advierte Van Hutten en un momento- una institución milenaria como la Iglesia Católica es arriesgar una reputación. Sumado a esto está la incidencia de la situación social imperante en América Latina en esos momentos que como ya

dijimos, sin dudas cooptaba las posibilidades de expresión³⁰. Por lo tanto, pensar, y hacerlo tan novedosamente, era un cimbronazo no permitido para aquel entonces, al menos en el ámbito americano. La salida a todo esto: callar sus últimos descubrimientos y “morir” en 1975 para la vida pública.

A nuestro narrador le cuesta convencerse de lo que está por fuera de su antiguo horizonte de referencia, y por ello es que consideramos que los indicios que hemos nombrado actúan como pequeños pasos de los que reniega cuando son dados, pero que nos llevan a poder confirmar el pasaje hacia otro estadio. Los cuestionamientos intelectuales que parecieran surgirle a raíz de lo nuevo que recibe son reflejo de una estructura insertada desde siempre. Pensar es trabajo de algunos, ejercer el poder de menos personas aún y conocer es un permiso dado por los que tienen el poder, a quienes se atienen a ciertas reglas de razonamiento. Cuestionar y repensar es una arriesgada empresa en la que no todos están dispuestos a invertir³¹.

³⁰. Es interesante al respecto pensar en el modo en que la tapa de la edición que manejamos, presenta una imagen que superpone a dos hombres en actitud de protesta, con una bandera roja, “subiendo” sobre un fragmento de los rollos. Este elemento paratextual, si seguimos a Genette en su definición, representa una marca más que nos lleva a repensar el alcance de estas polémicas y la necesidad de reformular las interpretaciones.

³¹. Dice Castillo en *Ser Escritor*: “La gente llama ideas peligrosas a las ideas nuevas. Si fueran honrados deberían decir: peligrosas para mí. Bien mirado, una idea nueva es rarísima y es la respuesta de la inteligencia a una necesidad humana nueva, de ahí que las llamadas ideas peligrosas sean las únicas ideas necesarias. Lo realmente peligroso son las ideas viejas. Tienen la inmovilidad y la fascinación de la muerte. Claro que, hablando con sinceridad, el que corre verdadero peligro cuando aparece en el mundo una idea nueva es su inventor” (2010: 126).

Filosofía y religión en la madeja

En su obra *Das Esenien*, Van Hutten declara:

La filosofía de la religión es el fundamento de una nueva metafísica cuyo fin es a su vez una nueva ética comunista, implícita en las enseñanzas de los evangelios cristianos. Implícita, y no explícita, porque los evangelios han sido adulterados (2011: 32).

Con esta cita empezamos a revisar el núcleo central desde el cual intentaremos sacar los secretos de Van Hutten. Esto es lo que nos lee el narrador del segundo libro del arqueólogo. A partir de ella podemos empezar a ver cómo se entrecruzan varios discursos en las palabras del arqueólogo y cómo cada uno de ellos va conformando un panorama amplio y sumamente interesante en torno a la historia de los rollos y el cristianismo que conocemos y la que nos propone la novela.

Empezamos por definir las disciplinas que enumera e hilvana en una misma oración y vemos entonces que tenemos: la filosofía como la ciencia que indaga la esencia, propiedades, causas y efectos de las cosas naturales, donde etimológicamente “philo” es “amor” y “sophía” es “saber, conocimiento” (Corominas, 1987: 273); luego tenemos a la religión que ya hemos definido anteriormente como un conjunto de ideas acerca de la divinidad y que deriva en un culto hacia Dios, derivada del latín “religare” que significa “volver a atar” (Ferrater Mora, 1969: 558); y la metafísica que se presenta como una rama de la filosofía -junto a la ontología y teología- y que hemos dicho ya que es ignorada por Van Hutten como ciencia, por lo que no nos detendremos en su análisis. Tenemos además mencionada una disciplina llamada filosofía de la religión que tal como se proclama, se ocupa del estudio de la religión, incluyendo argumentos sobre la naturaleza y existencia de Dios, el problema del mal, la relación entre la religión y otros sistemas de valores como la ciencia y la ética. Refiere al pensamiento filosófico sobre la religión, que puede ser llevado a cabo por creyentes y no-creyentes por igual. Aunque la mera exposición de conceptos pueda resultar confusa, nos permite ver cómo los términos se encadenan para darnos un complejo entrelazado de significaciones. Hablamos entonces de disciplinas que ubican al conocimiento, el ser y Dios, entre sus temas de estudio y que posibilitarían una

mejor comprensión de ellos. Cada una de las materias se aboca a ver estos elementos desde diferentes perspectivas y concentrarse en determinado aspecto para ayudar a entrever las relaciones y sentidos de la vida, las creencias y la existencia.

Teniendo en cuenta el fragmento anterior, estamos entonces frente a la posibilidad de hallar en los textos originales -que serían según Van Hutten los hallados por él- y los del Mar Muerto, la respuesta a un planteo que resulta en una nueva ética. Esta ética renovada que promulga Estanislao apuntaría ya no a la mirada teológica que se cree a sí misma reveladora de “la verdad”, como se propuso hasta el momento, sino en una versión más política y revolucionaria sobre el legado de Jesús. Agrega el término comunista y no es un dato menor teniendo en cuenta como ya dijimos, la fuerte impronta política que invade el discurso de Van Hutten. Esta vinculación que propone entre texto religioso y texto político es factible si pensamos en la prédica del Mesías, en su “bienaventurados los pobres”³² remitiendo a la organización cívico-militar del grupo que habría educado a Jesús. Militarización de las ideas en caso de ser necesario y compromiso social son los ejes del mensaje. Las ideas son nuevas y la justificación también, tanto del mensaje de Jesús como del modo de presentar la interpretación de este por parte de Estanislao.

Se plantea, en la mirada de Estanislao, una nueva formulación de los preceptos que llevarían a hacer de la metafísica -esta rama de la filosofía- una metafísica nueva y convertirla en la base de los postulados de la llamada religión. El “más allá de lo físico” incluiría entonces pensar a Jesús no sólo como un mensajero, sino poder trascender esa idea religiosa y ver “más allá” del hijo de Dios, para encontrarnos con el hombre real, con el activista. Esto implica que podemos concebir a los rollos esenios ya no como un objeto de carácter religioso, sino más bien como una especie de panfleto proselitista. Hay en esos antiguos escritos una propuesta que dista entonces de lo meramente sagrado, de las enseñanzas exclusivas de una visión divina, sino que además prepara al lector para comprender una realidad puramente terrenal y una mirada que por momentos se aleja del puro acontecimiento doctrinario. Van Hutten nos acerca a esta visión nueva y hace funcionar en su lectura una compleja trama de significaciones que

³². Referencia que, como explicaremos en la página 72 de este trabajo, alude a los esenios.

exceden a lo que meramente puede leerse en ellos.

Entonces tenemos el planteo de algo novedoso surgido de los hallazgos del Qumrán que nos llevaría a leer los rollos como documentos que revelarán otra filosofía y creencia conjuntamente a la vida y hechos de los personajes bíblicos. Para Estanislao leer los rollos es encontrar otra historia, una historia alternativa. Lo complicado para quien lo escucha, y para el narrador en especial, es conciliar la mirada actual, con ese Jesús que ahora aparece como un hippie que reparte flores (2011: 206).

El cruce entre filosofía y religión es sin duda muy interesante. El narrador está frente a dos ramas del conocimiento que no son su fuerte. Acceder a semejantes relatos y elucubraciones de Van Hutten es un camino arduo y se presenta como un desafío para él. Ha sido por años un cuasi espectador de su entorno y de pronto está rodeado de naturaleza, de gente extraña, de ideas inquietantes, de reflexiones ajenas. La comunión de su experiencia personal con la reflexión trascendental no se presenta sencilla. Su mirada tiende más bien a descubrir en lo que lo rodea, el peso de sus decisiones, la pesada carga de saberse perdido. Estanislao se propone hacerlo su apóstol, ya que ni siquiera es un buen descreído y arremete contra sus dudas.

El narrador pareciera sentir lo que postula Sartre, que “El hombre [...] empieza por no ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho” (1985: 16) y al hacer el balance de lo que se ha hecho a sí mismo, no encuentra demasiado incentivo y según Golo hasta tiene cara de suicida. A partir de esta idea de autoconstrucción es que podemos pensar la progresiva motivación que siente el narrador en aferrarse a los dichos de Van Hutten, en darle algún crédito y usar sus certezas para creer en algo, o aunque sea en alguien, quizás hasta en el propio Estanislao. Sin negar nunca la existencia de Dios, el narrador desea hallar una fe, al menos en sí mismo. Y decimos que “desea” porque sus acciones tienden a confiar, progresiva y lentamente en lo que lee y escucha. Hemos dicho que está perdido y que busca respuestas y allí radica a nuestro entender la razón por la que tiende a actuar en pos de mejorar sus certezas internas. Actúa e investiga porque quiere el cambio, aunque le de miedo o no sepa bien en qué creer al principio. Es el deseo lo que moviliza sus actos.

Hallazgos y reconsideraciones

Descubrir los textos del siglo I de la era cristiana era el comienzo de una nueva “buena noticia”. Traducirlos y hallar la otra cara del cristianismo primitivo fue la sorpresa.

Van Hutten contará al narrador cómo intervino en los hallazgos. Dedicándose a excavar en las cercanías del Mar Muerto, encuentra, antes de que se hallara la gran masa de textos en 1947, dos fragmentos de un texto muy particular, sumado luego al hallazgo de una carta en Jericó.

Las conversaciones dentro de la casa en la piedra con Van Hutten son las que desenredan en su mayoría el misterio junto a una charla posterior con Golo. Y es a través de las cuales busca el narrador un hilo de sentido a los saberes aislados que ha estado acumulando. Ya han pasado más de seis días la noche en que ocurre la primera charla en el patio. Van Hutten le dice:

—[...]¿Qué antigüedad supone usted que tienen nuestros evangelios?
Ya me estaba acostumbrando a esta manera súbita de preguntar. Supe que podía permitirme cierta elocuencia.
—Casi dos mil años —dije—. *Los evangelios sinópticos fueron escritos alrededor del año 70. Uno de ellos, creo que Lucas, es posterior a la destrucción del Templo. El de Juan pudo haber sido escrito en el año cien.*
—Y eso es todo. —*Las palabras de Van Hutten no estaban formuladas como pregunta, eran una afirmación irónica—. Qué clase de historiador es usted, dígame un poco. Ni siquiera ha leído con atención a su Salomón Reinach. Usted ni siquiera es un buen descreído, señor mío. El Marcos o el Mateo originales, tal vez fueron escritos en esas fechas. Pero nuestro Marcos y nuestro Mateo, esos pastiches, los evangelios que lee con inocencia la pobre gente, los que nos recitan los curas desde la época de Constantino, son mucho más tardíos. La Iglesia primitiva es un misterio. O un caos* (2011: 87).

La cuestión central que devela Estanislao es que en realidad, de los Evangelios conocidos hoy en la Biblia, no se sabía nada hasta después del siglo II, cuando se establecen los textos canónicos. Plantea luego algo muy interesante al decir que la selección de esos textos y la instauración de la Iglesia como la conocemos actualmente se debe a la intervención de un hereje y un anticristiano (Marción y Pablo respectivamente³³). Además se está frente a la evidencia de que no consta ningún texto original que pueda ser datado anterior al segundo siglo de la era cristiana, lo que haría

³³. “Un hereje, Marción, establece el canon, y un judío converso, un asesino de cristianos, funda la Iglesia. ¡Qué suerte hemos tenido!” (2011: 89)

de la selección de escritos puestos en el Libro Sagrado de los cristianos, una sospechosa tarea arbitraria, destinada a exaltar sólo el aspecto deseado por el hacedor de la selección.

Ese es el comienzo de las charlas decisivas y aquella primera invitación a cuestionar lo establecido despierta una observación en el narrador:

[...] yo no estaba muy seguro de estar hablando con un representante de Dios. —Imagínese —dijo—, sólo imagínese, qué pasaría si alguien, con una verdad de dos mil años en la mano, pudiera probar que la Iglesia de Jesús ha sido traicionada... (2011: 89).

Luego ingresarán a la casa y seguirá la conversación. Estanislao se declarará conocedor de lo que llama “la superchería más grande de este siglo”, es decir, la historia de los rollos de Qumrán. La describe como un crimen, una actitud de delincuencia para con la verdadera historia, un pecado. Se trata entonces de más de ochocientos textos que se estimaba llevaría diez años traducir y compaginar y que en aquel momento, en 1983, casi cuarenta años después, sólo se habían traducido tres rollos y los textos de la secta de los esenios. Aquí ingresa nuevamente la cuestión que planteamos anteriormente sobre el poder eclesiástico para ejercer la potestad de decidir qué se lee y qué no. Idea que reaparece constantemente y que nos muestra que “el poder político se expresa en la escritura y se corrobora en las leyes escritas, en las normas que no pueden ser desatendidas sino incurriendo en sanciones previstas como necesarias no sólo para la continuidad del *status quo*, sino también para su cambio” (Campa, 1989: 116).

Los encuentros le dejan a nuestro narrador material oral y también dos fuentes de información escritas. Christiane y Van Hutten, cada uno por su lado le dejarán en sus manos material que le servirá para comprender mejor la historia que se le cuenta.

Acto seguido pasará a contarnos lo que supo en esas noches y lo que leyó en el diario del Qumrán del arqueólogo y el cuadernito de lectura de Christiane. Estas dos fuentes son sin dudas lo menos útil en materia de pruebas ya que no son más que registros de impresiones personales y una traducción supuesta de un texto que nunca nadie vio excepto Van Hutten. Antes hablamos de rigor académico y este es el punto en el que podemos acordar en cierta medida con la actitud del narrador. Ha recibido datos interesantes y que muestran otra cara de la historia, pero cuenta con comprobaciones tan poco creíbles que arriesgar incluso una postura personal firme dentro de su narración, se le hace complicado.

a) Los Evangelios

El arqueólogo formula tajantes consecuencias acerca de los alcances que podrían haber tenido sus descubrimientos. Llegar a las fuentes es una manera de encontrarse con la base de una tradición que ha sido adulterada a través del tiempo y que ha sido delimitada en base a aspiraciones de dominación social y acomodación de sucesos y personajes con diferentes fines (didácticos, manipuladores, facilitadores, tranquilizadores, etc.).

Van Hutten decía estar plenamente convencido de que existió un texto sagrado original, una fuente de las fuentes, un evangelio arameo contemporáneo de Jesús y acaso escrito por el mismo Juan, que, si fuera hallado, revolucionaría todas las miserables ideas que hoy tenemos sobre el sentido del cristianismo (2011: 32).

Nuestro narrador, teniendo en sus manos un importante registro de los días de excavación con el diario de Van Hutten -que contenía las impresiones del momento y los datos principales-; y sumado a lo que él mismo se encargó de escribir cada noche en un cuaderno a la vuelta de sus charlas, puede armarnos un panorama cada vez más esclarecedor. Puede mostrarnos cómo Van Hutten intentaba evidenciar que la relación de Jesús con los esenios era real, y que “Sólo faltaba probarlo.[...] Si Van Hutten podía encontrar un solo manuscrito esenio, estaba seguro de probar otra cosa: la relación del cristianismo con la secta” (2011: 106).

Así, en base a esta idea y a la necesidad de probar esta relación, Van Hutten se hace eco de su “sólo se encuentra lo que se busca” y se decide a indagar en la zona del desierto de Qumrán. Encuentra una pauta en el Evangelio de Lucas donde se expresa que Juan el Bautista se había criado en el “desierto”³⁴. Por deducción lógica encontró que la relación estaba dada con lo que denominaban la secta de los Solitarios del Desierto, es decir el monasterio esenio a orillas del Mar Muerto. “Y por lo tanto, si Juan el Bautista había sido esenio, si Jesús había sido bautizado por Juan, el cristianismo entero era un desprendimiento de los esenios” (2011: 107). Viaja a los acantilados y encuentra -tal como aquel beduino que rastreaba su cabra perdida- una tinaja en el fondo de una cueva. Al sacarla descubre un manuscrito en tres pedazos, “pegoteados uno sobre otro, y sólo dos eran recuperables. Poco más de quinientas palabras legibles” (2011: 118). Allí está uno de sus “tesoros”. Se trata de un fragmento de un Evangelio en

³⁴. “El niño iba creciendo y se fortalecía en su espíritu; y vivió en lugares desiertos hasta el día en que se manifestó a Israel” Lucas 1, 80

aramео, un documento que resultaría -en palabras del arqueólogo- suficiente para destruir a la Iglesia.

En aquel texto fragmentario se encuentran dos palabras claves, “La palabra aramea *rabbuni* significa mi rabí, mi maestro. La palabra *nasraya* es un adjetivo, derivado del nombre de un lugar: Nasrath. Nasrath quiere decir Nazaret” (2011: 129). Estamos entonces ante un texto que aparenta ser del siglo I pero la alusión al Nazareno despierta una controversia inicial ya que es posible dudar de que existiera realmente Nazareth en tiempos de Jesús. Además, las traducciones al griego, muy posteriores a la vida de Jesús, quizás utilizan la palabra “nazareno” para tergiversar el vocablo arameo “nazareo” lo que podía ser traducido como “Consagrado al Templo” o simplemente “canalla”. Pero la posibilidad de que sea una copia tardía es descartada por Van Hutten, argumentando que siente lo mismo que describe el protagonista en *La piel de Zapa*, de Balzac, que el cuero tiembla en sus manos cuando lo sostiene³⁵. Aquí ingresa nuevamente la cuestión de la traducción. La filología en la puesta a consideración de estas traducciones se encarga de hacer titubear las nociones establecidas. Que de un ser nacido en Nazareth pueda contemplarse a un canalla nos hace pensar que el parámetro de aceptación de lo canónico está vinculado a la instauración, como dijimos, de esquemas por los que se comprende e interpreta a la tradición. Esquemas fijados para hacer decir a un texto una cosa y no otra. Establecer un canon es también, fijar la visión en una perspectiva.

Cuando Van Hutten se pone en el trabajo de traducir aquel pedacito de cuero descubre que a su fragmento del Evangelio de Juan le faltan las famosas “Bodas de Caná” junto a algunos de los demás milagros. Este es el punto clave. Los milagros, postula, serían un agregado posterior, una adaptación tardía a lo que se necesitó que fuera mostrado del cristianismo primitivo.

En Juan 2, 1-5 dice:

Tres días después se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la madre de Jesús estaba allí. Jesús también fue invitado con sus discípulos. Y como faltaba vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino”. Jesús le respondió: “Mujer, ¿qué tenemos que ver nosotros?. Mi hora no ha llegado todavía.” Pero su madre dijo a los sirvientes: “Hagan lo que él les diga”.

³⁵. Es este elemento intertextual algo que representa un anclaje importantísimo como elemento afirmador para Van Hutten de lo que no puede explicar de otro modo, más que con sensaciones de afirmación y sentimientos internos de certeza. En la novela es un recurso usado muchas veces y permite acercar a Estanislao a las eminencias mundiales en temas bíblicos y arqueológicos. Las citas a De Quincey que hace el narrador, la alusión a *La Piel de Zapa* para ejemplificar la sensación, entre otros, son mecanismos que buscan ser convincentes y aceptados como validantes.

Entonces se multiplica el vino y la fiesta continúa. Pero en la versión encontrada en el cuero, acto seguido a la negativa, se van de la fiesta luego del conocido “¿Qué a mi y a ti, mujer?”. El texto de Van Hutten dice simplemente que “Después bajó a Cafarnaum con su madre y sus hermanos y sus discípulos, pero no se quedaron allí muchos días. Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén” (2011: 137).

Entonces el milagro no está, se supone que es un original y este, junto a otros milagros, no figura. A Van Hutten esto le permite construir una imagen de Jesús que incluye no sólo a alguien que fue el Hijo de Dios, el ungido, el enviado, sino también el hombre de carne y hueso, con “un carácter de mierda”, y que tenía un propósito más, uno ocultado hasta ahora por las escrituras. Este ser iluminado y sin dudas real, era el encargado de proponer una nueva conexión entre los hombres y entre ellos y Dios. Lo que descubre el arqueólogo es que efectivamente

Jesús era hijo de Dios pero no era, en absoluto, el Jesús de la tradición. Era un esenio, una especie de anarquista que había venido a poner al hijo contra el padre y al hermano contra el hermano, un judío de carne y hueso que decía: Si lo das todo menos la vida, has de saber que no diste nada, y que, por si eso fuera poco, había establecido el mandamiento imposible de amar al prójimo como a uno mismo (2011: 142).

Esta es la figura real del Jesús histórico que propone Van Hutten y se encamina a declarar frente al narrador las pruebas de ello.

En 1947 decidió que debía ir a los acantilados y armar un plan para distraer a las autoridades de sus movimientos. Envía a Vladslac y unos cuantos hombres a excavar en Jericó para demostrar que el milagro de las murallas no había sido tal, sino un puro artificio de ingeniería. Con ello, logra despistar a las autoridades y los estudiosos de su verdadero objetivo: seguir buscando junto a Golo en Qumrán sin que nadie sospechara el hallazgo inicial ni la posibilidad de descubrir “tesoros arqueológicos”. Las autoridades que controlan la circulación de los textos y las versiones oficiales, sin duda son el temor de Van Hutten. Hay una estructura intelectual y de poder que discrepa con presentar semejante imagen del Mesías.

No encuentra allí ningún rollo hasta mucho tiempo después, pero sí las ruinas del monasterio que llaman “desierto” en las escrituras. Al revisar los restos del lugar y hacer un plano, descubre que lo que fue un espacio dedicado a un horno, resulta de un tamaño descomunal:

[...] era un horno padre, como dicen ustedes, un hornaza de Padre y Señor mío, y no crea que estoy metaforizando. Era el Horno de nuestro

Padre y Señor. La forja donde se templaban sus armas. La tradicionalmente pacífica comunidad que construyó este horno había escrito, entre otras cosas, un tremebundo libelo llamado el Rollo de la Guerra, un libro sagrado o un poema, si quiere verlo así, que lo deja a Clauzewitz reducido al tamaño de un sorete de pollo (2011: 157).

Resulta entonces que esa comunidad en la cual se formó Jesús y quizás alguno de sus discípulos y antecesores tendría en su última etapa una fuerte impronta militar y habría transformado el antiguo monasterio en lo que podría denominarse una fortaleza. La impronta belicista en la que habría derivado aquella comunidad inicialmente de puros hombres reflexivos es un dato fuerte en la vinculación Jesús-esenios.

Al hablar del horno alude Van Hutten a un texto que encuentran en los acantilados posteriormente y que Van Hutten dice haber ayudado él mismo a traducir, denominado El Rollo de la Guerra³⁶. Al respecto, dice Dulitzky que “este Rollo preanuncia la guerra que librarían los justos contra los impíos, representados por los invasores romanos junto a los judíos que se habían aliado con ellos, en especial los saduceos que controlaban el Templo” (2007: 230).

Se presenta en el texto un violento, decidido y nada metafórico plan de guerra contra los perseguidores de los judíos, un ambicioso plan de guerra de liberación. “Los combatientes de los “hijos de la Luz” eran los esenios de las tribus de Levi, Judá y Benjamín. Las fuerzas del mal eran los edomitas, amonitas, moabitas y filisteos, por un lado y los kittim (romanos) por el otro” (2007: 231). Así, esos “hijos de la Luz” que eran los esenios y los “hijos de las Tinieblas” encarnados en parte por las legiones romanas, daban un panorama diferente. Es una advertencia del inminente advenimiento de algo así como una “guerra santa” para defender a Dios. Enfrentar a los romanos deja de ser un simple hecho político para constituirse en una afrenta a su creencia. Agregaré Dulitzky que:

[...] cuando se habla del pacifismo de los esenios, la gente de la actualidad no tiene en cuenta el grado de violencia y rebelión que vivían los judíos. Los esenios eran pacifistas, pero el grado de violencia contenido en esos rollos sugiere que a último momento, cuando vieron cercano el Fin de los Tiempos, decidieron que no había otra opción que el enfrentamiento militar con los romanos, en cuya batalla era preferible morir a ser tomado prisionero,

³⁶. Versión en inglés: *The Dead Sea Scrolls Study Edition*, Volumen 1 (1997). Florentino García Martínez, página 113 (http://books.google.com.ar/books?id=6RfYxgtCke4C&pg=PR7&dq=textos+de+qumran+filetypr:pdf&hl=es&source=gbs_selected_pages&cad=3#v=sn). Se encuentra la obra *Textos de Qumrán* del mismo autor, en versión castellana, pero no ha sido posible dar con ella materialmente.

Otra referencia importante es la página web que alberga los textos originales fotografiados (<http://dss.collections.imj.org.il/es/war>). Allí está la referencia y citado de la obra de García Martínez como material autorizado de traducción desde los originales.

esclavizado o crucificado (2007: 233).

A esto debemos sumar el hecho de que al hacerse religión oficial del Imperio Romano en 325, el catolicismo debe adaptar las palabras injuriosas hacia los romanos, modificar su sentido, suavizar las descripciones y conformar un panorama favorable del Imperio frente al pueblo. La religión es una herramienta más para ejercer el poder sobre las comunidades. En este punto podemos pensar las palabras de Van Hutten con referencia a la adulteración de los Evangelios y hacer uso de esta referencia para comprender la necesidad de reinterpretación que pide el arqueólogo. No se trata de negar a la fe, todo lo contrario, se trata en su visión, de reforzarla comprendiendo la verdadera naturaleza y fines de Jesús.

El narrador tenía ante sí una historia sobre los esenios contada por algunos antiguos como Flavio Josefo o Filón de Alejandría y que podía comprobar con las traducciones de los pocos Rollos que habían tenido esa suerte hasta el momento. Cotejar las ideas de Estanislao era posible a través de esos historiadores, pero enfrentar al imaginario religioso convencional a un Jesús en plan de poner fuego al mundo y permisivo con la creación de un brazo armado para defender su proclama, es un tanto más complejo. La vinculación de Jesús con esa rama judía es un tema cuestionable desde el canon y es una molesta asociación que, unida a lo bélico, generaría el rechazo de cualquier posible vinculación entre tales entidades. Laboriosa tarea emprende el narrador al querer comprender las afirmaciones de Van Hutten y en este esforzarse por hacer del narrador un continuador, o al menos, un aprendiz.

b) La epístola de Jericó

Hay un segundo texto, controvertido y revelador, que es hallado a 12 kilómetros de Qumrán y al que Van Hutten llama “la carta de Jericó”. En un cuaderno de Christiane con el que Van Hutten le había enseñado a la chica el español, está traducida “la única prueba, si podía llamarse una prueba, de que el viejo no mentía” (2011: 177).

El comienzo de la epístola decía:

De Juan, el anciano, a Teófilo, testimonio de lo que vi con mis ojos y oí con mis oídos y toqué con mis manos, porque andan entre nosotros falsos testigos

que ni vieron ni oyeron ni tocaron pero blasfeman con su Palabra y torcieron mi palabra (2011: 179).

Esto es un fragmento y el resto de la carta no es transcrita textualmente del cuaderno por el narrador, ya que considera que al convertirse lo real en historia, pasa a ser como un sueño, algo difícil de descifrar, de comprender.

Sin embargo, lo que nos dirá el narrador de este manuscrito es que refiere a la vida de Jesús como hijo de Dios, a la vez que como hijo carnal de Iosef y Miriam, que tuvo hermanos y hermanas, que era efectivamente esenio y que sus costumbres respondían a las de esa comunidad (bautismo, cena ritual, vestimenta, etc.). Habla allí de los apóstoles Judas Iscariote y Simón el Zelote, demostrando que eran hombres de guerra y que Iscariote no quería decir “de Carioth”, sino Sicario, hombre armado con una sica, es decir que era también un zelote. Además el narrador de la epístola y Santiago eran llamados Hijos del trueno, corroborando la connotación bélica. En este texto, Van Hutten descubre que faltan, como en el primer fragmento que halló del Evangelio de Juan, algunos milagros, como el de las Bodas de Caná, pero están el de los panes y los peces, la curación de las mujeres y la resurrección de Lázaro.

Esta carta replicaba las palabras de Mateo 5, 3-11³⁷, “Bienaventurados vosotros los pobres. Bienaventurados vosotros los hambrientos, porque seréis saciados.” en donde se destaca la falta de la alusión a los “pobres de espíritu” que es como nos ha llegado. Dice simplemente “pobres” ya que es referencia según Van Hutten a la manera de denominarse que tenían los esenios a sí mismos. La epístola también replica a Lucas 12, 49-50: “He venido a poner fuego en el mundo, y cómo quisiera que ya estuviese ardiendo”, donde el deseo de desenlace bélico es palpable y la impronta del inminente quiebre de la paz es evidente.

Hay entonces anclajes válidos con los textos actuales para dar sustento a la teoría de que son los más antiguos y permitir reinterpretar lo encontrado a la luz de las nuevas explicaciones del Stan.

Pero, sin embargo, el panorama que presentan estos fragmentos es el de una historia que corre en paralelo con la que construye la Iglesia Católica. Tendríamos hasta aquí un Mesías ayudado por apóstoles versados en la guerra y la fabricación de armas, para enfrentar a la “legión” (romana) y proponiendo no sólo el amor entre los hombres

³⁷. En la versión de Levoratti y Trusso, adaptada para latinoamérica, dice en Mateo 5, 3-6: “Felices los que tienen alma de pobres [...] Felices los que tienen hambre y sed de justicia [...]”.

sino el enfrentamiento entre los seres humanos de ser necesario. Estamos frente a un hombre que tiene en sí mismo los caracteres del Mesías y también la fiereza y debilidad del hombre liso y llano. Estanislao quiere demostrar que Jesús es un emisario pero que su mensaje no es sólo de amor al prójimo, sino que cuenta también con la arenga necesaria para estimular el enfrentamiento de las injusticias y reaccionar después de que se han dado las dos mejillas.

Acompañar la lectura de un replanteamiento como el que es propuesto, deriva en una manera más comprometedor de ver al mensajero de Dios en la tierra. Se propone que es un hombre común, con una meta especial y los mismos mecanismos que cualquiera para llevarlos a cabo. En este planteo puntual: la materialidad de la defensa.

- **Las murallas que caen**

Sigamos ahora con el tema de Jericó. En la novela se habla de un “milagro escénico” en torno a esta historia bíblica. Un postulado que les permite excavar en Qumrán como ya dijimos, sin llamar la atención y que da lugar al primer libro del arqueólogo.

Sostuvo en él que el milagro de las murallas de Jericó había sucedido históricamente, pero sin la intervención de Dios. [...] Su libro incluía el diseño de un sistema de palancas con el cual, según afirmaba, él mismo, sin ser Josué y sin necesidad de ninguna colaboración divina, hubiera podido derrumbar las murallas de cualquier ciudad fortificada de la época del Éxodo (2011: 28).

Hay una nueva intertextualidad con un episodio bíblico que no podemos pasar por alto y del que haremos una breve referencia. Aquí nos encontramos con un cruce interesante con la obra de teatro *Sobre las piedras de Jericó*. Nos permitimos pasar por un momento al nivel de autor y desgajar algunas relaciones entre la novela y la obra teatral.

Proponiendo en este caso el mismo Castillo, una situación controvertida, utiliza las referencias a lugares, personajes y hechos de Josué 6 y los traslada a una situación que muestra algún que otro detalle diferente.

Como en Josué 6, la situación es la misma: los judíos han pasado 40 años en el desierto y llegan a las márgenes del río Jordán guiados por Josué. Del otro lado está la

ciudad amurallada de Jericó, una fortaleza que deben derribar para hacerse con la tierra que su Señor les ha prometido. Mientras se preparan para vadear el torrente, dos espías van hasta la casa de Rajab. Ella es la prostituta de Jericó que vive en la muralla y logran sacarle información útil para tomar la ciudad. La mujer los oculta y les indica cómo salvarse de la guardia a cambio de salvar su vida y la de quien ella elija durante el sitio a la ciudad. Mientras tanto, las siete tribus de Israel, una vez que logran cruzar el río -a semejanza del Moisés el Mar Rojo- y ya del otro lado, durante 6 días dan una vuelta diaria alrededor de la muralla. Al séptimo día dan siete vueltas y al sonar de las trompetas, el muro cae. Esta es la historia bíblica y se repite casi igual en la obra de teatro.

Hay una primera diferencia que salta a la vista y es que en la obra teatral la fuerza está puesta en la figura de la prostituta. En la versión bíblica apenas es nombrada como colaboradora, y su mención se reduce a ese hecho simplemente. En la obra es presentada como hábil e inteligente y sabrá cómo sacar provecho de la situación para salvarse. Es este un personaje que se erige como jueza de la ciudad. Duda de que ese Dios que proclaman los judíos espías sea real, pero sabe que ha sido seleccionada por él. Acepta el papel de mediadora para la caída y asume el tremendo peso de decidir la suerte de muchos. Al momento del asedio, debe dejar dentro de su casa a los que quiere salvar porque su casa, marcada con una cuerda escarlata, será intocable.

Su panorama personal nos es presentado en una vida de soledad y agravios. Su padre Ismael es un borracho que acude sólo para pedir dinero mientras la insulta y reniega de su profesión. Su madre Sara es la loca del pueblo y alucina con que su hija ha sido raptada por pájaros cuando era niña. Por compañía tiene a una especie de sirviente o criado, Caleb, un ser casi enano, deforme y feo, que lealmente la cuida y defiende mientras puede.

Heréticamente será proclamada santa por Caleb, defendida ante los agravios de todo el pueblo y puesta en el lugar de sancionadora por el enano.

Rajab hace el pacto con los sitiadores para ser la única casa que se salve después de decirles el punto débil en la muralla. Ésta es la confirmación de que su papel será decisivo y paulatinamente ella es consciente de eso. Decidirá sobre la vida de quien desee en el pueblo y en cierto momento previo al asedio, dice al Sacerdote y al Rey de Jericó:

Imagínate un día único, irrepetible. O que existiera el Dios de los que están

en el Gilgal, el que traen cada mañana en su arcón dorado, y ella, la mujer impura, fuese por sólo un día la única mediadora entre la ciudad amurallada y él... (1995: 219).

Anticipa su rol, juega al poder por unos días y vivencia la espera del ataque de un modo calmado que la posiciona por sobre la angustia de los habitantes de Jericó.

Caleb por su parte se establece como el ayudante y adquiere un rol interesante también. Por ejemplo: en las Escrituras se dice que en un momento en que Josué estaba en el campamento a orillas de Jericó, se le apareció un hombre que resultó ser el “jefe del ejército del Señor” y le dijo “quítate las sandalias de tus pies, porque el lugar donde estás parado, es santo” (Josué 5, 13-15). En la obra, quien dice esto, desde las sombras, no es ni más ni menos que el mismo Caleb, al que se conoce por un relámpago que un instante ilumina su silueta sobre una loma. Él es el contrahecho, el jorobado, el mamarracho, el bicho, que se transforma en el profeta que anuncia, varias veces refiriéndose a Rajab que “¡Esa mujer, esa casa es santa” (1995: 196). Dice que “Antes de que amanezca, los poderosos de la tierra se humillarán a los pies de esa mujer, en esta casa ” (1995: 214). Es el anunciador del desastre en el pueblo, de la venida de un nuevo Dios y del protagonismo de Rajab en todo ello.

Paulatinamente, el enano junto a Rajab comienzan a sentirse parte de los elegidos por Dios, por Jehová, mientras que los pobladores de Jericó aún siguen creyendo en dioses que responden a los fenómenos de la naturaleza. Ellos, los segregados elegidos, los despreciados marcados por Dios son los que aparentan tener el futuro en sus manos. Pareciera que la prostituta marcará el destino general. En la noche antes del asedio se detiene a escuchar el viento en los asfódelos de la ribera, la flor de la muerte, que pareciera llevar un rumor que presagia el abatimiento y la inminente afrenta. Todo indica que así será.

Su papel en la obra de teatro es decisivo, a diferencia de la no tan marcada importancia que pareciera dársele en la Biblia. El final sin dudas es distinto: mientras que el canon nos indica que al derribar el pueblo, sacan a Rajab y su familia entera, en la obra no se concreta. El padre de Rajab primero se niega a ir a la casa de su hija, ya que ha jurado no volver a pisar ese umbral; igualmente Rajab manda de nuevo a Caleb a buscarlo, pero el Rey ordena matarlo antes de que puedan salvarlo. A la madre no la buscan, pero aparece minutos antes de que caiga la muralla y trae un ramo de flores. Perdida, aún busca a la niña que le han robado los pájaros. Rajab le da su ramo de flores

y le dice que se marche, contra los deseos de Caleb, que le insiste en no dejarla ir. Del resto de posibles parientes no se habla. Caleb, quien pareciera ser el que la acompañará en el “después”, simplemente decide irse, abandonar la casa. Quizás no se siente con derecho a sobrevivir o no siente que sea merecedor de tal regalo.

Luego del sitio, Josué entrará a la casa de Rajab y dirá, para cerrar la obra: “Nadie toque a esa mujer. Dios la ha perdonado” (1995: 234). El final difiere nuevamente del bíblico, la escena se impregna de melancolía y ausencias, de un premio que no reconforta y de una soledad que lo invade todo.

Las figuras que son puestas a consideración permiten ver que la manera en que se entronan como personajes de peso a los excluidos, responde a la intención de generar también una controversia. La obra de teatro entroniza a la mujer prostituta y al segregado para proponernos una mirada alternativa que repite la operación de Van Hutten. Lo que se estipula en un texto responde a una postura de quien lo escribe. Contemplar otra mirada es la parte que Castillo nos incita a hacer. Nos dice a cada paso que veamos qué está contado y pensemos en otra alternativa.

Por otro lado, vemos reflejado también en la obra el planteo que Van Hutten hiciera acerca de que se trató de un sistema de palancas y que

Las siete vueltas rituales dadas por el ejército de Josué alrededor de Jericó no habrían tenido más que una finalidad: apagar, con su tumulto, el ruido de las picas en los fosos exteriores de la ciudad, mientras un grupo de judíos armaba ese sistema de palancas (2011: 28).

Rajab ha indicado el lugar débil, en donde no hay cimientos, y los soldados judíos han cavado. Todo se resolverá con mucha rapidez:

A la señal, toda Israel lanzará su grito de guerra y hará sonar, a un tiempo, los instrumentos de música. Los guerreros pasarán a la vanguardia, los del foso arrancarán los puntales y se desplomará toda la sección Este (1995: 221).

Aunque el arqueólogo diga que fue un acto distractivo, se postula la misma idea en la obra teatral de Castillo y se hace de esta acción puramente humana la razón de la victoria judía. Dios está inspirando quizás al pueblo que busca la Tierra Prometida, Moisés ha sido quien dio las indicaciones a Josué de continuar con el éxodo hasta llegar al lugar indicado por la divinidad, pero la batalla la gana el hombre. Está puesta en duda la eficacia de la intervención de Dios, incluso, la efectiva intervención en este “milagro” en el que si está presente, es como una lejana presencia que no se hace sentir. El dolor,

la pelea, el trabajo, las angustias, la infamia, el oprobio, la traición, competen sólo al humano. Dios no quiere saber nada o no colabora.

Y tal como lo anuncia Castillo en la “Advertencia” que antecede a la obra de teatro, vemos una “[...] pesada ausencia, la de Dios. El juicio es una especie de Juicio Final puramente humano, sin excusas para nadie, sin Dios. O mejor: cargado de la indiferente ausencia de Dios” (1995: 164).

Aquí nos permitimos acercarnos nuevamente a Sartre y vislumbrar que la voz del autor recupera la idea de que la existencia precede a la esencia y que por consiguiente:

[...] el hombre empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. El hombre, tal como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Sólo será después, y será tal como se haya hecho. Así, pues, no hay naturaleza humana, porque no hay Dios para concebirla (1985: 16).

En la obra de teatro, ese Dios que postulan los judíos está ausente en el milagro que se le solicita. Está descartada su influencia. La vida de unos y la muerte de otros depende simple y mundanamente de la decisión de algunas personas. Deciden su destino los hombres mismos para sí. No hay necesidad de que intervenga nada más que lo que el humano desea para él mismo. Sus acciones y la responsabilidad sobre ellas lo definen y constituyen en lo que es.

Así, extirpar la presencia activa de un ser supramaterial, queda en la obra plasmado a fuego. En el caso de Van Hutten, su versión no niega la existencia de Dios pero le quita el papel protagónico. Para Estanislao no hay milagros aunque haya Dios. Una cosa no quita la otra. Pero las cuestiones mundanas, en todo caso, están muy por debajo de los intereses de un supuesto ser divino. Plantearse que semejante autoridad universal esté ocupada en las nimiedades de un ser ínfimo como el humano, deja a Van Hutten solamente con las acciones terrenales. La obra de teatro presenta el mismo planteo, no de negación, sino de separar los aspectos de lo espiritual y religioso de lo material y plenamente humano.

c) ¿El traidor por excelencia?

El vapuleado personaje histórico que es Judas aparece en varias oportunidades, como hemos visto, citado y referido por el arqueólogo y también el narrador, quien nos dice:

[...] en los años cincuenta [...] publiqué, pagado de mi bolsillo, un mínimo ensayo escatológico sobre el problema de Judas, en el cual, [...] yo negaba sin demasiados argumentos que el misterio de la traición a Jesús pudiera explicarse por las razones que nos legó la Iglesia (2011: 26).

Las controvertidas ideas del narrador abren paso, en las primeras páginas, a que podamos estar atentos a cómo se recupera este tema posteriormente. En una de las charlas en la casa de Van Hutten, el arqueólogo le muestra, sorprendentemente, el propio librito que había publicado el narrador sobre el tema. Tras el asombro que le provoca, el anciano le confirma:

*—Todo lo que la tradición afirma sobre Judas Iscariote es falso. La conozco. [...]
—Supongo que lo inventé.
—Eso me parecía —dijo Van Hutten—. Sólo que si yo fuera usted empezaría a preocuparme. Usted tenía razón. Judas no traicionó a Jesús. La traición fue un pacto entre Jesús y Judas. Yo encontré la prueba (2011: 98).*

Este es el puntapié para que vayamos recuperando poco a poco las ideas que confirman esto y armemos la nueva versión de las acciones del apóstol. Como hay cuestiones de debate en torno a Judas, el narrador se interesa por develar algo más de él a través de los nuevos textos.

El anciano, por su parte, un año después de hallados los dos fragmentos en Qumrán, decide ir a ver al Padre Servando, un sacerdote experto en arameo bíblico, que habita en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Le muestra los textos y el Padre observa que, efectivamente como ha visto Van Hutten, está omitido el milagro de las bodas, pero además hay en el texto un faltante en la descripción del momento en que van a apresar a Jesús, y está ausente una palabra:

—¿Judas? —dijo el padre Servando—. Tampoco falta. En ese lugar nadie escribió nunca la palabra Judas. Esos caracteres corresponden a un sustantivo arameo que, aproximadamente, equivale a la palabra latina tribuno. Pero eso, ¿no lo sabías? (2011: 165).

Después de contarnos esto, el narrador nos dice que la página siguiente del diario de Van Hutten, de donde lee este suceso, ha sido arrancada. Pero la

conversación seguirá siendo narrada a pesar de la falta de esa hoja y podremos leer la conclusión del Padre Servando en la que según él, Judas entregó a Jesús, pero nunca lo traicionó.

El sacerdote agrega además con respecto a los Evangelios que “son tan unánimes en acusar a Judas, y en acusarlo casi con las mismas palabras, que esa sola insistencia machacona bastaría para desconfiar, para sentir que por allí anduvo, mucho tiempo después, una mano ajena” (2011: 166). Por eso, la imagen de aquel infame traidor sería puesta en duda. Aparentemente no fue una deslealtad sino un pacto, “Judas, uno de los doce, el traidor: repetido cada vez que se lo nombra y repetido de la misma manera. ¿Traidor? Traidor para conseguir qué” (2011: 166). Entonces se hace además la pregunta de para qué traicionar la confianza de Jesús si era él quien llevaba el dinero de las limosnas, era en el que más confiaba Jesús, “quizá el más confiable, quizá el único confiable” (2011: 166). Y del mismo terminante modo en que habla el arqueólogo, el cura le dice a Van Hutten que “Para adivinar esto no hace falta poseer una clarividencia demoníaca, sólo hay que leer los evangelios” (2011: 167).

La celda de aquel fraile franciscano se llena de respuestas para Van Hutten. La lectura de aquellos fragmentos a la luz del conocimiento profundo de las escrituras y el arameo bíblico que posee Servando, tiñen con certezas la mente de Estanislao.

Más adelante se suman pruebas, como por ejemplo el hecho de que Jesús haya dicho que quien lo traicionaría mojaría el pan en su plato “Y Judas, que por lo visto era imbécil, o sordo, va y estira su brazo y moja el pan” (2011: 167). Además declara el Padre que:

Todos oyen que Jesús le ordena: "Lo que tienes que hacer, hazlo pronto". Todos oyen que dice: "Ay, aunque más te valiera no haber nacido". Pero como la imbecilidad o la borrachera ya habían cundido también en aquella mesa, Judas sale y nadie se da cuenta de nada (2011: 167).

Estamos ante una historia contada de otro modo durante siglos. Van Hutten nos quiere hacer ver, desde su perspectiva, que las palabras en el Huerto de los Olivos muestran que el pacto existió. Nos declara que era premeditado, pero sin buscar una traición por parte de Judas. La frase “No he perdido a ninguno de

los que me confiaste” (Juan 18, 9), parecería ser la prueba de que todo era parte del plan, ni siquiera Judas se perdió, todo debía ser de ese modo.

Así, estamos ante una escena difícil de comprender, de creer real incluso, pero resulta que “no hay nada que compaginar. Todo es una estupidez, una impostura” (2011: 167). La lectura de aquel texto hace que la imagen de Judas se renueve y muestre el pacto que hubo para lograr un cometido. La efectiva realización de ese fin es puesta en duda pero lo que queda claro es que Jesús necesitaba ser llevado frente al pueblo en el momento de la Pascua, cuando había miles de judíos en Jerusalén y donde su mensaje debía quedar grabado.

• El Judas alternativo

Ahora podemos permitirnos hacer el segundo cruce con el teatro de Castillo. Volvemos al nivel de autor para ver de qué modo es retomado este tema en *El otro Judas*.

La obra comienza con el momento final en que se sabe que Jesús será llevado a la cruz y los apóstoles Judas, Juan, Santiago y Simón, debaten sobre qué hacer y sobre el culpable de aquella tragedia.

Se presenta a un Judas contrariado, un poco extraviado incluso y que frente a la euforia de algunos y la precaución de otros, se muestra casi desencantado con el Mesías. La imagen de aquel Judas histórico es también puesta a consideración en la obra, ya que se siente apesadumbrado por la conciencia de haber sellado un pacto que le ha sido pedido por el propio Jesús:

SANTIAGO (recordando, con arrobó): *Bien haces en entristecerte...* (Pausa, y luego consolador, dulce.) *Sin embargo, era hermosa tu tarea. Él mismo te eligió para que fueras el encargado de repartir las limosnas.*

PEDRO: *Siempre confié en ti. Sabía que eras el único a quien no podía tentar el dinero* (1995: 21).

Este fragmento confirma la idea de que no era necesario el dinero para Judas y de que no se veía influenciado por él. La relación entre este apóstol y las treinta monedas como supuesta paga, resulta nuevamente inverosímil, tal como lo explicita Van Hutten.

En la obra de teatro son cuatro quienes están con Judas conversando. Se hace un dato de interés la selección de los apóstoles que lo acompañan. Si bien eran, de algún modo, los más cercanos, vemos que son algunos de los que controversialmente se dice que eran sus hermanos carnales. Van Hutten dirá que a Jesús “Se lo llamaba Yoshua, el hijo de Iosef y de Myriam, y tuvo cinco hermanos varones y, por lo menos, dos hermanas mujeres” (2011: 179). Cuando cotejamos estos dichos vemos que en las Escrituras Mateo 13, 55 dice; “¿No es este el hijo del carpintero? ¿Su madre no es la que llaman María, y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas?”. Esto nos da un panorama más interesante aún y nos permite comprender el peso que se le da en la obra al personaje de Judas. No sólo es un discípulo, sino que podría ser su propio hermano. Castillo juega con estos indicios y le imprime un halo de mayor intriga a las relaciones, nunca arbitrarias entre la historia de los personajes, sus palabras y sus acciones³⁸. Releer la historia desde esta mirada es otra vez correr el horizonte un poco más allá. Repensar la vida de Jesús como lo hace Van Hutten y mirar la vida de Judas desde la hermandad con el Mesías, es quebrar las estructuras que están forjadas. Es otra perspectiva que cambia y obliga a correr el horizonte.

Si seguimos pensando en la obra de teatro, vemos que a pesar del pacto, la carga de decidir la entrega es demasiado pesada y termina por enloquecer al personaje. En el final, extraviado, discute con un Sacerdote y grita su verdad:

JUDAS: ¡siempre lo supe! ¡Nunca lo vendí! ¿No comprendes, imbécil, que treinta monedas no son el precio de un hombre? ¿No comprendes que Judas nunca las necesitó, puesto que tenía a su disposición la bolsa de los Doce?
(1995: 36).

Tal como en la novela, se repiten los postulados acerca de la no traición y el pacto. Se renueva la figura del apóstol preferido de Jesús y se establece un nuevo contrato para con la idea acerca de Judas. Pero sin embargo, la obra marca los detalles que las Escrituras no contemplan: la culpa, la conciencia de hacer lo que se le ha pedido, el peso de la decisión, el desgarró ante semejante solicitud.

Se agrega una veta profunda y descarnada en el carácter del apóstol, que incrementa la sensación de incomprensión y soledad ante su accionar hacia el Mesías. Entregar a su hermano se constituye en la última prueba decisiva. Se pone a jugar la

³⁸. Siempre están jugando, en las obras de Castillo, las referencias intertextuales. Son el motor de lo que hemos postulado que se “insunúa” por debajo de las palabras escritas. Siempre está presente el trabajo del lector para cotejar lo dicho con lo no dicho.

necesidad con el deseo, la orden con la negación, el mandato con los sentimientos³⁹. El pedido es un elemento que irrumpe en la aparente calma que se manifestaba entre los Doce.

La desilusión es un punto importante en la obra. Vemos el vaivén de sus sentimientos que comienzan con el Judas desencantado que se enfrenta a Juan diciendo que su Rabbí es “una ilusión. Una mentira. Eso: la mentira de un mundo de amor y de justicia” (1995: 17) y que luego pondrá en duda incluso la existencia de Dios diciendo que está “A lo mejor allá [...] Muy lejos. Como una última jerarquía, tan distante, tan sobrehumana que, acaso, merecería existir” (1995: 17).

La desazón se debe a que le ha tocado en suerte la parte más dura y debe ser quien la ejecute sin miramientos. El cariño no se disimula, porque “Quién se acuerda de Dios, cuando va por la tierra de la mano de un hombre”. Y agrega: “Yo iba de la mano de un hombre. Y cuando uno como aquél te acompaña, es una muchedumbre, apretada de esperanzas, la que va a tu lado” (1995: 18).

La figura de Judas varía de estado de ánimo constantemente. Ante tales cuestionamientos se lo presenta doliente y apesadumbrado, distando de la fría estampa que nos brindan los textos canónicos de la Iglesia. La Biblia refiere secamente a su posibilidad de vender a Jesús por casi nada y su infamia. Pero en la obra de teatro hay un humano comprometido con un mensaje, comprometido con una causa y que ha debido actuar. En plena discusión con Pedro, Juan y Santiago, dicen:

JUAN: Un secreto de hiel moja la lengua del dulce Judas. Conoce al que lo vendió, estoy seguro.

PEDRO: ¿Es verdad eso?

SANTIAGO: ¿Lo sabes?

JUAN: ¡Dinos! ¡Responde una vez más! Tú eres, ahora, el único que puede.

¡Habla!, ¿quién lo odiaba, quién le temía hasta tal punto?

JUDAS (secamente): Acaso, Dios (1995: 21).

Judas es solamente un accionador, un factor determinante para el plan. Pero el dolor que ocasiona tal acto de entrega, hace flaquear momentáneamente la fe del Iscariote. El peso es tan grande que la culpa puede ser trasladada al mismo Dios; el abandono al mismísimo creador, ante tal hecho de injusticia. Se ejecuta al inocente y se

³⁹. Acatar la orden es el trabajo más difícil encomendado hasta el momento y así se lo dice a una pordiosera, en plena calle, con un cielo tormentoso, con un espacio pleno de oscuridad, ensangrentado, perdido, delirando: “[...] Óyeme, vieja, yo sé un cuento. Es la hermosa historia de un hombre que traicionó por amor. Su hermano le dijo: entrégame, amigo, ya es tiempo. Y había una piedad infinita en su voz cuando agregó: aunque más te valiera no haber nacido... Y yo era aquel amigo traidor. Y yo pensaba: después de esto, todos comprenderán... ¿Sabes?: él anunciaba un mundo donde todos seríamos hermanos” (1995: 39).

deja al resto ver semejante inequidad. Se llama a un amante y seguidor del Elegido a cometer una infamia tan grande.

Resulta interesante ahora detenernos a pensar que se pone en boca de Judas también una idea que es presentada en la novela y refiere a la no divinidad de Jesús. Estamos frente a la necesidad de no confundir al emisario con el mensaje, a no creer que Jesús es Dios, sino que es su hijo, hijo nacido de la carne, hombre sufriente, hombre inocente. Hombre que trae un mensaje del Padre, pero que ese padre que es suyo, también lo es de todos.

Los alcances de estos planteos incluyen que se revisen nuevamente los fines. De Jesús en la tierra, como ya hemos dicho y también de Judas dentro de ese plan. Reaparece, una vez más, la cuestión de las políticas interpretativas en torno a los textos. Tal como expresa San Agustín en el epígrafe que antecede a la novela, que reza: “Yo no creería en el evangelio si no me moviera la autoridad de la Iglesia” (2011: 9), la lectura de los pasajes sobre Judas nos lleva al mismo sitio. Desde un punto de vista gadameriano, nos encontraríamos con una clausura del texto. Se ha dictaminado que debe interpretarse de un solo modo y desde un sentido impuesto por la Iglesia⁴⁰. La impronta de establecer el modo interpretativo se renueva, tal como venimos planteando en referencia a la novela.

A estas obras teatrales nos interesa pensarlas también como antecedente de la cuestión religiosa en la obra de Castillo. El ámbito religioso y el tema del cristianismo puntualmente aparece en muchos de sus escritos. Son una manera de acercar, consideramos, la visión alternativa de la historia a los hechos cerrados dentro del dogma. Castillo, emparentándose a la actitud que asume Van Hutten en el nivel ficcional, nos propone una mirada diferente a los temas clásicos y nos muestra una especie de “lado b” de la historia.

Presentamos los tres elementos fuertes de la novela hasta aquí: los Evangelios repensados a la luz del fragmento de Juan que encontrara Estanislao; la epístola de Jericó y las implicancias de ella unida al mito en torno a su caída; y la imagen de Judas como amigo y colaborador hasta el último momento de Jesús. Estos elementos nos resultan los más significativos para sostener la necesidad de modificar las concepciones

⁴⁰. Campa dice que “El espiritualismo confiere relieve a la escritura (y a la palabra: «Di una palabra y yo seré salvo») en el intento de promover una adhesión al uso de los signos que luego se convierte en confianza con las palabras y -al menos de la Reforma en adelante- con los recursos potenciales de las mismas” (1989: 145).

a las que se enfrenta el narrador. Miles de años de construcción de estereotipos que se desgajan de a poco y exigen un cambio de rumbo (al menos en la cabeza del ciudadano).

Castillo retoma en *El Evangelio según Van Hutten* temas que ha usado anteriormente y recupera planteos incómodos. En esta obra es una tarea que asume el autor y también los personajes. Nos hemos permitido hacer el vaivén entre el espacio textual y el autoral para constituir este pasaje como reforzador de la consigna del arqueólogo: repensar y reinterpretar más allá de lo instituido.

Hemos presentado un gran número de elementos que pueden verse interactuando y pueden aproximarnos a una mejor comprensión de la obra. Partiendo de las pistas que sigue el narrador y sumado a la tarea de autoconstrucción personal (interna e histórica) es como realiza progresivamente el agregado de un horizonte nuevo.

El poder interpretativo que pregonamos tienen los centros de poder, está en el narrador como posibilidad latente y de la que hace uso. El complejo representado por la filosofía y la religión son el foco de atención de las energías del ciudadano. Cuando ingresa, de la mano de Van Hutten, la vinculación de estos dos ámbitos con la política y de allí la posibilidad de hacer con ellas una revolución, es el momento en que convergen los puntos fuertes.

La revisión de los fundamentos del cristianismo se presentan en la obra funcionando como activador de una necesaria revisión de la relación religión-política. El discurso revolucionario propuesto por Estanislao conlleva una necesaria modificación de la posición personal en quien lee y apunta a resignificar el vínculo entre la historia escrita y sus interpretaciones. Refundar las bases ideológicas del cristianismo es una manera de hacer que la permanencia ineludible del hombre en la vida terrenal, encuentre una respuesta. En este caso se comprende y justifica a través de la acción. Una acción de confianza en la capacidad humana y en la lucha pregonada por Jesús y que resulta fundamental para hacer frente a la certeza existencial de que somos lo que hacemos de nosotros mismos.

TERCERA PARTE

La toma de posición

“—Usted es un incrédulo aterrorizado por el miedo a creer—me dijo la última tarde que lo vi—” (2011: 204)

Con la acumulación de información y la reorganización de los datos se formó en el narrador una nueva necesidad: conocer al detalle lo que fragmentariamente le habían contado Lev y Estanislao. Hasta aquí recorrimos los relatos paso a paso y nos hemos acercado al trasfondo de tanta intriga. Descorrimos el velo de confusión que presentaba la historia propuesta en la novela y pudimos acompañar al personaje en el recorrido de conocimiento y modificación de perspectiva. Ahora bien, llegada esta tercera parte de nuestro análisis, nos permitiremos cerrar las reflexiones, retomando un punto particular de la narración. Nos retrotraeremos ahora al momento en que comienza a perfilarse esta última parte que estamos postulando dentro del proceso interno del narrador.

El hecho que marcó a nuestro parecer el comienzo definitivo del cambio en el personaje es la decisión de quedarse en La Cumbrecita aquel día de tormenta. Está todo preparado, sus valijas, el pasaje, el taxi hasta el lugar de embarque. Ha llamado a su esposa, ha prometido cosas que no va a cumplir, ha arreglado la vuelta a su anodina vida en Buenos Aires. Pero no se irá, nos dice que al final de la tormenta se encontró en la galería del hotel “pensando, en la oscuridad, que el arqueólogo tenía razón” (2011: 126). Es por eso declara: “Volví a decir que no. El mal tiempo no tenía nada que ver. Sencillamente me quedaba” (2011: 127).

Una vez más se presenta al lector la verdadera necesidad del narrador, porque asegura: “No iba a irme. Ni con ese tiempo ni cuando saliera el sol. No iba a irme de La Cumbrecita hasta que Van Hutten terminara de hablar conmigo” (2011: 128).

Luego de conocer que ha efectivizado esa decisión es que nos propondremos ahora ver cómo, ya sabiendo el desenlace de las intrigas, es configurado el cambio definitivo. La segunda parte de nuestro análisis nos permitió construir una perspectiva total del contenido más académico, teórico e histórico de la obra para poder en esta fase

final, deslindar las consecuencias y las interpretaciones sobre el material conocido.

El dr. Golo le preguntará si por fin habían comenzado a interesarle las cuestiones de los rollos. Y él piensa: “¿Me interesaban?. Le dije que sí” (2011: 187). Aquí se confirma la intención marcada por la decisión de quedarse y se efectiviza el compromiso para acabar con las incógnitas.

Podemos comenzar retomando la actitud de nuestro narrador y proponernos clarificarla. Actúa de modo inseguro a medida que conoce más de la historia, se compromete poco y sólo escucha. Luego se permitirá preguntar y en las sucesivas visitas y conversaciones con los ancianos, saldar sus dudas. Como ya hemos dicho, sus ideas y sentimientos giran en torno a un vaivén. Aceptación/negación son los extremos por los que transita. Las palabras iniciales de la novela nos dicen:

No pido que se me crea. Yo tampoco creí en las palabras de Van Hutten hasta mucho después de mi regreso a Buenos Aires, al recibir el sobre con su pequeño legado de dos mil años, pero, aun así, sé que esta prueba no significa nada y prefiero pensar que Van Hutten mentía o estaba loco (2011: 13).

Esas son las oraciones que introducen la historia y ya ahí vemos la inconstancia. Primero no cree, pero finalmente lo hace, al estar de nuevo en Buenos Aires. Posteriormente cierra la idea de su oscilación y dice que prefiere pensar que el origen de toda esta historia sea la locura en vez de la verdad. Ese es el eje y así se maneja en los momentos difíciles.

Pareciera una acción meramente repetitiva, producto simplemente de su carácter, pero podemos percibir algo más. En las instancias en que debe arriesgar una postura es cuando duda. Como narrador nos introduce a la historia de Van Hutten y nos muestra también su propia perspectiva. Pero al ser un tema tan controversial se ve en la necesidad de explicar, sostener o justificar su posición al respecto. Debe hacerlo para que el texto siga, avance, de respuestas. En cuanto debe aventurarse es cuando se excusa, cuando intercala expresiones que le permiten deslindarse de las implicancias de lo que está diciendo.

Como hemos visto, después de que decide quedarse en La Cumbrecita, es cuando conoce el meollo de la cuestión, se informa e incluso interesa en ella: “Van Hutten se divertía en desorientarme. La mención a Hitler y a los ingleses parecía destinada a desviar mi atención de la única cosa que en aquel momento me

importaba”⁴¹ (2011: 130). Se le deslizan expresiones que demuestran interés además de sus obvias acciones.

En cierto momento Van Hutten le está contando sobre el manuscrito arameo que halló y dice que “es una historia demasiado increíble para una persona como yo” (2011: 132). Esa expresión de “persona como yo” consideramos que significa algo así como “persona media”. Es decir: no cualquiera acepta felizmente una versión semejante de la cristiandad y menos aún desestructura en unos pocos días toda su formación de casi 50 años.

Le cuesta creer, le cuesta acercarse a una verdad demasiado incómoda, poco asequible para su acostumbrado razonamiento histórico y fiel a los textos. Él es, como le dice el arqueólogo, alguien con miedo a creer. Sin dudas que la historia de los ancianos no es fácilmente aceptable para una persona que sólo buscaba unos días de relax en las sierras. Pero el arqueólogo insistirá en que el azar no existe, que las cosas son, sin posibilidad de que podamos cambiar aquello que los antiguos llamaban destino. El narrador se transforma en su nuevo amigo incrédulo, pero por el que valen aparentemente los desvelos, las largas horas de relatos, las caminatas, aún para un anciano cansado.

A medida que avanzamos en la novela vemos que Estanislao le cuenta los incómodos descubrimientos y percibe en la postura de su interlocutor, una sensación de “estudiante creyente que empieza a sentir que se derrumba su fe” (2011: 139). Por eso lo calma diciéndole “No tenga miedo [...] Él también hizo milagros” (2011: 139). El desmoronamiento es interno para el narrador. Hay una modificación y readaptación que no es simple. Con la insistencia de Estanislao y Lev, puede, conociendo y aceptando al menos que pueda haber una mirada alternativa, acercarse a otra historia.

El contacto con el entorno natural y con los personajes del poblado despiertan un lado incómodo: el lugar de los replanteos, de la toma de posición. Dirá en un momento:

La serenidad de la noche, la vehemencia del perfume de los árboles, el esplendor del silencio, me hacían concebir ideas extrañas y pueriles que creía muertas en mi corazón y que volvían a mí desde el fondo de los años como a través de una tierra calcinada (2011: 145).

⁴¹. Las cuestiones políticas y sociales siempre están presentes. En las descripciones de los personajes vimos cómo la situación político-social de ellos condiciona y define el modo en el que logran vincularse con Estanislao (refugio político, escape del nazismo, control dictatorial de las publicaciones científicas, control eclesiástico, entre otros).

Ha decidido voluntariamente saber, ha elegido adentrarse en los “misterios” de Van Hutten y eso revoluciona su interior. Debe asumir una postura, luego de un letargo de décadas y vislumbrar sus propias elaboraciones al respecto.

Se encuentra una noche en medio de los macizos de árboles, contemplando el momento previo a una fuerte tormenta y percibe que

La única cosa extraña a ese orden indiferente era yo, un escéptico señor de casi cincuenta años, estremecido de frío una noche de calor; oyendo una cascada invisible, tratando de encontrar en ese orden un lugar que lo aceptara. Pero mi edad tampoco tenía nada que ver con esto; desde mi juventud, desde mucho antes de mi juventud, yo había sentido el mismo rechazo. Ni siquiera tenía nada que ver conmigo. Hombres mucho más inteligentes que yo, infinitamente más sensibles y profundos, hombres que comparados con este historiador algo afiebrado que tiritaba junto a un árbol podrían ser llamados seres perfectos, habían expresado a su manera esta hostilidad, este miedo (2011: 146).

Hay temor, hay rechazo, está la sensación de ser un ente disociado de lo que lo rodea, un individuo sólo en el mundo. La sensación de abandono y desencaje se hace patente. La naturaleza lo expulsa, lo repele y le incita a reflexionar. Pero esa reflexión surge de la conciencia de saberse elector. Se hace consciente de que “No hay otro universo que este universo humano, el universo de la subjetividad humana ” (1985: 43) y que esa desesperanza surge de saber que será él quien deba darle sentido a su existencia; que será a partir de sus elecciones que incorpore certezas a sus desgastados días.

Pareciera en cierta forma que el entorno le indica la necesidad de otro modo de ser y comprender. El medio no rechaza quizá a su persona en cuanto ser viviente, sino que pareciera mostrarse hostil a sus razonamientos. Expresa en un momento que el contacto con ese entorno natural lo llevaba a ser algo así como un filósofo o místico y eso le molesta. No se permite fluir del todo con las percepciones ni está demasiado interesado en cuestionarse sus cánones. En muchos momentos percibimos que se niega a definirse y reniega de rever su condición de incrédulo por comodidad. Así podemos pensar en que asume una posición similar a la de concebir que aunque Dios existiera, eso no cambiaría la situación del hombre para consigo y la responsabilidad de sus decisiones en tanto afectan su vida y la del resto de los hombres (1985:43). Desencajado del entorno y en plena reformulación de sus convicciones, se hace eco de la parte insegura que le reclama decisión. Está ante la evidencia de una historia diferente y Estanislao cuenta con él para que a

partir de su definición como “creyente” (si no en cuanto a fe, al menos en las palabras del anciano) pueda completar la tarea que él no pudo hacer: dar a conocer sus verdades⁴².

Si retomamos los pasos del narrador vemos que hay dos momentos en los que se enfrenta a lo que más cercano estamos de poder nombrar como “pruebas”. Esto es cuando Van Hutten le muestra una fotografía de los restos de su Evangelio y con el cuaderno de Christiane.

El narrador se enfrenta a una experiencia dialógica, de preguntas y respuestas con esos textos. Si asumimos que para la interpretación de un texto, el intérprete se abre a un diálogo y que el texto se expresa, respondiendo a las propias inquietudes y generando también sus interrogantes, es el conocimiento, como capacidad netamente humana la que permite que se realice una interpretación. Aquí juega entonces un papel fundamental la permisividad de quien lee para que el texto le guíe en lo que busca y satisfaga sus preguntas.

Al ver el primer elemento dirá: “Vi una especie de fragmento de pergamino, una página escrita en caracteres bíblicos. Era una fotografía, pero irradiaba una fuerza tan grande que me estremeció” (2011: 137). Después de continuar con la conversación en torno al fragmento, el narrador se percibe abatido, un tanto desconcertado. Reflexiona ásperamente:

¿Qué era, finalmente, lo que yo había visto? La fotografía de unos caracteres ilegibles que, en el mejor de los casos, suponiendo que dijeran lo que el arqueólogo me tradujo, contaban, de otro modo, unas bodas en Galilea hace dos mil años (2011: 142).

Estamos ante un elemento probatorio que dista mucho de permitir una comprobación pensada como tal. Esto se hace sentir en las palabras del narrador. Enfrentamos nuevamente el peso que impone la ciencia a los nuevos hallazgos y las reinterpretaciones. Innegablemente no podría sustentarse ninguna teoría y ser presentada al ámbito académico basando la prueba en una fotografía, un fragmento aislado, un cuaderno infantil.

Con el cuadernito de lectura de Christiane pasa algo similar. La chica se lo entrega y él ávidamente lo lee durante horas, sin percibir siquiera la compañía de

⁴². Acá decimos “sus verdades” porque consideramos, como venimos diciendo, que representan las ideas de Estanislao otro modo de ver los sucesos y los textos, pero que no invalidan las concepciones anteriores. Reformulan la manera de interpretar y concebir un personaje histórico y esto podría correr en paralelo a la ya instaurada imagen de Jesús, aportando otra faceta.

la joven. Para atajarse, comienza diciendo: “Sé que soy injusto, ya que esa noche ella me mostró el cuaderno y ésa es una prueba de que era precisamente a mí a quien buscaba, pero también sé que cierto tipo de pruebas las inventa la estupidez” (2011: 172). En una incesante fluctuación sigue el relato. Consideramos que sería poco productivo consignar más de estas actitudes suyas. Nos basta con dejar estos dos momentos, sumados a los ya expuestos en otras etapas del análisis, para dar cuenta de ello. Sumar ejemplos no contribuirá a reforzar lo que ya está claro: no se decidía a creer. Además nos dice que lo que leemos no es “un libro de Historia ni ese cuaderno escolar es lo que un hombre como [él] llamaría un documento fehaciente” (2011: 179).

Enuncia que “lo demasiado real, al ser tocado por las palabras, ingresa en una región parecida a la de los sueños” (2011: 179). Esta reflexión es sumamente interesante si tenemos en cuenta que su vida y pocas ideas firmes se han basado en los libros. Su educación salesiana configuró su percepción y vida religiosa (si podemos pensar que hubiera tenido una en algún momento); sus estudios de Historia forjaron su manera de ver el paso del tiempo; sus relaciones personales constituyeron su carácter y delimitaron su manera de percibir las interacciones con los demás hombres. Sabe un poco de cuestiones religiosas y se interesó en algún momento de su vida en las cuestiones polémicas que contenía el cristianismo (rollos, Judas, milagros). Conoce la historia desde la mirada que le ha sido conferida por el ámbito académico en que se formó (aunque sea una especie de disidente, un profesor sin cátedra) y establece sus parámetros desde ese lugar para comprender el pasado. Siente la relación con el entorno del modo en que ha elegido llevar su vida: desencanto o falta de interés que inundan todos los aspectos de su cotidianeidad. El deseo de alejarse de lo que le exija una postura es permanente. Por eso consideramos que se ha refugiado hasta el momento en el espacio de lo instituido. No deja de ser un ser crítico, pero lo es para con lo que lo toca de manera personal. Se replantea en La Cumbrecita no sólo lo trascendental, sino lo que ha hecho con su vida y la responsabilidad de ser lo que él se ha hecho con sus decisiones.

Lo escondido y lo no dicho

Nos parece oportuno ahora, en este apartado, buscar las implicancias de diversas insinuaciones que nos hace el relato. Hay una gran gama de referencias que se muestran como al pasar pero que nos introducen, con su análisis atento, a cuestiones un tanto más veladas e interesantes.

Comenzaremos por los títulos de los capítulos. Si prestamos atención a la manera en que se suceden vemos que hay un *in crescendo* que acompaña a la obra. Esto se ve en la manera en que están dispuestos: en primera instancia, “La llegada”, seguida de “Una revelación...” que incluye la no muerte y la versión nueva de la historia. Junto a eso el deseo de no hacer nada que tiene el narrador respecto de los indicios que le brindan; actitud vital a la que llama “El Tao” y que le propone aquella idea de que el azar no existe y que el necesario desenvolvimiento de los hechos tal como sucedieron, era inevitable. Después de conocer los “Detalles” hay algo que lo moviliza, que lo impele a conocer, algo que vibra no sólo en su mano, como “La piel de Zapa”, sino también en su interior. Todo parece obra de un otro, de “El que obra en la tiniebla”, alguien que pareciera interesarse en confundir al narrador. “Otro” que podría ser la naturaleza, el anciano, Satanás incluso. Luego se encuentra con que él “...no es Van Hutten”, lo que implica que no ha vivenciado ni comprendido del mismo modo los datos. Se enfrenta con que quizá esas conversaciones no sean del todo una fuente para confiar y en un epílogo cargado de incertidumbres, desarrolla sus palabras finales.

En el diálogo que establece con los interlocutores y con los textos mismos, se enfrenta al peso de, como ya dijimos, la tradición que fija los moldes y sus propios preconceptos. Tenemos un pasado en el que está la tradición y que condiciona al texto y simultáneamente al presente del intérprete que debe ser capaz de superar sus limitaciones y reinterpretar los datos a la luz de la confluencia de tiempo-texto-lector-tradición. Es decir que el narrador deberá sin dudas utilizar y permitir que la tradición lo guíe para la comprensión del material nuevo, aportando la base. Pero deberá flexibilizar también su mirada para permitir el ingreso de lo que también esa obra, a través del “gran tiempo” ha venido arrastrando. Esto es lo que impone, lógicamente, el corrimiento dentro del horizonte que hace el narrador.

Retomemos la cuestión puntual de los apartados de la novela y veamos el título “Almah”. Este es el nombre dado al capítulo cinco de la segunda parte de la novela y en este caso, no nos es explicado. Simplemente es puesto como una pista que nos lleva de nuevo a una interpretación diferente. Dulitzky nos dice que al remontarnos al modo en que los esenios concebían los matrimonios dinásticos entre los miembros de su comunidad, había ciertos “pasos” a seguir antes de verlo consumado: un noviazgo de varios años, el compromiso, el contacto sexual permitido a partir de diciembre para que si la mujer quedaba embarazada, el nacimiento se sucediera en septiembre. En caso de quedar embarazada habría una segunda boda, definitiva, pero mientras estaba “a prueba” y “era vista como almah, que significa mujer joven o doncella, palabra que fue mal traducida como 'virgen’” (2007: 116). Nos enfrentamos entonces a una cuestión que no se nombra, sino que se insinúa: no sólo la historia misma del Mesías esta adulterada sino que mucho de lo que rodea a su vida, historia y muerte está severamente empañado. Por lo tanto resulta que si una “novia quedaba embarazada antes del matrimonio, se decía que 'una virgen ha concebido' ” (2007: 117), esto refiere a que si no se había casado, legalmente era virgen, aunque pudiese no serlo físicamente. Entonces nos encontramos con que la inmaculada concepción de María puede ser también vista como una mala traducción. En este caso particular se entrelazan muchas cuestiones como vemos. Tenemos entonces una madre que no es impoluta sino un ser de carne y hueso con todo lo que eso implica, y una designación que corresponde a integrantes de los estratos más altos de la sociedad esenia, cuando la historia católica nos decía que eran pobres y gente común del pueblo bajo.

A esta altura ya tenemos un Jesús de mal carácter, una madre que no es virgen en el sentido en que lo concibe la tradición católica, una misión teñida de violencia y unos textos descuajeringados que son el único testigo. Podemos comprender la incertidumbre y el desconcierto del narrador en parte, al conocer cosas tan novedosas; pero también vemos que se trata de un tema que le importa, que lo apasiona, que le gustará hasta el fanatismo, como le dice Van Hutten. Incluso ha dejado el mismo narrador nuevas pistas en la reconstrucción de sus vacaciones para que sigamos un poco más profundamente su recorrido. Va y viene con sus pensamientos, pero finalmente deja en las palabras el rastro que debemos seguir para ver más allá.

Hasta aquí hemos referido mínimamente a algunos términos que utiliza el narrador y al hecho de que las alusiones veladas no son casuales. Tanto él mismo como guía de esta historia, como los personajes centrales, refieren conscientemente a vocablos específicos. Juzgamos que las referencias y la elección de las palabras no es fortuita, tanto de quien relata las novedades (Van Hutten y Golo) como de quien las plasma en el texto (Narrador). Seleccionan el modo de hacer llegar sus ideas. Todo está empañado por el subjetivismo de quien cuenta para informar, pero también para convencer.

Hay dos cuestiones que nos interesa ahora destacar y tienen que ver con el modo de percibir el entorno que rodea al hombre. El narrador está frente al acceso de la comprensión acerca de cuestiones vitales y profundas. El sentido de la vida y el porqué de la existencia, la relación compleja entre el hombre y la divinidad (o incluso del conflicto ante la existencia o no de Dios) y el modo en que nos acercamos a su intelección a través de la historia y sus registros.

a) Detrás de las palabras

La vida y el entendimiento de ella está presentada en la novela con dos perspectivas diferentes. Van Hutten hará de ella una apasionante aventura de descubrimiento y profundo sentido existencial. Mientras tanto, para el narrador será una realidad inexorable y sin sentido, inasible, incomprensible y desastrosa. Concebir a la vida como la clave y sentido del hoy y del más allá, es decir, como motor y sentido del eterno tiempo, es el punto que diferencia al arqueólogo del narrador.

Situémonos ahora en el momento en que suben al cementerio, en que nombran apenas la letra sumeria Ti. Ella, “Más que una letra es una palabra. Es el símbolo de la vida” (2011: 58) y fue dibujada por Estanislao para Christiane. Este simple dibujo encierra una significación profunda y nos incita a arriesgar una interpretación también. Es un simple símbolo que permite tomar un camino también alternativo de la historia, en este caso de la humanidad y sus comienzos⁴³. Dirá Stan que “Ese dibujo fue la clave, usted diría casual, que permitió descifrar el misterio de un mundo que se creía perdido. Probó la existencia de la civilización mas antigua que conocemos. Los sumerios” (2011: 64).

⁴³. *La historia empieza en Sumer*, Kramer Samuel Noah, Ediciones Orbis SA, 1956, España.

Para entender estas palabras de Van Hutten debemos volver en el tiempo y recuperar algo de lo que fue esa cultura que introdujo la escritura. Los sumerios se situaban en los actuales territorios de Irak y presentan al mundo el primer método de escritura, la cuneiforme. Signos que, grabados en arcilla con herramientas en forma de cuña, aún se conservan y presentan un panorama diferente del origen de la humanidad; cuentan historias perdidas y revelan otro modo de ver al hombre y la creación. Sin dudas que el hecho de que el narrador elija contarnos este detalle, uno más, como cualquier otro en el transcurso de sus vacaciones, reviste importancia. No se trata sólo entonces de que elija contarnos su estadía sino también de que los misteriosos personajes que lo acompañan deciden por su parte, también destacar ciertos detalles, como este dibujo en la piedra, para que el narrador reflexione.

Se alude entonces a la civilización que da origen a la escritura, se habla del modo de conservar un testimonio y se presentará la historia más reciente como otro relato accesible por los símbolos escritos. Hablar de esta letra Ti es establecer un parangón entre la historia escrita y los sucesos de dos momentos que podrían pensarse como muy importantes: por un lado, la historia de la creación del hombre puesta en las tablillas sumerias y a su vez la historia de esta reciente “refundación” de la humanidad, la visión cristiana que vendría a otorgar un nuevo sentido a la creación del hombre. La conformación de estos dos momentos claves que se presentan aquí tienen que ver con la escritura, con la historia plasmada a través de símbolos. Porque como dice Campa:

La escritura es la primera forma de aprendizaje para la cual es necesario una disciplina que implique la aceptación (implícita y explícita) de reglas de comportamiento [...] La escritura como disciplina comporta la elaboración de reglas comunes de expresión como resultado de una convención que el uso y el interés subjetivo hacen necesarias (1989: 116).

La escritura es la primera herramienta perdurable de conservación de la historia y desde la cual podemos comprender los sucesos. Es un mecanismo de plasmación de hechos e ideas que

[...] tiende a la uniformidad y a la homogeneización del mundo justamente porque admite la pluralidad (hablada) de las opiniones y sucesivamente de las reflexiones. Gracias a la escritura, en efecto, las acciones y las reacciones de los hombres entran a formar parte de un potencial representativo de la imaginación que no induce o no debería impulsar a la incomprensión y por ende a la intolerancia y el contraste. (1989: 144-145)

En relación a la civilización sumeria Estanislao presentará también la alusión a la traducción de *Gilgamesh* por parte de Golo. *Gilgamesh* es una epopeya, un poema

que presenta a este personaje legendario de la mitología sumeria, quinto rey de Uruk (actual Irak) y que se vincula a la ciudad denominada en la Biblia como Erech. No sólo se vinculan estas referencias por la cuestión de la importancia de la escritura sino por la relación que puede establecerse con estos textos antiguos y la historia bíblica. Hay un complejo entramado de referencias que vinculan una y otra tradición. Datos e historias que se encuentran contadas en la Biblia y en las tablillas que forjan una idea de los orígenes de la humanidad, como por ejemplo, el relato del diluvio.

Escritura, historia, verdad: tríada compleja, discutible, controvertida en tanto construcción infalible y absolutamente creíble. Escribir es contar desde una perspectiva y elegir el punto de vista, cuestión de la que es consciente y con la que lucha el narrador frente a la sensación de no lograr la veracidad que se exige. Constantemente se le complica su expresión, se encuentra con las limitaciones entre lo que sabe, escucha y el cómo decirlo para no sonar inverosímil (más de lo que se le figura ya la historia de los rollos). Está el peso de las versiones oficiales, el poder de las instituciones y la construcción pasada de sus ideas contra las que choca constantemente.

Pareciera decirnos Van Hutten que hay mucho más que conocer además de lo que hemos sabido hasta ahora. Cada cosa a la que se refiere en la novela permite ramificar las relaciones hasta encontrar conexiones con más de un texto, con más de una versión, en general, controvertidas para la visión “academicista”⁴⁴.

En el mismo escenario del cementerio hay otro detalle que destaca el narrador y resulta interesante. Al mirar las lápidas ve una inscripción: “*Stabit Crux Dum Volvitur Orbis*”⁴⁵ (2011: 59) que significa “La cruz está fija mientras el mundo continúa girando”. Podemos pensar que es una marca de su propia sensación y por eso la recuerda y transcribe. La cruz está fija, él está fijo. Fijo quizá en sus ideas viejas mientras lo demás se modifica, avanza, presenta nuevas pistas. Por suerte, esto será el primer momento. Luego comenzará a girar con su ahora nuevo mundo, mal que le pese. Lo fijo, lo inamovible son las tradiciones que se postulan como intocables. El horizonte que se mueve junto al narrador es el que le da la posibilidad de reflexión. Referir a una cruz fija estaría diciendo que no ha habido cambios en la manera de concebir la relación hombre-divinidad. Lo fijo es lo dado por cierto e incuestionable pero sin embargo, el mundo sigue girando. Lo que no se detiene al paso del tiempo es lo que el narrador se

⁴⁴. Constantemente actúa la metatextualidad como acción vinculante encubierta. Siempre es el lector-oyente de la historia quien deberá desentrañar las conexiones no siempre fáciles de descubrir en el relato.

⁴⁵. Lema de la Cartuja, orden religiosa contemplativa del siglo XI.

irá permitiendo de a poco comprender. No se detiene la historia, no se detienen las reformulaciones, no se detiene el interés del hombre por comprender y por superar la quietud con que hemos concebido y aceptado ciertas cosas.

El narrador dice:

Toda historia, creíble o no, necesita un comienzo. No es así en la vida real, donde nada empieza ni termina nunca, simplemente sucede, donde las causas y los efectos se encadenan de tal modo que para explicar debidamente el encuentro casual de dos desconocidos, un sueño o una guerra entre naciones, uno debería seguir su rastro hasta el origen del mundo, pero es así en los libros, o al menos estamos acostumbrados a que sea así (2011: 13).

Y esta es una pauta más de la importancia atribuida a lo escrito. Hay un modo de trasplantar los hechos a lo escrito y a la oralidad incluso, que limita la expresión. Se menoscaba la integridad de lo que se desea contar en detrimento de un molde que se debe cumplir. Ya dijimos que contar es seleccionar también qué se dirá y cómo. Saber que el elegir una palabra y no otra es un trabajo continuo de quien relata, es la clave para mantenerse atento a las versiones. Sumar conocimientos, restar prejuicios y afinar la comprensión son los elementos que forman la tarea del narrador y ahora pasaremos a ver algo más de ello.

b) Escritura y significaciones

Al hablar de las traducciones, entra en juego nuevamente la cuestión de las palabras. Elegidas cuidadosamente son un probable buen mensajero, pero leídas de manera confusa, interpretadas erróneamente, pueden desencadenar más de una interpretación. La cuestión que le termina interesando al narrador y que lo impulsa a seguir las charlas es conocer. Sin embargo, esta tarea no resulta tan simple como pareciera. Golo y Estanislao se encargan de hacerle saber, por ejemplo que

Un punto diacrítico o un garabato injertado en una raíz semítica puede transformar la palabra opulento en la palabra vino, lo que podría convertir, digamos, una condena divina a los poderosos en una abstemia admonición contra los borrachos. ¿Si una humilde letra "ese" puede hacer, en francés, que un pescado te envenene... ! Y, bien mirado, un espíritu griego es muy capaz de transformar a la flacura en la ley moral.

—De qué está hablando —dijo Van Hutten.

—De poison y poisson. De lo hético y de la Ética (2011: 93).

El lenguaje adquiere, en la novela misma a nivel de lectores, y en el relato, una importancia suprema. Hemos propuesto la idea de que no está todo dicho en la obra, que debemos desentrañar algunas cosas arriesgando una interpretación personal. Es en situaciones como estas en que esa idea se refuerza y adquiere peso. Aunque no lo sepa (o lo haga quizás a propósito), el narrador ha dejado, en la escritura de la obra la misma impronta misteriosa de sus interlocutores. A cada palabra podemos relacionarla con la anterior, con alguna referencia aislada, atamos cabos y resulta que más de una referencia lleva a pensar algo diferente o lo contrario a lo expresado.

Con el lenguaje es como puede lograrse la tarea de unir los horizontes. Se transforma en la herramienta para amalgamar y sintetizar los aportes del horizonte pasado y lo que nos propone el horizonte del presente. Así se propone que no sólo se trata de leer y consumir tal como se nos presenta lo escrito, sino que hay mucho más. Cosas que no es posible decir las o que no se quieren exponer de manera explícita. Entonces nos encontramos, por ejemplo, con que

Si corregimos, según los rollos, la raíz hyn [...], que viene a significar el vino, por la raíz hwn [...], cuyo significado es riqueza, ¿qué nos da? Que el ricachón es jodido y que el agrandado no te deja en paz. Nos da un buen panfleto bíblico contra los oligarcas y los soberbios. Que es, precisamente, lo que se propuso el viejo profeta de Dios (2011: 94).

Las interpretaciones entonces, en muchos casos dependen de la predisposición, la apertura mental y la intención de quien lee y/o traduce. Está en cada uno comprender a las palabras de textos sagrados como una historia meramente anecdótica, como un panfleto revolucionario o como una simple acumulación de metáforas y mitos.

Todo predispone al diálogo. Lo que hemos postulado hasta ahora nos lleva a percibir que no hay modo de eludir el peso que tienen en la obra las relaciones interpersonales en la configuración interna de los personajes. La conexión que se establece entre el narrador y Van Hutten resulta de la imperiosa necesidad del consenso. Se comunican las percepciones y se dialogan las discrepancias. Hablar, contar y discutir es lo que hace movilizar el hilo de la trama y permite el avance.

Esos textos que navegan a través del tiempo se cargan de nuevos significados y adquieren un sentido modulado por efecto del tránsito. Las relecturas y reinterpretaciones de las fuentes y de las reescrituras de ellas a su vez, vinculan a los

personajes. Son los que desandan el tiempo, se corren del camino y amalgaman la perspectiva, nutriéndola a cada paso.

Siempre está presente el trabajo de interpretar más allá de lo obvio. Tomemos ahora ciertos vocablos que se utilizan en la novela para ver la fuerte incidencia que tiene su elección dentro de la trama. Elección no casual ni ingenua, como venimos repitiendo.

Rabbuni es una palabra que viene del hebreo “rabbi”, que quiere decir maestro, y de “rab”, que significa “magnífico, destacado”. Entendiendo por tal a una persona que ha estudiado la ley judía y es considerado un erudito cualificado para interpretarla (Vila Escuin, 1985: 989). La denominación de Jesús implica entonces no sólo que es un educador en la fe sino que es un ser diferente de los otros. Aplicado a la figura del Mesías dice no sólo de su erudición sino del peso de su persona: es un guía, un referente.

Con Nasraya sucede algo diferente. Se plantea a partir de ella la comprobación de la vinculación que promueve Estanislao entre Jesús y los esenios. Ese vocablo alude a alguien nacido en Nazrath, es decir, Nazaret (Vila Escuin, 1985: 803). Pero hay un detalle: “[...] esa ciudad no figura una sola vez en todo el Antiguo Testamento: Nazaret es una ciudad de los Evangelios, una referencia tardía y exclusivamente cristiana” (2011: 129) lo que significaría tener un “documento cristiano escrito en lengua bíblica, un texto *arameo* acaso contemporáneo del original perdido de Marcos, anterior a Mateo, anterior a Lucas, anterior al Evangelio griego que se atribuye a Juan” (2011: 129). Esa es una de las bases con las que cuenta Stan para sostener sus relaciones. Una alusión que aparece tardíamente en los Evangelios, plasmada en arameo antiguo en un fragmento, es una gran prueba. Además esto le permite justificar que “si *nasraya* quería decir nazareno, el *rabunni* no podía ser otro que Jesús” (2011: 130). La relación Jesús-esenios se perfila desde este punto mucho más sólida. Y la etimología colabora en desentrañar las vinculaciones.

Con la designación de “Carioth”, en alusión a Judas, encontramos otra postulación controvertida. Nos dice Van Hutten que “Iscariote no quería decir “de Carioth”, o nacido en Carioth, sino Sicario, es decir, hombre armado con una sica: zelote” (2011: 180). Aquí tenemos otra justificación desde la etimología queda definido como quien asesina con una sica, que en latín significa “puñal”. Ahora bien, el arqueólogo usa esta acepción porque le sirve para solventar su teoría de un Judas

partícipe del brazo armado de los esenios e incluso dentro del grupo de los seguidores de Jesús. Pero también podemos considerar en esta designación, sobre todo pensando en su uso en la Biblia, como un agregado posterior. Si Judas dejó que mataran a Jesús, si lo vendió y lo entregó, entonces es también, aunque no material, autor del asesinato. Y esto podría sostener la designación, presentándolo como asesino, como el traidor que se propone que es⁴⁶.

En este punto podemos detenernos un instante para reflexionar cómo el lenguaje y las palabras funcionan como orientadoras para permitir que se produzca la experiencia de interpretación y comprensión. Es en el lenguaje donde se da la síntesis entre la realidad personal, la experiencia del mundo y la conciencia histórica.

Hay dos cuestiones más que nos interesa destacar, aunque sea en parte, dentro de este apartado y tienen que ver con las relaciones intertextuales y los nombres propios de los personajes.

Como una alusión directa (con una palabra, explicitada en forma de cita) o velada, (de manera metatextual) el lenguaje nos permite llevar las inferencias y las relaciones mucho más allá de él mismo, estando atentos a las conexiones.

En cuanto a los personajes encontramos designaciones que encadenan con el misterio que los rodea. El narrador no tiene nombre, nunca lo sabremos y su anonimato marca su carácter e intenciones para con la historia.

Estanislao corresponde a un nombre eslavo, de origen polaco que significa “gloria y honor de su grupo”. Con raíz en la denominación “slav” que significa fama, gloria, honor. Sería el que tiende a “levantar gloria” (Tibón, 2005: 91). En relación directa a esta raíz, está el nombre del taxista Vladslac, similar a Vladislav, que surge también de la misma raíz y quiere decir “maestro, gloria del maestro” y de “Vladi” que significa “Señor” (Tibón, 2005: 242). Aquí tenemos entonces quien ha de ser el maestro, encarnado en Van Hutten y quien será la gloria del maestro. Podemos pensar esto como anticipación del final. Hubo dos batallas personales: la de Estanislao por dar a conocer

⁴⁶Régis Burnet en *El Evangelio de la traición* (2008) dice a propósito del nombre Judas: “[...] era uno de los más comunes en la Palestina del siglo I [...] sólo en el Evangelio, este nombre designa a siete personajes diferentes” (2008: 26). Sobre el apodo dirá que “Como Judas era un nombre de pila común, resultaba natural identificar a la persona mediante una información complementaria” (2008: 27). Se postula en esta obra que pueden ser tres las explicaciones al porqué de tal apodo en la figura bíblica: una explicación narrativa, aludiendo a la futura traición en tanto que “en arameo, *scheqar* significa “engañar”: Judas sería de tal modo el mentiroso, el ambustero, el traidor” o también relacionado a “*iscara*, “estrangulación”, o iscortia, “cinturón de piel”, que designan el final de Judas” o asociado por último al “hebreo *sagar/sakar*, que tiene sentido de “entregar””; una explicación política que es la relacionada al vocablo “sica”, tal como expone Van Hutten; y una explicación geográfica al decir que “el nombre provendría de la ciudad de Queriyot (o Karioth), presente en el Antiguo Testamento” (2008: 29)

otra verdad sobre Jesús y la de Vladslac contra el régimen nazi. Dos hombres orientados a una pelea pero de la que sólo uno sale ganando: Vladslac es quien gana su “guerra”, transformándose en la gloria del maestro, en el orgullo de quien fuera su salvador y amigo. Tenemos así dos personajes que buscan, a través de su peregrinaje, tal vez, recuperar la gloria perdida desde su misma designación.

El dr. Golo se llama Lev. Este nombre, también eslavo, significa “león” (Tibón, 2005: 147) y en hebreo, “corazón”. Es sin duda el personaje sensible y que con más facilidad pareciera proyectar una sensación de preocupación por el narrador. Es quien de a poco lo introduce, lo guía, le traduce incluso las intrigas de Stan. Tiene la fiereza de su nombre y la parte más comprensiva que Van Hutten al menos pareciera no querer mostrar.

Las dos mujeres tienen nombres sumamente sugestivos. Christiane sin lugar a dudas es la representación del raro espíritu cristiano de Van Hutten. Es de origen latino y significa “la ungida, la seguida de Cristo” (Tibón, 2005: 68). Encarna la proyección del anciano en su deseo de que sea ella también la depositaria de los secretos en torno a esta figura carismática a la que remite su nombre. La esposa del arqueólogo tiene su denominación a través de Hannah, un nombre de origen hebreo. Significa “piadosa, benéfica, misericordiosa, bendecida por Dios” y es una variante de Ana (Tibón, 2005: 27). Son ambas, sus compañeras, seguidoras, y fieles resguardadoras de su integridad.

Los intertextos son importantes también, como destacamos anteriormente. Los hay actuales y que están simplemente nombrados como el Wall Street Journal o el Times, que aportan veracidad a las noticias que se plantean como allí publicadas. Se toman como fuente veraz de información y distinguido prestigio. Son además fuentes fehacientes en la vida extratextual de las polémicas en torno a los rollos. Las cuestiones que se refieren en la novela en relación al tema, son reales.

Hay también citas textuales puntuales de obras tales como *Un Yanqui de Connecticut en la corte del Rey Arturo*, de Mark Twain que sirve de apoyo para la manera en que es visto el poder eclesiástico y su control sobre los aspectos que citamos al hablar de Piñero⁴⁷; Tomas De Quincey es aludido para fundamentar la oposición a la idea canónica del Judas traidor en un pequeño rescate de sus palabras; en los epígrafes se cita a Edmund Wilson y un fragmento de su libro *Los rollos del Mar Muerto*, como a

⁴⁷. Los tres controles eran: intelectual, sobre las fuentes de conocimiento e información y su administración e interpretación exclusiva; el mando físico, estableciendo la estructura jerárquica eclesiástica y sobre lo económico.

San Agustín y su proclama *Contra la Epístola llamada “del Fundamento”*. Wilson para vincular a Van Hutten con las excavaciones -incluso mencionando una supuesta amistad de este estudiosos con Estanislao-. Y San Agustín para justificar la postura del anciano con respecto a la imposición de los textos establecidos dentro del canon eclesiástico que deben pensarse como valederos y confiables.

Hay así también alusiones a libros y autores conocidos que son simplemente mencionados o pensados dentro de las elucubraciones de los personajes, pero que aportan cada uno una veta interesante. Están los textos antiguos como *La Ilíada*, el *Beowulf* y la *Epopeya de Gilgamesh* que entroncan a la temática con los textos fundantes de la literatura (griega, alemana, sumeria). Los hay clásicos y reconocidos, como esos y muchos más; los hay ficcionales, como el propio libro *Das Esenien* de Van Hutten, la epístola, el diario de Qumrán, el cuaderno de Christiane; pero cada uno aporta con su aparición una cuota de sentido al momento en que se presentan. La función de estos textos es colaborar a ramificar las relaciones ocultas, permitir conexiones veladas entre lo que se explicita y lo que se sugiere. Hacer aparecer en la obra textos reconocidos y vincularlos con el mismo narrador permite inferir relaciones y guiar la lectura.

Hay más referencias⁴⁸ pero consideramos que las que hemos presentado son las fundamentales, las que nos permiten presentar brevemente la importancia de la intertextualidad para sostener ideas nuevas y para proponerlas a la luz de la tradición en que se deben insertar. Traer a colación textos y referencias categorizantes y legitimantes es parte del recupero del pasado afianzado en la memoria general. Sirve de anclaje seguro para acercarse a las nuevas propuestas del hoy.

Postulamos entonces la importancia de la selección de las palabras y la reforzamos ahora con el peso puesto por la intertextualidad. El trabajo con los textos y el uso de ellos para sostener posturas es una eficaz herramienta para lograr diversos fines. Hasta aquí vimos que tanto Van Hutten como el narrador usan estos recursos para sostener sus elecciones y direccionar la comprensión del otro con que interactúan. Sustentan su discurso en los anteriores y aquellos que permiten presentar coherentemente sus intelecciones.

⁴⁸. Se hace referencia también a autores y obras, algunos con citas y explicaciones y otros simplemente mencionados (autor u obra por separado): Salomon Reinach, André Dupont Sommer, Heinrich Schliemann, Filón de Alejandría, Immanuel Kant, León Bloy, Flavio Josefo y *Las guerras de los judíos*, Friedrich Nietzsche y *Also Sprach Zarathustra*, Honoré de Balzac y *La piel de Zapa*, Blaise Pascal y *Las Provinciales*, *La Canción de las huestes de Igor*, los *Salmos*, los *Evangelios* canónicos y el *Apócrifo de Juan*, los *Rollos del Mar Muerto*.

Campa dice que “La escritura denota la base ideológica de la comunidad que la crea y la adopta y se mantiene ligada, por así decirlo, a la suerte de cuantos la hacen funcional al logro de objetivos comunitarios” (1989: 134). En este caso tanto Estanislao como el narrador hacen funcionar sus propias palabras entre medio de textos que seleccionan para transmitir un mensaje efectivo y renovador o al menos incitar a la reflexión.

Revoluciones

Hay en la obra otro aspecto que es interesante y se trata de la idea de revolución. Hemos avanzado en los hechos y en las acciones de los personajes para llegar al punto en que podemos comenzar a ver las intenciones y alguna consecuencia de todo ese trayecto.

Podemos ver tres vertientes en referencia a “lo revolucionario”: primero la revolución en tanto mensaje de Jesús, luego la revolución de Van Hutten a nivel de sus descubrimientos y planteos y finalmente un tipo de revolución especial en el propio narrador.

La primera idea esta vinculada a la proclama de Jesús. Desde la mirada del Evangelio de Lucas vemos a un Mesías que ha venido a incendiar el mundo, enfrentar a los hermanos, combatir. Con el material que nos ha dejado conocer el narrador y los textos canónicos, podemos armar una imagen de Jesús que dista de la tradicional. Vinculado a una secta disidente con un brazo armado, confrontando las opresiones y proponiendo el enfrentamiento armado de ser necesario. El Maestro es quien incita a la unión, pero debe ser también una unión justa, una comunión de iguales, tendiente a la paz y la fraternidad.

La realidad que vivía Jesús no mostraba un estado armonioso, por lo que se desgaja -en la visión de Estanislao- una especie de “letra chica” del contrato con Dios. Nos encontramos con la idea de que hay que unificar, pero sin dejarse pisar. La propuesta de Jesús que nos muestran las lecturas del arqueólogo no pierden la eficacia ni la fuerza inicial sino que adquieren un matiz más “realista”. En un contexto de suma opresión y malestar en el pueblo judío el mensaje no deja de ser hermanador, pero no ignora la situación y propone reacción. Las mejillas se acaban cuando se es maltratado por siglos. Jesús propone una revolución en los corazones y en las conciencias. Si somos hermanos y merecemos la igualdad, luchemos por ella entonces.

Van Hutten, por su parte, al asociar semejantes ideas a la figura tradicionalmente pacifista de Jesús nos hace una invitación a mirar diferente. Propone en los cerrados círculos académicos vinculaciones enojosas e incómodas que sin duda representan un acto de arrojo y convicción. Su revolución se presenta a un nivel institucional, digamos. Discute y pelea con los que sea necesario para sostener sus ideas,

intentando dejar a su modo, también, un mensaje.

—Jesús era como ustedes y como yo. Tenía huellas digitales y cuando caminaba dejaba la marca de su pie en la tierra. Hablaba y lo oían. Necesitaba respirar. Necesitaba comer. Necesitaba dormir. Se reía. Podía hacer el amor con una mujer: tal vez hasta lo hizo. De su espalda brotaba sangre cuando lo torturaron, no metáforas o parábolas (2011: 96).

En este caso su aporte se vincula no a una verdad reveladora, sino a mostrarnos que lo único que se necesita es saber leerla⁴⁹; la verdad está, no hace falta descubrirla sino que hay que permitirse encontrarla en los escritos. Nos dice que el Jesús de los textos es eso, un hombre, un ser que ha venido a *hacer* y no sólo a decir. Porque “Dios [...] no necesita de nuestras mentiras” (2011: 29) y por eso es que se precisa una lectura atenta. En Campa encontramos una propuesta que clarifica estas ideas:

La escritura es un instrumento de conocimiento y de comunicación como todas las otras formas asociativas: asume connotaciones elitistas y democráticas según que los usuarios sean grupos delegados más o menos legítimamente para realizar actividad cognoscitiva o sea toda la comunidad en su conjunto. La lengua es siempre un fenómeno comunitario, como la escritura, pero ambas subyacen a la influencia determinante del poder tutorio (1989: 134).

Estanislao quiere convertir en “apóstol” al narrador, quiere hacer de él otro paladín de este tiempo. El anciano no tuvo la entereza o el coraje suficiente para mostrar al mundo sus descubrimientos, pero ahora puede contar su historia y proponer una continuación; procurando una acción al narrador. Un arqueólogo octogenario es quien empuja a un cincuentón desencantado a continuar su tarea. Quizás no espere de él un acto revolucionario en la plenitud de la palabra. Es consciente de las limitaciones de su interlocutor y del carácter desentendido que ha elegido para transitar sus días. Sin embargo, le confiere parte de su expectativa y fuerza renovadora, al menos en el acto mismo de revelar los secretos. A su vez el profesor sin cátedra aceptará parte del contrato y al menos, se arriesgará a hacer un desganado y poco comprometedor reflejo de lo que conoció en La Cumbrecita.

Si nos referimos por último al bonaerense, este por su parte se encuentra en medio de un descubrimiento increíble, relatos cuasi fantásticos y la incertidumbre existencial más profunda. Nos aventuramos a decir que él también tiene su revolución. Pero ésta es menos reveladora, subversiva y escandalosa que las otras dos. Es interior.

⁴⁹. Reflexiona Van Hutten: “¿quiere que le confiese una cosa?, muchas veces he pensado que para cambiar el mundo no hacía falta encontrar nada. Bastaba con lo ya escrito en los libros que nos han llegado. Sólo había que saber leerlos” (2011: 209).

Es un movimiento personal que lo lleva de a poco a los límites de sus propias certezas. Podemos confirmar que ha entrado en una lucha interna. Una confrontación entre saberes olvidados, datos que se dan a conocer veladamente y la necesidad desesperada, dicha a gritos sordos, de confiar en algo, en alguien, en lo más parecido posible a un Dios.

Las revoluciones se presentan en la obra entonces como los factores movilizantes de la historia. Proponer algo divergente es enfrentar con coraje la respuesta del que ve desde la otra orilla. En la historia de las religiones, de los pueblos, de los movimientos políticos, cuando nos referimos a revoluciones, siempre estamos ante cambios sociales e individuales que reestructuran la relación con el poder y la organización de la vida general. Desde las propuestas marxistas, socialistas, a las proclamas de Jesús, la impronta revolucionaria marca y modula el modo de relación del hombre con el entorno. Leemos y comprendemos los movimientos reformadores a la luz de las expectativas del momento en que interpretamos, pero también a la luz de las certezas que hemos construido con nuestro saber y las enseñanzas acumuladas en el paso del tiempo. Permitirse vincular política y religión es una de las maniobras de Estanislao para acercarnos a la comprensión de la magnitud de la historia, a la complejidad de las relaciones entre acción y escritura, entre ideas y deseos, entre fines y motivaciones.

La fe

Para explorar la última cuestión que nos motiva en el análisis abordaremos la vuelta o aparición de la fe. Como acto voluntario de confianza, se define por la aceptación de la palabra o acción de un otro, en la convicción de que encierra una verdad o certeza.

El arqueólogo se propone “devolverle la fe”, en algo, “cualquier fe” (2011: 89) al narrador y lo logra.

Se muestran a cada paso las negaciones, la duda, la falta de certezas y convicciones del narrador en torno al asunto. Por otro lado se interesa, conoce, pregunta. Está buscando y siendo buscado. Van Hutten lo necesita y se presenta a él como quien necesita un continuador de su historia. Siente que quizá sea ese profesor sin cátedra quien revele la cuestión a más personas. Por otro lado, el mismo narrador es una especie de huérfano, un ser que ha transitado una significativa parte de su vida sin firmeza.

—Tengo entendido que usted es ateo —dijo Van Hutten.

Dije que no sabía. Agregué que, acaso, el término exacto era agnóstico.

Van Hutten asintió, moviendo la cabeza.

—Por eso razona como los curas. No cree una sola palabra de lo que dice pero encuentra argumentos teológicos para quedar bien con Dios (2011: 96).

Se ha encontrado con Estanislao porque lo necesitaba. Necesitaba cimientos, para seguir y quizás para poder volver: a su vida, a su casa, a su interior, a confiar en sí mismo. Creer no es la solución a nada, es simplemente una sensación de confort que estaba necesitando desde hacía mucho tiempo. Cederle un poco de confianza a las palabras de Van Hutten no le viene mal en ese momento. Su esposa, sus años de juventud, no volverán porque decida confiar, pero lo profundo necesita respuestas y descanso. Se ha pasado la vida dudando, a la expectativa de una respuesta primero y arrojado a la desazón de no encontrarlas después.

El narrador no sabe lo que es. Considera que no es ateo, sino agnóstico como mejor definición. Pero tampoco es seguro. No sabe qué ni quién es.

En Van Hutten se ve, por oposición, que “su fe no admitía argumentaciones ni requería pruebas, ni siquiera podía ser llamada fe” (2011: 140). El narrador nos dice que “lo que el arqueólogo, a desgano y como si evitara pronunciar su nombre,

llamaba Dios, no encajaba en ninguna de las nociones que un hombre como [él] pudiera hacerse de la palabra Dios” (2011: 140). Y allí hay otro punto de diferencia: la concepción de qué es Dios y cuál es la razón de la fe. El anciano no duda de la existencia, no necesita pruebas, lo siente y eso es suficiente, como con la autenticidad del fragmento esenio. En cambio el narrador está ante la encrucijada de sentirse ajeno a ese sentimiento de pertenencia. Para Estanislao él es parte tanto de la naturaleza como de Jesús, de la humanidad, de la creación; es parte del mensaje, consecuencia de la divinidad e hijo también de Dios. El narrador es insensible inicialmente a esa realidad, no la siente ni la percibe como una parte de sí mismo. Es lo otro, lo externo, lo que no puede asimilar y que no lo incluye.

Sin embargo, Estanislao dirá:

*—La creación no es prueba de nada -dijo con inesperada violencia Van Hutten-. Dios no necesita pruebas, necesita fe. Cualquier estudiante de física, cualquier biólogo de pueblo, puede justificar la existencia del universo entero sin necesidad de Dios. Cállense, ya estoy cansado de interrupciones. Pero el hombre sí precisa pruebas. Y si como usted dice, aunque sin creerlo, Dios se encarnó en un hombre, también aceptó todas las limitaciones humanas. El hijo de Dios comía y cagaba, señor. Jesús...
—¡Estanislao! —dijo el doctor Golo (2011: 96).*

Y esta es una de las cosas que quizá podemos ver en la actitud de Van Hutten que le gusta al narrador. Decidirse es difícil para el incrédulo bonaerense, pero Stan le permite acercarse a la historia alternativa desde un lugar que no lo compromete. Al decirle por ejemplo, que a Dios no le va a pasar nada si él no cree, permite relajar la necesidad de dar explicaciones y justificar sus incertidumbres. Van Hutten lo quiere de su lado, pero no le exige que modifique su perspectiva, sino que lo disuade a que se relaje, a que se permita ver el otro lado de la moneda y elabore poco a poco un horizonte renovado. No se le exige conversión ni aceptación de doctrina ni alteración de su existencia. Se lo impele al movimiento desde la persuasión y la presentación de la mayor cantidad posible de “pruebas” y justificaciones.

La posibilidad y hasta la necesidad de otorgar confianza a un relato, está presente en el narrador como deseo inconfesado. Consideramos que en esta instancia podemos ver cómo se retoma el “creer” de la primera parte de nuestro planteo. Hay un vacío que es llenado progresivamente a través del tiempo que comparte en las sierras cordobesas con múltiples personajes y con los textos que

recupera en su memoria, relee y descubre en *La Cumbrecita*. Llegamos al momento en que lo que se ha adquirido como conocimiento nuevo ya se asimiló, se le dio un espacio nuevo en el horizonte que ha construido y queda el creer.

Así como la cuestión de la aceptación de la traducción de Van Hutten implica la cuestión de creer, la propia percepción del narrador se enfrenta a la necesidad de confirmar que sus percepciones modificadas son efectivamente la herramienta que necesitaba para avanzar.

Hay un adversario, nombrado por Estanislao, que siempre está presente y que hace las veces de motor incluso en las investigaciones del arqueólogo. Hay una fuerza que se opone a la confianza en un Dios, a la confianza en el anciano, a la confianza misma en el hombre y su destino. Sin embargo, allí es donde se pone a actuar la fe, la confianza en algo o alguien: en la seguridad de que no siempre se trata de que podremos ver las cosas claras y sin complicaciones, sino al contrario. Buscar y descubrir (la historia, nuestro interior, el mundo que nos rodea) son parte de la tarea de quien desea avanzar y de quien elige decidir y hacer para ser.

La momentánea alusión al famoso episodio de la manzana de Newton y la vinculación de esta fruta con el Paraíso que perdimos (2011: 134) nos enfrenta a lo que venimos diciendo. Conocer implica investigar y permitirse a veces sobrepasar límites impuestos. El tema del saber está latente en la obra como muestra de la necesidad de este factor para el mejoramiento de nuestra conciencia como criaturas existentes, actuantes y modificadoras de nuestro propio destino y del de las demás personas. El conocimiento nos hace responsables de él. Nadie está ajeno a las consecuencias que implica conocer y la responsabilidad que conlleva hacer uso de esa facultad para el mejoramiento y avance general. El mentado cruce y/o choque entre Biblia y ciencia está plasmado y tiene sin dudas grandes implicancias en la obra.

Conocer y creer son dos factores que comprometen las elecciones y la responsabilidad para con las decisiones del ser humano. En la novela se perfilan como los grandes pilares del accionar de los personajes y vemos que se hacen factores decisivos para poder acercarse el narrador a la serenidad que buscó durante mucho tiempo y que encontró a través de las movilizantes vacaciones en Córdoba.

CONCLUSIONES

En este apartado final ha llegado el momento de hacer la revisión general de lo que hemos presentado hasta el momento, retomar y reafirmar convicciones ya explicitadas y también amalgamar los resultados de esas percepciones fragmentarias. Estableceremos ahora, en un conjunto de ideas claras y precisas los fundamentos finales que articulan nuestras elucubraciones y acomodarán nuestras palabras anteriores.

Los ámbitos por los que avanzó nuestro análisis han sido amplios pero sin embargo nos permitirán ahora ver cómo se entrelazan para dar forma a nuestro planteo inicial. Como dijimos, el narrador transita los días de vacaciones en Córdoba entre paisajes, personajes e historias. Reacomoda sus percepciones y habilita nuevos espacios para comprender lo que lo rodea. Revisa sus ideas y transforma su horizonte de comprensión para captar de modo distinto su entorno y relación con este.

Además de la explicitada modificación del horizonte del narrador y de la innegable fuerza impresa en el transcurso de la obra del diálogo, podemos ver funcionando la trama sociocultural que engloba los cambios. Las charlas y debates que se suceden en La Cumbrecita entre los personajes modifican el rumbo de la lectura y la percepción de lo que se cuenta. Se trabaja con lo explicitado y lo velado, con las reconstrucciones y reinterpretaciones, constantemente. El marco en que se insertan los relatos corresponde a diferentes décadas, de los cuarenta para las excavaciones en Qumrán, de los sesenta y setenta para las controversias con la academia y las lecturas relacionadas del narrador, de los ochenta para el encuentro con Van Hutten en Córdoba, en los noventa para la escritura final de todas estas historias juntas. Enmarcar estos sucesos en un sólo contexto es imposible.

Cada etapa se corresponde con un estado social mundial, con un estado de la ciencia, con un estado de la cultura, que nos permite ver el modo en que funcionan cada una de las ideas y sucesos relatados para cada época dentro de la realidad global. Los descubrimientos arqueológicos están en los años cuarenta en un entorno crítico, de una medianamente reciente posguerra y de un constante desequilibrio en medio oriente. Hay instituciones con fuerza y poder de decisión como la iglesia y los estados nacionales que imprimen sus valores y medidas a los descubrimientos. Estudiosos que dependen de jerarquías, que responden a gobiernos u organizaciones y se acomodan a lo que les

dictan, es la regla general. Van Hutten acepta en parte estas cuestiones. Se adapta hasta el punto crítico en que seguir las reglas invalidaría sus deseos de ir mas allá. Con el paso del tiempo sus descubrimientos e interpretaciones irán corriéndose cada vez más y terminará por cerrarse, por meterse en su mundo y restringir su vida y percepciones a su círculo íntimo.

El narrador transita un mundo diferente. Parte del ámbito académico como Van Hutten, pero asume una postura distinta. Van Hutten lucha contra la imposición. El narrador se deja “vencer” por el sistema, se deja acorralar y en vez de reaccionar, se desencanta. El profesor sin cátedra se forma en una etapa en que el mundo era una revolución, donde podría haber germinado una actitud diferente para con el mundo en su interior. Cada contexto condiciona a los personajes y les imprime las características que hemos visto.

No se trata en esta obra sólo del tránsito de los personajes dentro de un mundo cambiante y que exige renovación y readaptación constantemente a nuevas pautas, sino también de un ambiente donde el tránsito de los personajes se da atravesado por órdenes disímiles que conviven. El cruce y la conexión innegable entre la ciencia, la religión y el poder/autoridad es una clave importantísima para comprender el porqué del ser de los personajes.

Afortunadamente el diálogo que hemos postulado como factor actuante en la novela, es quien permite acercar las diferencias. En el deambular y consensuar constante de los personajes se articulan las perspectivas, se revisa lo viejo, se pone a funcionar un nuevo mecanismo de adaptación de los cánones a la luz de la contemporaneidad. Hablar con los demás, con los textos, con la historia, a través de diferentes soportes, hace de este recorrido textual, un camino de reconstrucción.

La conjunción de saber, conocimiento, creencias, fe, ciencia, religión y poder son el sustento de este relato. La mezcla resulta en la ordenación de estos elementos para permitir la conexión y no la fusión. Desde el mismo acto de contar se perfila la necesidad de dar a conocer la historia (la de Van Hutten, la de los rollos, la del narrador mismo), de compartir saberes, de encontrar respuestas y contemplar la realidad como un gran conjunto de opuestos y complementarios. Desde la actitud de compartir a través de la escritura las sensaciones y descubrimientos (científicos o personales) está la muestra de que es el diálogo lo que permite la comunión de los elementos de la novela. Diálogo

que no se restringe a la comunicación verbal entre los personajes, sino que se ramifica en los textos, en las relecturas, en las comparaciones que exige la historia canónica con la de Van Hutten, la reinterpretación personal de lo oído y visto por el narrador, entre otros. Conexiones que tienen que ver con hacer dialogar al pasado con el presente, a los libros con los hechos, a los creyentes con los indecisos.

Tal como lo planteamos en un comienzo, la conversión, el pasaje, la reubicación del narrador en su entorno, es efectivizada. El epílogo nos cuenta que ha regresado a La Cumbrecita tres veces, ya no encuentra a “sus personajes” pero recorre el pueblo, sigue la búsqueda que tanto niega, hasta el último momento de su relato.

Ya en Buenos Aires, rememorando esas visitas y cerrando sus propias conclusiones, dice al contemplar la casita del tiempo que le regaló Vladslac en esas vacaciones de 1983: “Siempre he sentido que esos dos son como un símbolo de algo secreto que me atañe. Pero sé que exagero y les atribuyo a los azares y destiempos de mi vida una excepcionalidad que no tienen” (2011: 220). Y agregará que “Tampoco el doctor Golo pudo encontrarse con Hannah, ni el arqueólogo con la verdad que buscaba, o cuando por fin dio con ella ya no supo para qué le servía” (2011: 220).

Él es parte de ese panorama que describe. Siente que no es correcto hacer de percepciones, una historia efectiva. Ni siquiera la suya merece ser tenida en cuenta, parece decirnos. Nuestro narrador es también alguien que ha encontrado las respuestas a sus dudas, nos lo está diciendo, pero finalmente hace algo con ellas al plasmar sus vivencias e impresiones en un relato de sus días en La Cumbrecita.

Encontró en el arqueólogo y su entorno cercano, más de una respuesta a cosas que ni siquiera se había tomado el trabajo de replantearse antes de conocerlos. Descubrió la posibilidad de ver desde otro lado la historia y los textos. Nuevamente esta ante el mismo cierre de Van Hutten, o similar acaso: ha encontrado algo para decir pero no sabe en principio qué postura tomar para contarlo. Finalmente ha decidido relatarlo y es lo que nosotros leemos. Nos ha dejado entrar incluso en su propia vida (todo a regañadientes, siempre medido y restringido) y sin quererlo quizás descubrir sus sensaciones y pensamientos.

Todo el tramo final está impregnado de una gran carga existencialista. En la descripción final de la casa del tiempo, esta se transforma en la manera de exteriorizar

sus sensaciones y traspolarlas a seres inanimados sus sensaciones y deseos de unión. Unión con las mujeres, con la vida, hasta con la fe.

Para retomar de manera precisa los ejes por los que navegó nuestro trabajo los exponemos ahora de manera sintética. Los agrupamos en tríadas que responden a la manera en que vinculamos cada tema en nuestro análisis:

- Existencia / Existencialismo / Filosofía: se constituye la existencia, para el narrador de esta novela, en una búsqueda del sentido a la permanencia y en una reflexión en torno a los fines del ser humano. En Castillo como autor y en *El Evangelio según Van Hutten* se percibe como una herramienta fundamental la visión existencialista sartreana. En esta obra como en gran parte de su producción se retoman los postulados en torno al ser y los fines de este y se hacen confluír con la reflexión derivada de otros campos del saber, pero estableciendo a la reflexión filosófica como uno de los complementos necesarios para comprender la vida y las relaciones (Hombre-Hombre y Hombre-Dios) y actuar responsablemente en consecuencia.

- Creencia / Religión / Textos: se articulan a partir de la necesidad del narrador de efectivizar la ampliación de su horizonte. El soporte escrito se transforma en una de las herramientas con las que cuenta, además de la oralidad, para revisar los dogmas y doctrinas católicas. Los textos vinculan espacios, saberes e ideas y llenan los espacios vacíos de saberes y certezas en el narrador.

- Conocimiento / Instituciones / Poder: estos puntos son clave ya que articulados, establecen las limitaciones a las que se enfrenta Van Hutten y el narrador. Al circunscribir al saber a determinados preceptos y reglas, la percepción se restringe, la mirada se achica y el ámbito de visión se ve coartado por los deseos de quienes, como detentores del poder, fijan la norma. El poder en todas sus formas (eclesiástico, militar, gubernamental, institucional) actúa como condicionante y opresor.

- Historia / Literatura / Intelectual: el acceso de quien lee y escribe a los hechos está determinado por la perspectiva en que se posiciona como receptor de la información y en la forma en que quien le cuenta, elige hacerlo. El modo de narrar implica una selección, no arbitraria y condicionante. El acceso a las historias, así en plural, que tiene el narrador derivan de su posición dentro del ámbito académico e intelectual y este mismo aspecto es el que condiciona también la comprensión que tiene de ello.

- Horizonte / Diálogo / Polifonía: fueron estos los tres elementos teóricos con los que trabajamos para mostrar que para comprender lo nuevo es necesario correrse del cómodo lugar conocido e incorporar, junto a la tradición, los datos que llegan desde el hoy. Como cada texto contiene no sólo las voces de los personajes y la impronta del autor sino una amalgama de discursos, enunciados y textos anteriores, es una polifonía la que actúa en el texto y es ella la que permite el dialogismo (donde la intertextualidad tiene un papel destacado). Transitar el horizonte del presente actualizando el pasado se transforma en la tarea del narrador, mientras para lograrlo, camina, comparte, conversa y deja ingresar las variadas propuestas que se le presentan en el trayecto.

- Escritura/s / Castillo / Novela: este último ítem vinculante nos permite cerrar la idea de conexión que propusimos antes, en un ámbito más general que engloba a los elementos anteriores en tanto están presentes en la obra. El ejercicio de la escritura se transforma para el autor de *El Evangelio según Van Hutten* en el instrumento primordial para conjugar sus visiones y posturas acerca de lo que lo rodea. El vehículo de sus ideales (políticos, religiosos, sociales) son sus obras y en ellas están sus lecturas, su relecturas y sus reescrituras. Así también vemos funcionando en esta novela, las líneas centrales de la poética de Castillo, que confluyen aquí pero están presentes en sus anteriores novelas, en las obras de teatro que mencionamos y alguna otra y en sus cuentos. Y es por eso es que pudimos ver elementos recurrentes y confirmar la coherencia en los planteos que el autor establece a lo largo de toda su producción.

Los elementos expuestos son los que estructuraron nuestra mirada sobre la novela y los que nos habilitan ahora a decir finalmente que la constatación del cambio en el personaje fue un recorrido validado mediante el cotejo de todas esas variables. Cada una de ellas funcionó en relación a la otra, en una red de relaciones que captamos sólo en parte, ya que las asociaciones y los análisis podrían haber derivado en muchísimas áreas y páginas más. Pero es por eso justamente que consideramos que este tránsito nos deja con la certeza de que buscamos lo que necesitábamos para dar respuesta a nuestras dudas iniciales y captar lo más profundamente posible las implicancias de los detalles de la novela.

Hemos transitado las páginas descubriendo no sólo a los personajes sino también a los ideales que los sustentan. Nos acercamos a sus vaivenes y vivencias y podemos decir ahora que avanzamos, junto con ellos, en la trama y en las implicancias de sus

acciones. Elegimos una postura de lectura, elegimos un horizonte de comprensión y una manera de acercarnos al inmenso universo textual y extratextual que implica la obra.

Nos quedamos con la seguridad de habernos acercado un poco más a entenderlos y entendernos, porque de eso se trata: de amalgamar y sumar, de comprender y avanzar.

BIBLIOGRAFÍA

- **ABBAGNANO, Nicolás** (1996). *Historia de la filosofía, Volumen IV*. Hora SA, España.
- **BAJTÍN, Mijail** (1999). *Estética de la creación verbal*. Siglo XXI Editores SA, México.
- **BRACAMONTE, Jorge** (2007). *Los códigos de la transgresión: lengua literaria, lengua política y escritura contemporánea en la narrativa Argentina*. Universitas, Córdoba.
- **BURNET, Régis** (2011). *El evangelio de la traición. Una biografía de Judas*. Edhasa, Buenos Aires.
- **CAMPA, Riccardo** (1989). *La escritura y la etimología del mundo*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- **CASTILLO, Abelardo** (2011). *El Evangelio según Van Hutten*. Seix Barral, Buenos Aires.
- ----- (1997). *Teatro Completo*. Emecé Editores SA, Buenos Aires.
- ----- (2011) *El otro Judas, El señor Brecht en el Salón Dorado, Salomé*. Seix Barral, Buenos Aires.
- ----- (2010). *Ser escritor*. Seix Barral, Buenos Aires.
- **COLAUTTI, Sergio** (1992). *Apuntes sobre la narrativa argentina actual*. IDAC Ediciones, Río Tercero, Córdoba.
- **COLLA, Fernando** (2010). *Escribas, Monjes, filólogos, ordenadores... La preservación de la memoria escrita en Occidente*. Alción, Córdoba.
- **DANIELOU, Jean** (1962). *Ensayo sobre Filón de Alejandría*. Taurus Ediciones, Madrid.
- **DULITZKY, Jorge** (2007). *Los rollos del mar muerto y las raíces secretas del cristianismo*. Biblos, Buenos Aires.
- **El libro del Pueblo de Dios. La Biblia** (1993). Ediciones Paulinas, Madrid - Buenos Aires.
- **FARRÉ, Luis** (Traductor). *Obras Completas de Flavio Josefo*. Acervo Cultural Ediciones, Buenos Aires, 1961.
- **FATONE, Vicente** (2009). *Mística y Religión*. La cuarenta Libros - UNC, Córdoba.

- ----- (1957) *Introducción al existencialismo*. Columba, Buenos Aires.
- ----- (1948). *El existencialismo y la libertad creadora*. Argos, Buenos Aires.
- **FERRATER MORA, José** (1941 y 1969). *Diccionario de Filosofía*. Atlante, México.
- **GADAMER, Hans Georg** (1998). *Verdad y método I y II*. Ediciones Sígueme, Salamanca.
- **GARCÍA MARTÍNEZ, Florentino (2000)**. *The Dead Sea Scrolls Study Edition, Volumen I*, Eerdmans Publishing, Estados Unidos.
- **GENETTE, Gerard** (1989). *Palimpsestos*. Taurus, España.
- **GUIGNEBERT, Charles** (2005). *El cristianismo antiguo*. FCE, México.
- **GUZMÁN BALANGUER, Arturo y ZORRILLA ALBORNOZ, Joaquín** (2004). *El código de la Biblia. Los enigmas de las Sagradas Escrituras*. Ediciones Lea S.A., Buenos Aires.
- **HEIDEGGER, Martín** (1951). *El ser y el tiempo*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- **KIERKEGAARD, Søren** (1982). *El concepto de la angustia*. Espasa Calpe S. A., Madrid.
- **KRAMER, Samuel Noah** (1956). *La historia empieza en Sumer*. Editorial Orbis SA, España.
- **LAO TZU** (2007). *Tao Tê Ching. Libro del Camino y de la Virtud*. Gradifco, Buenos Aires.
- **LAPERROUZ, Etienne-Marie** (1964). *Los manuscritos del Mar Muerto*. EUDEBA, Buenos Aires.
- **PÉREZ, Marta Elizabeth y CORREA, Rubén Emilio** (2007). *Materiales de epistemología y metodología de la investigación social. Para la elaboración de informes y diseños de investigación*. Editorial Millor, Salta.
- **SARTRE, Jean Paul** (1949). *El ser y la nada, Volumen IV*. Ibero-Americana, Buenos Aires.
- ----- (1985). *El existencialismo es un humanismo*. Ediciones del 80, Buenos Aires.
- **TIBÓN, Gutierre** (2005). *Diccionario Etimológico Comparado de Nombres Propios de Persona*. Fondo de Cultura Económica, México.

- **VILA, Samuel** y **ESCUAIN, Santiago** (1985). *Nuevo Diccionario Bíblico Ilustrado*. CLIE, Barcelona.
- **WRIGHT, Ernest** (1999). *Arqueología Bíblica*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 2002.

Recursos on-line

- **PIÑERO, Antonio** (2011). “El clamoroso éxito de Pablo” - Conferencia. Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, España, 13 de Octubre.
http://www.youtube.com/watch?v=zMX9crt22Q8&index=4&list=LLkJdZY-xzci_wWdGs-lcgMQ (Consultado el 30 de abril de 2014)
- ----- (2012). “Orígenes del Cristianismo. 22 Tesis” - Conferencia. Sanlúcar de Barrameda, Cádiz, España, 25 de Octubre.
https://www.youtube.com/watch?v=nBIOBh_6__o (Consultado el 30 de abril de 2014)
- **The Digital Sea Scrolls** – Biblioteca virtual que alberga los Rollos del Mar Muerto digitalizados.
<http://dss.collections.imj.org.il/> (Consultados el 19 de mayo de 2013)

Artículos y entrevistas on-line

- **AURORA, Enrique** (2001). “Cruelles, traidores, avergonzados. Una lectura de los cuentos de Abelardo Castillo” en *Especulo. Revista de estudios literarios*, Nº 17. Universidad Complutense de Madrid, España.
<http://www.ucm.es/info/especulo/numero17/cruelles.html> (Consultado 19 de mayo de 2013)
- **BARROS, Raquel** (2008). “Abelardo Castillo: la lección del maestro” en revista *Criterio: actualidad, fe y cultura*, Nº 2338, páginas 311 a 314. Cuba.
http://www.worldcat.org/title/abelardo-castillo-la-leccion-del-maestro/oclc/421466438&referer=brief_results (Consultado el 14 de diciembre de 2012)
- **BILLI, Noelia** (2007). En Revista Instantes y Azares – Escrituras Nietzscheanas, Nº 4-5 (en línea), página 117. Argentina.
<http://www.instantesyazares.com.ar/numero-4-5> (Consultado 19 de mayo de 2013)

- **BONELLS, Jordi** (2009). —*Entretiens avec Abelardo Castillo et Liliana Heker*, entrevista en Revista *Babel* (en línea), Nº 19, páginas 180 a 264. Francia.
<http://babel.revues.org/257> (Consultado el 19 de mayo de 2013)
- Entrevista por Irene Chikiar Bauer: <http://www.youtube.com/watch?v=KNa5-1h0Lp8> (Consultado 15 de abril de 2014)
- **FOFFANI, Enrique** (1999). “Intrigas místicas. Verdades ocultas” en Clarín, 9 de mayo.
<http://www.literatura.org/Castillo/acC2.html> (Consultado 19 de mayo de 2013)
- **GONZÁLEZ, María Claudia** (2007). *El viaje existencialista en la narrativa de Abelardo Castillo*. Ponencia en el Congreso de la Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos. Editorial Servicio de publicaciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, España.
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2492695> (Consultado 19 de mayo de 2013)
- ----- (2010) *Los contrastes de la realidad en el teatro de Abelardo Castillo en Arrabal*, Nº 7-8, Teatro Hispanoamericano, páginas 165 a 170. Ediciones de la Universitat de Lleida, España.
www.raco.cat/index.php/Arrabal/article/download/229336/327875 (Consultado 19 de mayo de 2013)
- **MATAS, Ramiro** (1999). *El Evangelio según Van Hutten*, reseña, en *Guaragua: revista de cultura latinoamericana*, Nº 9, páginas 177 a 180. Asociación Centro de Estudios y Cooperación Para América Latina.
<http://www.jstor.org/stable/25596131> (Consultado el 14 de octubre de 2012)
- Material de la Audiovideoteca de Buenos Aires: <http://www.youtube.com/watch?v=2hLG6CrZ7DM> - http://www.youtube.com/watch?v=ynt_7uiwb7c (Consultados 22 de enero de 2014)
- **NEYRET, Juan Pablo** (2005). "*Sartre 70. Las lecturas de Abelardo Castillo y Fredric Jameson*" trabajo publicado en *Espéculo: Revista de Estudios Literarios*. Universidad Complutense de Madrid, Nº 28.
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1064133> ó
<http://www.ucm.es/info/especulo/numero28/sartre70.html> (Consultados el 19 de mayo de 2013)

- **PIÑA, Cristina** (1982). “La dialéctica entre la vida y la poesía en tres relatos de Abelardo Castillo” en *Cuadernos hispanoamericanos. Revista mensual de Cultura Hispánica*, N° 389. Universidad de Salamanca, España.
<http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=160011> (Consultado el 14 de octubre de 2012)
- Programa literario “Los Siete Locos”, de la TV Pública. Entrevista:
<http://www.youtube.com/watch?v=-RZGwHI20eY> (Consultados el 19 de mayo de 2013)
- Programa radial de Eduardo Aliverti en Radio Nacional. Entrevista del 26 de junio de 2011: <http://decimequiensosvos.com.ar/> (Consultados el 19 de mayo de 2013)
- Programa “La Palabra” de Canal Encuentro:
http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/Programas/detallePrograma?rec_id=101893&capitulo_id=101917 (Consultados el 19 de mayo de 2013)
- **VÁZQUEZ, María Esther** (1999). “Los misterios divinos y el arrepentimiento”, reseña, en diario La Nación del 14 de abril.
<http://www.literatura.org/Castillo/acR2.html> (Consultado el 19 de mayo de 2013)
- **ZEIGER, Claudio** (1999). *Cuestión de fe*. Artículo de *Página 12* del 18 de abril. Suplemento Radar.
<http://www.pagina12.com.ar/1999/suple/radar/99-04/99-04-18/nota3.htm> (Consultado 19 de mayo de 2013)